



EL UIACRUCIS CONSTITUCIONAL CHILENO

De la Revuelta Popular
a la Venganza de las Elites

Editado por:

Nicol A. Barria-Asenjo, Juan Pablo Sanhueza, Jamadier Uribe Muñoz,
Roberto Lobos y Francisco Vergara.



El Ciudadano

EL UIACRUCIS CONSTITUCIONAL CHILENO

De la Revuelta Popular
a la Venganza de las Elites

Editado por:

Nicol A. Barria-Asenjo, Juan Pablo Sanhueza, Jamadier Uribe Muñoz,
Roberto Lobos y Francisco Vergara.

Autores/as Invitados/as:

Daniel Jadue, Marco Enríquez-Ominami, Bruno Sommer Catalán,
Constanza Valdés Contreras, Rafael Gumucio, Rodrigo Karmy Bolton, Carlos
Pérez Soto, Jairo Gallo Acosta, Emir Sader, Rodrigo Aguilera Hunt, Enrique
Winter, Willingthon Acuña, Juan Pablo Sanhueza, Nora Merlin, Roberto
Lobos, Christian Soazo, Pablo Rebolledo, Maria Alejandra Tapia Millán,
Francisco Vergara Muñoz, Nicol A. Barria-Asenjo, Slavoj Žižek.

La presente obra que recoge la mirada crítica y analítica del proceso constituyente chileno, ha sido elaborada en el segundo semestre del 2023 como referencia para el lector y dejar manifiesta la temporalidad del libro que usted hoy tiene en sus manos.

Fotografía:
Paulo Slachevsky

Diseño portada y diagramación:
Anahí Saá Cepeda

El presente libro ha sido editado y publicado por *El Ciudadano*, 2024.

Fotografía: Paulo Slachevsky



TABLA DE CONTENIDOS

I. INTRODUCCIÓN	9
Nicol A. Barria-Asenjo, Jamadier Uribe, Roberto Lobos, Francisco Vergara y Juan Pablo Sanhueza.	
II. UN PARÉNTESIS. RECORDANDO EL PASADO INMEDIATO: ENTRE EL 2019 Y EL 2020.... CHILE: ¿HACIA UN NUEVO SIGNIFICANTE?	11
Nicol A. Barria-Asenjo y Slavoj Žižek	
III. DEFENSA DEL SEMÁFORO	24
Rafael Gumucio	
IV. LA POLÍTICA EN CONTRA DE LOS DERECHOS HUMANOS: A PROPÓSITO DEL CONTEXTO POLÍTICO Y PROCESO CONSTITUYENTE ACTUAL	28
Constanza Valdés Contreras	
V. HIPOCRESÍA Y ARROGANCIA	31
Carlos Pérez Soto	
VI. DE LA REVUELTA POPULAR A LA RE-VUELTA DE LAS ÉLITES	35
Nora Merlín	
VII. LA BATALLA CULTURAL POR EL SUJETO EN LA CONSTITUCIÓN CHILENA	39
Jairo Enrique Gallo Acosta y María Alejandra Tapia Millán	
VIII. ¿UNA FISURA ABIERTA? REFLEXIONES SOBRE EL DEVENIR CONSTITUCIONAL EN CHILE	43
Rodrigo Aguilera Hunt	
IX. CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA AL PROCESO CONSTITUYENTE	50
Pablo Rebolledo Escobar	
X. ¿QUÉ IZQUIERDA PIERDE CUANDO PIERDE LA IZQUIERDA?	55
Jamadier Esteban Muñoz Uribe	

XI. CRISIS INCONCLUSA Y REVOLUCIÓN RESTAURACIÓN. DEL DOLOR A LA RESURRECCIÓN POR LA VÍA DE LA DISTINCIÓN	58
Roberto Lobos Villaseca	
XII. LA RISA TOTALITARIA DE LA DEMOCRACIA	63
Willingthon Acuña Echagüe	
XIII. DICTADURA DESDE ARRIBA 2.0, VÍA CRUCIS INSTITUCIONAL, DESLICES Y ESPERANZAS DE LA IZQUIERDA	68
Christian Suazo Ahumada	
XIV. ECOGRAFÍAS	76
Enrique Winter	
XV. CONTRA EL AFECTO	79
Rodrigo Karmy Bolton	
XVI. APUNTES BAJO EL OSCURO INVIERNO DE LA DEMOCRACIA	81
Francisco Alejandro Vergara Muñoz	
XVII. ¿UN MOVIMIENTO DE IZQUIERDA ANTICAPITALISTA?	87
Marco Enríquez-Ominami	
XVIII. TERCER TIEMPO	89
Bruno Sommer Catalán	
XIX. LA TAREA PENDIENTE	92
Emir Sader	
XX. LA NEGACIÓN DEL PUEBLO	94
Juan Pablo Sanhueza	
XXI. LOS CABILDOS POPULARES SON EL FUTURO	101
Daniel Jadue	

I. INTRODUCCIÓN

Nicol A. Barria-Asenjo, Jamadier Uribe, Roberto Lobos, Francisco Vergara y Juan Pablo Sanhueza.

El 17 de diciembre de 2023 Chile cierra un largo periplo constitucional cuyos inicios no son sencillos de puntualizar. Para algunos comenzó en el mismo 1980, cuando los partidos de oposición a la dictadura no reconocieron la legitimidad del plebiscito constitucional, para otros comenzó en la década de 2010, con los encendidos discursos de influencia bolivariana del senador Navarro, que el senador Escalona respondió con un categórico “están fumando opio”.

Se puntualice donde se puntualice, lo cierto es que una fecha ineludible en la línea de tiempo constitucional del país, es el 18 de octubre de 2019 y la serie de sucesos que las masivas protestas desencadenaron, así como el intento afanoso de las instituciones por procesar un malestar social que las desbordó. Es una fecha ineludible, porque marca contrastes sorprendentes, en tanto el impulso de la protesta que los sectores de izquierda intentaron traducir institucionalmente a través del polémico acuerdo del 15 de noviembre de 2019, derivó en un reflujo conservador que lejos de modificar la Constitución de 1980, hoy discute si mantenerla o profundizarla.

Haciendo una breve síntesis, podemos recordar que la historia de la Constitución en Chile es la historia de la disputa entre la élite y el pueblo. La grieta entre demandas sociales pendientes y la participación política popular es una contradicción estable en nuestra historia nacional. La Constitución es una tarea pendiente y son ya muchos los intentos en los que hemos tratado de darnos una carta magna legítima capaz de orientar los rumbos del país hacia una sociedad más justa. La Constitución, sin participación popular, cristaliza el poder de la oligarquía y la élite, invirtiendo la finalidad de la comunidad política (asegurar la vida) y poniendo como centro una apropiación virtual de la soberanía popular.

La Constitución actual, impuesta a sangre y fuego por la última dictadura militar, con candados y amarres de por medio, fue sostenida por más de 30 años por la clase política. Paradójicamente y por las propias inestabilidades del actual escenario, quienes en el proceso pasado impugnaban la Constitución de Pinochet hoy quedaron orillados en su defensa, mientras que la derecha, que lloró literalmente el acto sacrificial de entregar la Constitución al monstruo de 2019, para frenar la revuelta hoy apuesta a una carta magna aún más neoliberal.

La Constitución del 80, redactada por Jaime Guzmán, de corte neoliberal e instalada por la fuerza con el apoyo militar, fue el resultado del triunfo político de la agenda de la dictadura. La transición dio las garantías necesarias para que la continuidad prosperara sobre la ruptura. El fracaso de las estrategias insurreccionales instalaron un falseado relato, donde el triunfo democrático por la

vía del lápiz aparecía como la única verdad, buscando silenciar así el sacrificio, la resistencia y la violencia con la que los subalternos disputaron la lógica dictatorial, a la vez que quedaba camuflada la componenda ocurrida entre la élite política.

La agenda neoliberal es el centro neurálgico de la élite chilena que, más o menos conservadora, según el ciclo histórico, ha defendido a capa y espada sus mecanismos de acumulación originaria, así como sus nichos de usufructo amparados en la privatización de lo común, dando como resultado el que su existencia como bloque está erigida sobre la más descarnada explotación de las y los trabajadores de Chile.

Ante el escenario en que nos encontramos hoy, es ya una perogrullada afirmar que el proceso de mutaciones abierto tras el Estallido social fracasó y terminó deviniendo, al menos institucionalmente, hacia la misma lógica excluyente de la élite política.

Comprender el rechazo del proceso anterior a la vez que los límites del actual proceso encabezado por la vieja-nueva derecha política del país es el objeto de este libro. Así, es una invitación a recorrer juntos el camino doloroso de la condena a muerte de un modelo que no para de renacer.

Para la izquierda el fenómeno es, mínimamente un desafío intelectual, aunque ojalá sea también un desafío político. Es un desafío también de transversalidad que nos obliga al diálogo descarnado y a la autocrítica constructiva, para desentrañar las razones profundas que han hecho del proceso constitucional chileno, el bufón de los procesos en el mundo, con dos procesos sucesivamente fracasados.

¿Dónde estuvieron los errores? ¿Quién los cometió? ¿Fue la salida constitucional una salida inteligente a una crisis profunda? ¿Pueden partidos sin militantes y sin masas, realizar cambios constitucionales radicales? ¿Eran realmente radicales los cambios propuestos? ¿Cómo afectó la política de las identidades al debilitamiento de la fuerza plebeya, al instalar otros clavajes al interior de las movilizaciones?

Son todas preguntas que quedan aún por responder y que ciertamente no tenemos la pretensión de agotar, pero la derrota inminente, patética y dolorosa, nos obliga a enfrentar con arrojo, a partir de diálogos entre amigos, que, por lo mismo, se tomará la prerrogativa de ser un diálogo auténtico y sincero.

De esta manera, nos hemos propuesto reunir voces para re-pensar en el devenir chileno, tomando una mirada crítica donde, al mismo tiempo, haya espacio para la heterogeneidad. Esperamos poder entregarle al lector, y en especial a la izquierda, letras que inviten a reflexionar y atrevernos, desde lo colectivo, a cuestionarlo todo.

II. UN PARÉNTESIS.

RECORDANDO EL PASADO INMEDIATO: ENTRE EL 2019 Y EL 2020... CHILE: ¿HACIA UN NUEVO SIGNIFICANTE?

Autores: Nicol A. Barria-Asenjo y Slavoj Žižek

INTRODUCCIÓN

Recientemente, dos acontecimientos que mostraron un destello de esperanza ocurrieron en estos tiempos deprimentes: las elecciones en Bolivia y el referéndum APRUEBO en Chile. (El 25 de octubre de 2020, se pidió a los votantes que eligieran entre «apruebo» -aprobandos cambios de la constitución chilena en dirección de más justicia social y libertades y «rechazo» -rechazando este cambio.) En ambos casos, tenemos una rara superposición de democracia «formal» (elecciones libres) con una voluntad popular sustancial. Bolivia y Chile demostraron que, a pesar de todas las manipulaciones ideológicas, incluso la llamada «democracia burguesa» a veces puede funcionar. Sin embargo, hoy en día, la democracia liberal está llegando a sus límites: para funcionar, tiene que ser complementada con... ¿Qué?

Algo muy interesante está surgiendo en Francia como una reacción a la desconfianza masiva en las instituciones estatales: un renacimiento de las asambleas ciudadanas locales practicadas por primera vez por los antiguos griegos: «ya en el año 621 a. C., la ecclesia, o asamblea popular de la antigua Atenas era un foro en el que cualquier ciudadano masculino, independientemente de la clase, podía participar. Ahora, con una crisis económica y social inducida por la pandemia, esta antigua herramienta democrática se está actualizando para el siglo XXI. Pueblos, ciudades y regiones de toda Francia recurren cada vez más a sus ciudadanos para ayudarles a orientarlos hacia un futuro más igualitario».

Estos foros no están organizados por aparatos estatales locales; son autoorganizadas por miembros activos de comunidades locales fuera del estado e implican un fuerte elemento de oportunidad, de azar. El número de delegados seleccionados aleatoriamente es 150. Encontramos un procedimiento vagamente similar en Chile después de la victoria del referéndum APRUEBO, donde 155 personas, seleccionadas fuera de las fuerzas políticas institucionales, trabajarán en el borrador de una nueva constitución.

DESPUÉS DE LA VICTORIA, LA VERDADERA LUCHA:

Mark Twain supuestamente dijo: «Si votar hiciera alguna diferencia, no nos dejarían hacerlo». No hay pruebas de que realmente dijo o escribió esto; el origen más probable de la frase es una columna del periódico de 1976 de Robert S. Borden en *The Lowell Sun*. Escribiendo sobre el sistema electoral estadounidense-

se, Burden señaló: «¿Nuca se les ocurrió a los editores que las actitudes de los 70 millones de los proyectados no votantes pueden ser muy consistentes con la realidad de que el concepto de votar y elegir representantes es básicamente deshonesto y fraudulento? ¡Si votar podría cambiar algo, sería ilegal!» Sin embargo, esta afirmación se le atribuye a Twain por buenas razones. Refleja fielmente su postura: aunque Twain era un defensor del derecho de voto de todos (mujeres incluidas) y pedía a la gente que votara, era profundamente escéptico sobre las maquinaciones que impiden a la mayoría expresar su voluntad. Por lo tanto, uno debe aceptar la tesis citada en principio, como universalmente válida, pero uno debe basar esta universalidad en una excepción. De vez en cuando, hay elecciones y referendos que Sí importan. Si bien estas elecciones son las únicas que merecen ser caracterizadas como «democráticas», son, por lo general, experimentados como un signo de inestabilidad, como un indicio de que la democracia está en peligro.

El golpe de enero contra el régimen de Morales en Bolivia se legitimó como un regreso a la «normalidad» parlamentaria contra el peligro «totalitario» de que Morales aboliera la democracia y transformara a Bolivia en una nueva Cuba o Venezuela. La verdad es que, en la década del reinado de Morales, Bolivia estableció una nueva «normalidad» exitosa, reuniendo la movilización democrática del pueblo y un claro progreso económico. Como señaló su nuevo presidente Luche Arce, el ministro de economía de Morales, en la década del reinado de Morales, los bolivianos disfrutaron de los mejores años de sus vidas. Fue el golpe contra Morales el que destruyó esta normalidad duramente ganada y trajo un nuevo caos y miseria, de modo que la victoria electoral de Arce significa que Bolivia no tiene que empezar de cero, sino simplemente volver al estado de las cosas antes del golpe.

En Chile, la situación es más compleja. Octubre es un mes chileno, el mes en que tienen lugar giros radicales en la historia política del país. Fue el 24 de octubre de 1970 cuando se ratificó la victoria de Salvador Allende; el 18 de octubre de 2019, amplias protestas populares -que anunciaron el fin de la normalización de Pinochet explotaron; y el 25 de octubre de 2020 (por cierto, la misma fecha de la Revolución de Octubre según el antiguo calendario ruso) tuvo lugar la victoria de APRUEBO, trayendo consigo la disolución de los significantes represivos, contruidos sobre la impunidad de los crímenes y violaciones de los derechos humanos. Octubre es, por lo tanto, no sólo otro mes en el calendario chileno; está profundamente asociado con las rupturas históricas y simbólicas que el pueblo decidió lograr.

Aunque respetaba todas las reglas democráticas formales, Allende aplicaba una serie de medidas que eran percibidas como demasiado «radicales» por la clase dominante; con el apoyo activo de los Estados Unidos, la clase dominante organizó una serie de sabotajes económicos, y cuando incluso esto no disminuyó el apoyo popular a Allende, su gobierno fue derrocado por un golpe de estado militar el 11 de septiembre de 1973 (la VERDADERA catástrofe del 9-11). Después de 4 años de dictadura militar, en 1977, la creación de la Constitución Política de

Chile fue confiada a la Comisión de Estudios de la Nueva Constitución formada por un grupo de 12 personas nombradas por la Junta Militar. El proyecto elaborado por este grupo fue modificado por el Consejo de Estado, también designado por la Junta, y finalmente por el propio General Pinochet. El objetivo de este documento era garantizar la supervivencia del modelo que se estaba aplicando en el país, dejando suspendida la capacidad de libertad futura con respecto a las decisiones económicas que podrían amenazar ese modelo.

Pinochet formuló así su propia normalización «democrática» con la nueva constitución, que aseguró los privilegios de los ricos dentro de un orden neoliberal. Las protestas que explotaron en octubre de 2019 son una prueba de que la democratización de Pinochet fue falsa, como toda democracia tolerada o incluso promovida por un poder dictatorial. El movimiento APRUEBO, que surgió de estas protestas, se centró sabiamente en cambiar la constitución: dejó claro a la mayoría de los chilenos que la normalización democrática coordinada por Pinochet era una continuación del régimen de Pinochet por otros medios. Las fuerzas de Pinochet permanecieron en el fondo como «estado profundo», asegurándose de que el juego democrático no se quedó sin control. Ahora, que la ilusión de la normalización de Pinochet está rota, Chile no tiene un orden establecido al cual volver, por lo que tendrá que construir cuidadosamente una nueva normalidad, para la cual ni siquiera los gloriosos años de Allende pueden servir realmente como modelo.

Hay peligros en este camino. La victoria electoral es sólo el comienzo: el verdadero trabajo duro comienza al día siguiente, cuando el entusiasmo ha terminado y la nueva normalidad de un mundo postcapitalista tiene que ser construida pacientemente. En cierto modo, esta lucha será más difícil que las protestas y la campaña para APRUEBO. La campaña tenía un enemigo claro y sólo tenía que articular la justicia y la miseria causada por ese enemigo, con los objetivos emancipatorios en una abstracción cómoda: dignidad, justicia social y económica, etc. Ahora, APRUEBO tiene que poner en práctica su programa, traducirlo en una serie de medidas concretas, y esto sacará a la luz todas las diferencias internas que se ignoran en la solidaridad extática del pueblo.

Ya están apareciendo amenazas al proceso emancipatorio. Como era de esperar, algunos de la derecha tratan de apropiarse del discurso de la socialdemocracia contra los «extremistas» de APRUEBO. Dentro de la propia APRUEBO, hay señales de un conflicto entre aquellos que quieren permanecer dentro de la democracia representativa tradicional y aquellos que quieren una movilización social más radical. La salida de este aprieto no es quedarse atascado en aburridos debates «de principios», sino ponerse a trabajar, elaborando y aplicando diferentes proyectos. Daniel Jadue es la persona adecuada para coordinar estos esfuerzos, también con respecto a sus logros como alcalde de Recoleta. El gran éxito del grupo chileno Los Prisioneros, «El baile de los que sobran», se convirtió en un símbolo musical de los manifestantes que ocupan las calles. Ahora, Chile necesita el arduo trabajo de los que sobran. Si esto no sucede, el antiguo régimen sobrevivirá con una nueva máscara socialdemócrata, y la tragedia de 1973 (el

golpe contra Allende) se repetirá como una farsa cínica posmoderna.

Es demasiado arriesgado predecir cómo terminará la lucha. El principal obstáculo no es el legado de Pinochet como tal, sino el legado de la apertura gradual (falsa) de su régimen dictatorial. Especialmente a lo largo de la década de 1990, la sociedad chilena sufrió lo que podríamos llamar una rápida post-modernización: una explosión de hedonismo consumista, permisividad sexual superficial, individualismo competitivo, etc. Los que estaban en el poder se dieron cuenta de que ese espacio social atomizado es mucho más eficaz que la opresión directa del Estado contra proyectos radicales de izquierda que dependen de la solidaridad social. Las clases siguen existiendo «en sí mismas» pero no «por sí mismas»; veo a otros de mi clase más como competidores que como miembros de un mismo grupo con intereses comunes. La opresión directa del Estado tiende a unir a la oposición y promover formas organizadas de resistencia, mientras que en las sociedades «posmodernas» incluso la insatisfacción extrema asume la forma de revueltas caóticas que pronto se queda sin aliento, incapaces de alcanzar la etapa «leninista» de una fuerza organizada con un programa claro¹.

Lo que da cierta esperanza en Chile son las características específicas de los cambios. Basta con mencionar sólo dos. El primero es el fuerte compromiso político de los psicoanalistas, predominantemente lacanianos, de la izquierda: jugaron un papel importante ya en las protestas que estallaron en octubre de 2019, así como en la organización que condujo a la victoria de APRUEBO en el referéndum. En segundo lugar, en Chile (como en otros países como Bolivia, pero a diferencia de Brasil), el nuevo populismo de derecha no ha logrado capturar: la movilización popular tiene un claro carácter de izquierda. Surge una pregunta: ¿están conectadas estas dos características de alguna manera?

PSICOANÁLISIS, ÉTICA, POLÍTICA

¿Qué lugar ocupa el psicoanálisis con respecto a los cambios sociales radicales? Ocupa principalmente un lugar liberal «moderado» y se preocupa por las trampas de un proceso emancipatorio radical. Lacan ofrece un caso ejemplar en este sentido. Demostró claramente que el antagonismo básico de nuestra vida psíquica no es el que existe entre el egoísmo y el altruismo, sino entre el dominio del Bien en todas sus formas y el dominio más allá del principio del placer en todas sus formas (el exceso del Amor, de la pulsión de muerte, de la envidia, del Deber...).

En términos filosóficos, este antagonismo puede ser mejor ejemplificado por los nombres de Aristóteles y Kant. La ética de Aristóteles es la ética del Bien, la ética de la moderación, de la medida adecuada, dirigida contra los excesos, mientras que la ética de Kant es la ética del deber incondicional, encomendándonos a actuar más allá de toda medida adecuada, incluso si nuestros actos conducen a una catástrofe. ¡No es de extrañar que muchos críticos encuentren el rigorismo de Kant demasiado “fanático”, y no es de extrañar que Lacan discerniera en el comando ético incondicional Kantiano la primera formulación de su propia ética de fidelidad al propio deseo!

Cualquier ética del Bien es en última instancia una ética de bienes, de algo que

puede dividirse, distribuirse, intercambiarse (por otros bienes). Esta es la razón por la que Lacan era profundamente escéptico sobre la noción de justicia distributiva: se mantiene en el nivel de la distribución de bienes y no puede lidiar ni siquiera con la paradoja relativamente simple de la envidia. ¿Qué pasa si prefiero conseguir menos, siempre que mi vecino obtenga incluso menos que yo (y esta conciencia de que mi vecino es aún más deprivado me da un plus de placer)? Es por ello que el igualitarismo en sí mismo nunca debe ser aceptado en el valor nominal: la noción (y la práctica) de justicia igualitaria, en la medida en que está sostenido por la envidia, se basa en la inversión de la renuncia estándar lograda para beneficiar a los demás: ‘Estoy dispuesto a renunciar a ella, ipara que otros (tampoco) NO (puedan) tenerla!’ Lejos de oponerse al espíritu de sacrificio, el mal aquí emerge como el mismo espíritu de sacrificio, dispuesto a ignorar el propio bienestar, si, por mi sacrificio, puedo privar al Otro de su goce... Esto, sin embargo, no funciona como un argumento general contra todos los proyectos de emancipación igualitaria, sino sólo contra los proyectos que se centran en la redistribución. Nunca debemos olvidar que la justicia distributiva es una noción de la izquierda-liberal (o socialdemocrática). Se permanece dentro del orden capitalista de producción como el «único que realmente funciona»; sólo se trata de corregir el desequilibrio de la riqueza gravando fuertemente a los ricos, etc. Nuestro objetivo de hoy debería ser más radical: a medida que se está aclarando cada vez más por las crisis en curso (la pandemia Covid-19, el calentamiento global, los incendios forestales y otros), que el orden capitalista global está llegando a su límite, amenazando con arrastrar a toda la humanidad al abismo de la autodestrucción.

Una vez que nos damos cuenta de esto, el cínico conservadurismo liberal defendido por Jacques-Alain Miller ya no funciona. Miller apoya la vieja «sabiduría» conservadora de que, para mantener la estabilidad, uno tiene que respetar y seguir las rutinas establecidas por elección lo que es «siempre arbitrario y autoritario.’ No hay progresismo que se mantenga’, sino más bien un tipo particular de hedonismo llamado «liberalismo del goce». Uno tiene que mantener intacta la rutina de la cité, sus leyes y tradiciones, y aceptar que es necesario una especie de oscurantismo para mantener el orden social. «Hay preguntas que uno no debe hacer. Si le pones la espalda a la tortuga social, nunca lograrás ponerla de pie»².

No se puede sino señalar que Chile en la década «permisiva» de los 90’s ofrece un caso perfecto de ese «liberalismo del goce» que mantiene intacta la rutina de la cité. Y, de hecho, Miller detalla sin temor las implicaciones políticas de su noción de psicoanalista que «ocupa la posición de un irónico, que se encarga de no intervenir en el campo político. Actúa para que los semblantes permanezcan en su lugar mientras se asegura de que los sujetos bajo su cuidado no los tomen como reales... uno debería de alguna manera dejarse tomar para permanecer acogido por ellos (engañado por ellos).»³

En relación con la política, entonces, un psicoanalista «no propone proyectos, no puede proponerlos, sólo puede burlarse de los proyectos de otros, lo que limi-

ta el alcance de sus declaraciones. El irónico no tiene un gran proyecto, espera a que el otro hable primero y luego produce su caída lo más rápido posible... Diga-mos que esto es sabiduría política, nada más»⁴.

Esto, una vez más, encaja perfectamente con una sociedad posmoderna, donde los que están en el poder tienen cosas más importantes que hacer que «proponer proyectos». Es la izquierda impotente (o la extrema derecha) la que «propone proyectos», y los psicoanalistas cínicos están aquí para advertir de los peligros de tales proyectos... Pero ¿qué hacer cuando la tortuga (de nuestro orden social) ya está de espaldas, tan herida que no hay manera de volver a ponerla de pie?

No hay tiempo para advertencias de no perturbar las apariencias; las apariencias se están destruyendo a sí mismas! ¿Acaso un autoproclamado cristiano conservador Donald Trump no hizo más para perturbar las apariencias que toda la izquierda que se oponía a él? En esos momentos, cuando el orden social está en desorden, los teóricos psicoanalíticos tienden a promover otro tipo de advertencia: no confíen en los revolucionarios que prometen llevarnos fuera de la catástrofe hacia un nuevo orden más justo.

Esto parece encajar bien con la postura psicoanalítica general según la cual incluso nuestros actos más nobles ocultan una motivación libidinal narcisista, masoquista, etc. Jacqueline Rose recuerda la fantasía de Freud sobre cómo surgió la tiranía cuando la humanidad primitiva fue golpeada por el horror de la Edad de Hielo: «La respuesta del hombre a una restricción tan brutal de su pulsión fue la histeria: los orígenes de la conversión histérica en tiempos modernos en los que la libido es un peligro que hay que subsumir. El hombre también se convirtió en un tirano, otorgándose a sí mismo un dominio desenfrenado como recompensa por su poder para salvaguardar las vidas de muchos: 'El lenguaje era magia para él, sus pensamientos le parecían omnipotentes, entendía el mundo según su ego'. Me encanta esto. La tiranía es el compañero silencioso de la catástrofe, como se ha demostrado tan flagrantemente en el comportamiento de los gobernantes de varias naciones en todo el mundo hoy en día, entre ellos el próximo ex presidente de los Estados Unidos, Donald Trump»⁵.

Rose saca una conclusión general aquí: desde la Edad de Hielo hasta las calamidades reales y futuras de hoy (la pandemia, el calentamiento global, el invierno nuclear después de una nueva guerra global), la reacción predominante a la catástrofe es el aumento de la tiranía en una u otra forma. Una calamidad global saca lo peor de la naturaleza humana:

«Hoy, en medio de una pandemia aparentemente sin fin, hay llamamientos a nuevas formas de solidaridad en la vida y en la muerte, y a una nueva conciencia política inclusiva. Sin embargo, ¿cómo encontrar un lugar en esta nueva realidad para los aspectos más oscuros del ser humano que, como los girasoles al revés, permanecen en el centro del proyecto inacabado del psicoanálisis? Ya que, con la mejor voluntad del mundo, cualquier movimiento que hagamos en esa dirección resulte a largo plazo un gesto vacío»⁶.

Si bien hay una verdad sustancial en esta línea de pensamiento, no sólo se de-

ben añadir detalles que cuenten una historia diferente (Trump no es una consecuencia de la catástrofe; la pandemia fue más bien la razón principal de su caída), sino revelar una otra cara mucho más básica de la moneda. La lección del psicoanálisis no es sólo una advertencia contra la ingenuidad emancipadora y sobre las fuerzas destructivas profundas en la naturaleza humana (el comunismo soviético se convirtió en estalinismo, etc.). Las dos guerras mundiales también movilizaron a la izquierda radical y dieron a luz a revoluciones: después de la Segunda Guerra Mundial, el estado de bienestar socialdemócrata entró en su edad de oro. Sólo recuerden el shock de Churchill, la figura de la autoridad en el Reino Unido que lo llevó a la victoria, perdiendo las elecciones a principios de 1945 y siendo reemplazado por Clement Attlee, un líder mucho menos carismático pero eficaz del Partido Laborista que era, medido por los estándares actuales, muy radical.

¿No es Chile una prueba de cómo la combinación de calamidades (protestas que comenzaron en octubre de 2019, Covid-19...) puede conducir a una movilización popular extraordinaria? La pandemia, así como la forma en que fue explotada por el Estado para aplastar las protestas populares, fue un factor crucial en el ascenso de APRUEBO. La frase cliché de que las calamidades traen lo peor y lo mejor de nosotros parece aquí más cercana a la verdad.

Freud mismo era plenamente consciente de esto cuando elaboró la compleja interacción entre Yo, Superyó y Ello (a la que se debe añadir el Ideal diferente del Yo y la ley moral como diferente del Superyó). Su punto de partida es el extraño fenómeno del «sentimiento inconsciente de culpa» que «nos plantea nuevos enigmas, en particular a medida que vamos coligiendo que un sentimiento inconsciente de culpa de esa clase desempeña un papel económico decisivo en un gran número de neurosis y levanta los más poderosos obstáculos en el camino de la curación. Si queremos volver a adoptar el punto de vista de nuestra escala de valores, tendríamos que decir: no solo lo más profundo sino también lo más alto en el yo puede ser inconsciente»⁷.

O, como dice más adelante en el mismo texto: «Si alguien presentara la paradójica proposición de que el hombre normal no sólo es mucho más inmoral de lo que cree, sino mucho más moral de lo que sabe. El psicoanálisis, sobre cuyas conclusiones se basa la primera mitad de la afirmación, no tendría ninguna objeción a plantear en contra de la segunda mitad»⁸. (Uno debe tener en cuenta aquí el uso de la oposición entre la creencia y el conocimiento: un hombre normal es más inmoral de lo que cree y más moral de lo que sabe.) No es que Superyó sea el agente de la moralidad, y el Ello —el reservorio de la pulsión oscura y «maligna», pero tampoco es que Superyó representa la opresión social internalizada y el Ello, la pulsión que debe ser liberada. Freud siempre insistió en el oscuro vínculo oculto entre Superyó y el Ello: la presión insostenible del Superyó sostenida por la energía del Ello, además de que también podemos ser más morales de lo que sabemos. Imaginen a un individuo típico posmoderno permisivo que se percibe a sí mismo como un egoísta tolerante que busca todo tipo de placeres: una mirada más cercana revela rápidamente que su actividad

está regulada por tabúes y prohibiciones de las que no tiene idea.

Sin embargo, esta moral inconsciente no está limitada a inhibiciones patológicas, de las cuales mi Yo no es consciente; también incluye milagros éticos, como la resistencia a cometer un acto que considero inaceptable, incluso si pago el precio final de mi negativa. Piensen en Antígona y recuerden, también, que Lacan, en su lectura de su figura, NO hace lo que uno esperaría de un analista (buscando alguna fijación patológica, rastros de deseo incestuoso, etc.) Más bien, trata de salvar la pureza ética de su NO a Creonte. O piensen en un mandamiento irreprimible que uno siente a hacer algo suicida y heroico: uno lo hace simplemente porque no se puede hacer (arriesgar la vida en protestas públicas, unirse a la resistencia contra una dictadura u ocupación, ayudar a otros en catástrofes naturales).

Aquí, una vez más, uno debe resistir la evidente tentación pseudo-psicoanalítica de buscar alguna motivación patológica «más profunda» que explicaría tales actos, por ejemplo, una combinación de la pulsión de muerte con el narcisismo. Consideren, por ejemplo, miles de trabajadores de la salud mal pagos que ayudan a los infectados, conscientes de que están arriesgando sus vidas, y de voluntarios que ofrecen su ayuda. Son mucho más numerosos que aquellos que se han sometido a tiranos brutales. Esta es también la razón por la que Lacan afirma que el estatus del inconsciente freudiano es ético: para Lacan, la ley moral de Kant es el deseo en su estado más puro.

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA

Entonces, ¿qué puede decirnos el psicoanálisis sobre la victoria de APRUEBO en Chile? En lugar de un sondeo pseudo-freudiano en las profundidades inconscientes de una nación, sería productivo comenzar con la noción de Lacan del Significante Amo y aplicarla al espacio de la ideología. Comencemos con una comparación entre Chile y los Estados Unidos.

Una de las malas sorpresas de las elecciones presidenciales estadounidenses fue cuántos votos ganó Trump también fuera de lo que la gente considera su circunscripción, entre negros, latinos, incluso los pobres y muchas mujeres, además de cuántos votos ganó Biden entre los viejos blancos que se suponía que votaban en un bloque mucho más grande por Trump. Esta reversión inesperada demuestra que los republicanos ahora, en todo caso, son más un partido de clase trabajadora que los demócratas, y que la división casi simétrica 50/50 del cuerpo político estadounidense no refleja directamente una división de clases, sino que es el resultado de toda una serie de mitos y desplazamientos ideológicos⁹. Los demócratas son mucho más fuertes que los republicanos entre el nuevo capital «digital» (Microsoft, Amazon...), y también son discretamente apoyados por los grandes bancos, mientras que muchos de los empobrecidos en las partes más pobres de los Estados Unidos apoyan el populismo republicano. El resultado es que en la segunda quincena de noviembre de 2020 podemos leer informes serios de los medios de comunicación con títulos como este: «¿Puede Trump realmente escenificar un golpe de Estado y permanecer en el cargo

para un segundo mandato?»¹⁰. Antes de la era de Trump, tales títulos estaban reservados para los informes de los llamados estados delincuentes en el Tercer Mundo. Y, obviamente, Estados Unidos tiene el honor de convertirse en el primer estado delinciente del Primer Mundo.

En marcado contraste con esta clara división 50/50, el referéndum victorioso de APRUEBO en Chile obtuvo nada menos que el 78,27% del total de votos en contra de RECHAZO, que obtuvo sólo el 21,73% del total de votos. Lo que es crucial es que esta enorme brecha de voto es directamente proporcional a la concentración y distribución de riqueza y privilegios, con un grupo mucho más pequeño de la población siendo parte de la élite (la opción «Rechazo») y un grupo mayoritario siendo consciente de esta desigualdad social e injusticia (la opción «Aprobación»). Por lo tanto, Chile es único no por alguna particularidad exótica, sino, precisamente, porque hace directamente visible la lucha de clases, que es ofuscada y desplazada en los Estados Unidos y en otros lugares. La singularidad (excepción) de Chile reside en la universalidad misma de su situación.

Pero aquí debemos evitar la ilusión de que la disposición de los votos en Chile era más «natural», reflejando fielmente las divisiones de clases predominantes, mientras que en los Estados Unidos el escrutinio electoral no «refleja» fielmente la división de clases, sino que está distorsionado por manipulaciones ideológicas. No hay nada «natural» en la lucha política e ideológica por la hegemonía. TODA hegemonía es el resultado de una lucha, cuyo resultado está abierto. La victoria de APRUEBO en Chile no sólo demuestra la ausencia de manipulaciones ideológicas, de modo que la distribución de los votos podría reflejar «fielmente» la división de clases; APRUEBO ganó gracias a una larga y activa lucha por la hegemonía ideológica.

En este contexto, debemos utilizar la teoría de Ernesto Laclau de la lucha por la hegemonía ideológica, que es en última instancia la lucha por los Significantes Amos, no sólo qué Significante Amo predominará, sino también cómo este Significante Amo organizará todo el espacio político¹¹. Tomemos el ejemplo obvio: la ecología, la lucha contra el calentamiento global y la contaminación. Con la excepción de los negadores (cada vez más raros), casi todo el mundo está de acuerdo en que la crisis ecológica es uno de los temas centrales de hoy, que representa una amenaza para nuestra propia supervivencia. La lucha gira en torno a lo que Laclau llamó «cadena de equivalencias»: ¿a qué otros significantes (temas de lucha ideólogo-político) estarán vinculados la «ecología»? Tenemos ecología estatal (sólo un estado fuerte puede hacer frente al calentamiento global), ecología capitalista (sólo mecanismos de mercado – impuestos más altos sobre los productos que contaminan nuestro medio ambiente son la salida), ecología anticapitalista (la dinámica de la expansión capitalista es la principal causa de nuestra explotación despiadada de la naturaleza), ecología autoritaria (la gente común no puede entender la complejidad de la crisis ecológica; tenemos que confiar en un fuerte poder estatal apoyado por la ciencia), la ecología feminista (la causa última de nuestros problemas es el poder social de los hombres que son más agresivos y explotadores), la ecología conservadora (necesita-

mos volver a un modo de vida tradicional más equilibrado), etc. La lucha por la hegemonía no es sólo la lucha por aceptar la ecología como un problema serio, sino mucho más la lucha por lo que significará esta palabra, cómo se vinculará a otras nociones, incluyendo la ciencia, el feminismo, el capitalismo...

La imposición de un nuevo Significante Amo es, por regla general, experimentada como «encontrar el nombre correcto» para lo que estamos tratando de entender. Sin embargo, este acto de «encontrar» es productivo; establece un nuevo campo simbólico. En Chile, el Significante Amo de las protestas en curso y del movimiento APRUEBO es «dignidad». Chile no es una excepción aquí: a pesar de la pobreza, el hambre y la violencia, a pesar de la explotación económica, las protestas que están explotando de Turquía y Bielorrusia a Francia evocan regularmente la dignidad. Una vez más, no hay nada específicamente de izquierda o incluso emancipador en «dignidad». Si uno se lo preguntara a Pinochet, sin duda celebraría la dignidad, aunque incluyéndola en una «cadena de equivalencias» diferente a lo largo de la línea patriótico-militar: su golpe de Estado de 1973 salvó la dignidad de Chile de una amenaza totalitaria-izquierdista. Para los partidarios de APRUEBO, por el contrario, la «dignidad» está vinculada a la justicia social que disminuirá la pobreza, la atención sanitaria universal, las libertades personales y sociales garantizadas, etc. Lo mismo ocurre con la «justicia»: Pinochet sin duda abogaría por la justicia, pero su tipo de justicia, no la justicia económica igualitaria. «Justicia» habría significado que todo el mundo, especialmente los de abajo, debe conocer su lugar adecuado... Una de las razones del triunfo de APRUEBO fue que ganaron la lucha por la hegemonía, de modo que, si ahora se mencionan «dignidad» y «justicia» en Chile, significan lo que APRUEBO representa.

Esto, por supuesto, no implica que las luchas políticas o económicas puedan reducirse a conflictos discursivos. Lo que implica es que el nivel del discurso tiene su propia lógica autónoma, no sólo en el sentido de que los intereses económicos no pueden traducirse directamente en un espacio simbólico, sino en un sentido más radical: cómo se perciben los intereses económicos y sociales ya está mediado por procesos discursivos. Un ejemplo simple: cuando un país se muere de hambre, el hambre es un hecho. Pero lo que importa es cómo se experimenta este hecho. ¿Su causa se atribuye a los financistas judíos? ¿Se percibe como un hecho de la naturaleza (mal tiempo), o como un efecto de explotación de clase? Otro ejemplo: sólo después del auge del feminismo estaba el papel subordinado de las mujeres en sus familias y su exclusión de la vida social percibida como una injusticia. Antes de ese momento, estar casado con un marido amoroso y bien previsto era considerado una gran suerte. El primer paso del feminismo no es un paso directo hacia la justicia, sino la conciencia de las mujeres de que su situación es injusta. De manera homóloga, los trabajadores no protestan cuando viven en la pobreza; protestan cuando experimentan su pobreza como una injusticia, de la cual la clase dominante, así como el Estado, son responsables.

Aquellos que están dispuestos a descartar estas consideraciones como un paso

hacia el «idealismo discursivo» deben recordar cómo Lenin estaba obsesionado con los detalles en los programas políticos, enfatizando que «cada pequeña diferencia puede convertirse en una gran si se insiste en ella»¹², y cómo una palabra (o su ausencia) en un programa puede cambiar el destino de una revolución. Estas palabras no son grandes ideas programáticas centrales; dependen de una situación concreta: «Toda pregunta «corre en un círculo vicioso» porque la vida política en su conjunto es una cadena interminable que consiste en un número infinito de eslabones. Todo el arte de la política radica en encontrar y tomar tan firme como podamos el eslabón menos probable de ser arrebatado de nuestras manos, el que es más importante en el momento dado, el que más garantiza a su poseedor la posesión de toda la cadena»¹³.

Recuerden que, en 1917, el lema de Lenin para la revolución no era la «revolución socialista», sino la «tierra y la paz», el deseo de las grandes masas de poseer la tierra en la que estaban trabajando y ver el final de la guerra. La historia no es un desarrollo «objetivo», sino un proceso dialéctico en el que lo que «realmente continúa» está inextricablemente mediado por su simbolización ideológica. Esta es la razón por la que, como Walter Benjamin señaló repetidamente, la historia cambia el pasado, es decir, cambia la forma en que este pasado está presente hoy, como parte de nuestra memoria histórica¹⁴.

Imaginemos que la renormalización de Pinochet se mantuvo en su lugar y que las protestas que comenzaron en octubre de 2019 fueron rápidamente reprimidas. Imaginemos además que, en este proceso de falsa normalización, la figura del propio Pinochet fue descartada y su golpe de Estado condenado. Tal gesto de saldar las cuentas con el pasado habría significado el triunfo final del legado de Pinochet: este legado habría sobrevivido en la constitución que fundan el orden social existente. Su dictadura se habría reducido a una breve interrupción violenta entre dos períodos de normalidad democrática. Pero esto no sucedió, y lo que ocurrió en Chile en 2019-2020 cambió la historia: una nueva narrativa del pasado se impuso, una narrativa que «desnormalizó» la democracia post-Pinochet como continuación de su gobierno por medios democráticos.

Hay una expresión maravillosa en serbio: «*Ne bije al' ubija u pojam. /No golpea, pero mata en la noción. /*» La expresión se refiere a alguien que, en lugar de destruirte con violencia directa, te bombardea con actos que socavan tu autoestima, para que termines humillado, privado del núcleo («noción») de tu ser. «Matar en una noción» es una expresión espontáneamente hegeliana: describe lo contrario de la destrucción real (de tu realidad empírica), en la que tu «noción» sobrevive de una manera elevada (como matar a un enemigo de tal manera que el enemigo sobrevive en la mente de miles como héroe). En resumen, describe un gesto de anti-Aufhebung: lo que sobrevive es su contingente realidad empírica privada de su noción. Así es como uno debe proceder con Hitler y el nazismo: no para «sublimarlos» (para deshacerse de sus «excesos» y salvar el núcleo cuerdo del proyecto) sino para matarlos en su noción, para destruir esta misma noción. Y es lo mismo con Trump y su legado: la verdadera tarea no es sólo derrotarlo (abriendo la posibilidad de que regrese en 2024), sino «matarlo en su noción»,

para hacerlo visible en toda su vanidad e incoherencia sin valor. Una vez más, en Hegeliano, matarlo en su noción significa llevarlo a su noción, es decir, destruirlo inmanentemente, permitirle destruirse a sí mismo con la forma de hacer que aparezca como lo que es.

Para matar un movimiento en su noción, se necesitan nuevos significantes. El ensayo de Gabriel Tupinamba «Vers un Signifiant Nouveau: Our Task after Lacan» aborda precisamente este problema. «Hacia un nuevo significante» es la expresión que Lacan utilizó en su seminario dado el 15 de marzo de 1977, en los años posteriores a disolver su escuela, admitiendo el (y su propio) fracaso. A nivel de la teoría, esta búsqueda de un nuevo significante indica que trató desesperadamente de ir más allá del tema central de su enseñanza en la década de 1960, la obsesión con lo Real, un núcleo traumático/imposible de goce que elude toda simbolización y sólo puede ser confrontado brevemente en un auténtico acto de fuerza ciega. Lacan ya no está satisfecho con tal encuentro de un agujero central o imposibilidad como la experiencia humana última: ve la verdadera tarea en el movimiento que debe seguir tal experiencia, la invención de un nuevo Significante Amo, que localizará el agujero / imposibilidad de una nueva manera. En política, esto significa que uno debe dejar atrás la falsa poesía de grandes revueltas que disuelven el orden hegemónico. La verdadera tarea es imponer un nuevo orden, y este proceso comienza con nuevos significantes. Sin nuevos significantes, no hay un cambio social real.

Notas:

¹ Para un análisis detallado de este tema, véase Jamadier Esteban Uribe Muñoz y Pablo Johnson, «El pasaje al acto de Telémaco: psicoanálisis y política ante el 18 de octubre chileno», para aparecer en *Política y Sociedad* (Madrid).

² Nicolas Fleury, *Le réel insensé: Introduction à la pensée de Jacques-Alain Miller*, París: Germina 2010, p. 96 (cita de J.-A. Miller).

³ Op.cit., págs. 93-4.

⁴ Jacques-Alain Miller, «La psychanalyse, la cité, les communautés», *La causa freudienne* 68 (febrero de 2008), págs. 109 a 10.

⁵ Jacqueline Rose, «To Die One's Own Death», *LRB* Vol. 42 No. 22, citado de <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v42/n22/jacqueline-rose/to-die-one-s-own-death>.

⁶ Rose, op.cit.

⁷ Sigmund Freud, «El Yo y el Ello», Volumen 19 Pag 29 Amorrortu Ediciones,

⁸ Freud, op.cit.

⁹ Véase Mike Davis, «Rio Grande Valley Republicans», en *London Review of Books*, Vol. 42 No. 22 (19 de noviembre de 2020).

¹⁰ ¿Puede Trump realmente escenificar un golpe de Estado y permanecer en el cargo para un

segundo mandato? | Noticias de EE. UU. *The Guardian*.

¹¹ Véase Ernesto Laclau, *Emancipation(s)*, Londres: Verso Books 2007.

¹² V.I. Lenin, *Un paso adelante, Dos pasos atrás*, disponible en *Lenin: Un paso adelante, dos pasos atrás* (marxists.org)

¹³ V.I. Lenin, *¿qué se debe hacer?*, disponible en *Lenin: ¿Qué se debe hacer?* (marxists.org).

¹⁴ Véase Walter Benjamin, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations*, New York: Mariner Books 2019.

¹⁵ Véase Jacques Lacan, «Vers un signifiant nouveau», *Séminaire du 15.03.77*, in //Ornicar? 17/18.

III. DEFENSA DEL SEMÁFORO

Rafael Gumucio

1.

En octubre del 2019, en Chile algunos manifestantes las emprendieron contra los semáforos. Los que defendieron los derechos de los semáforos, y se alarmaron por su destino, fueron ridiculizados por no defender con el mismo entusiasmo a los humanos. Quien descabeza a los semáforos pierde sus derechos sobre la ciudad. Pero en la democracia representativa, un semáforo es una ciudad entera, o sea, miles de personas, entre las cuales se encuentran los manifestantes heridos por la policía. En ese sentido no es solo una señal de tránsito, sino un tótem y un tabú.

Ojalá no haya que elegir nunca entre los hombres y los semáforos, pero es claro que en la democracia representativa la verdadera caridad empieza por el semáforo.

2.

El descabeza semáforo se pone al margen de la ciudad y no puede exigir que esta lo defienda. Impide el tráfico, la circulación, es decir, la vida misma de la ciudad, bloqueada sus venas por una trombosis siempre fatal, detenida en un atasco sin fin, sitiada desde dentro y por eso mismo de antemano vencida

3.

“No hay tal cosa llamada sociedad”, dijo Margaret Thatcher, queriendo decir que solo existen individuos. Pero para la democracia representativa la sociedad lo es todo, como el semáforo es todos los que se detienen en este, es decir, toda la ciudad y sus habitantes representados no en sus gobernantes sino en la posibilidad de una luz roja o verde que los automovilistas y los peatones casi instintivamente respetan.

4.

Las luces rojas, verdes y naranjas son una sintaxis de la impotencia que obliga a detenerse a cuerpos y máquinas de distintos tamaños y naturaleza.

Este es el corazón de la democracia representativa, el respeto a algo tan poco poderoso o temible como una luz en un semáforo que obliga a máquinas mucho más caras el detener la posibilidad de su poder.

5.

Los berlineses convirtieron en las figuras de sus semáforos pasados en el símbolo querible de un pasado más que parcialmente horrible. La inocencia de las figuras con sombreros les recordaba algo que no podían odiar de la RDA, la manera un poco infantil con que seguían siendo una gran familia.

6.

Ninguna ciudad puede garantizar que salvará la vida de sus habitantes, solo puede garantizar que no se los atropelle si siguen las reglas que han aceptado tácitamente al ser parte de la ciudad. Es exactamente el tipo de promesa que debe estar dispuesto a cumplir una democracia representativa, sistema que tiene en cada semáforo una especie de dios tutelar.

7.

Parte del enojo del 19 de octubre, nace del hecho cierto que a pesar de los semáforos seguían ocurriendo accidentes fatales. En su lógica esos accidentes hacían inútil a los semáforos o los convertían al menos en mentirosos. Hacer de accidente regla, y del carnaval rutina, de la destrucción poesía, de la pesadilla despertar fue la esencia del movimiento y la razón de su falta de consecuencia. Tarde o temprano, con prestigio o sin ellos los vecinos iban a terminar por pedir los semáforos de vuelta, sin comprender ya que tenían de tan ominoso y dictatorial su presencia.

8.

“Ciclistas furiosos”, así se llamaba el primer movimiento exitoso de protesta ciudadana. Juntaba el ciclismo, un movimiento bucólico, ecologista, feliz, con la furia. Esta se debía a los frecuentes atropellos que eran víctimas los ciclistas en mano de los automovilistas y los choferes de autobuses. Su forma de protesta fue tomarse las calles en bicicletadas indignadas. Las calles eran suyas, parecían decir, porque su modo de transporte era más sano, menos invasivo, que el de los demás. La superioridad moral de su furia era la señal de lo que vendrían en las calles de Santiago, la sensación de que ser víctima de otros colectivos de ciudadanos permitía bloquear la calle de todos.

9.

El auto que, para delante de un semáforo, es la metáfora perfecta de una máquina abdicando de su fuerza y su velocidad delante de un símbolo. Sin otra fuerza que ser un símbolo. Una pura imagen iluminada por una ampolleta. Una luz que no ilumina nada, pero es la luz central que distingue las tinieblas de la claridad.

10.

“París bien vale una misa” dijo Enrique IV de Francia al renunciar al protestantismo que le había costado veinte años de guerra y persecuciones. Protestantismo del que había conseguido ser el valiente campeón, que abandonó para conseguir la corona de Francia y desde ella decretar entre las dos religiones la paz. En las democracias representativas se permiten todas las religiones y cosmovisiones, pero solo una gobierna: París, que bien vale una misa, es decir una abdicación. El semáforo es símbolo de eso, el de una impotencia sagrada que tanto el tirano en su jaguar como la multitud sin zapatos odia como la peste.

11.

Una ciudad y su ciudadanía puede resumirse en un semáforo cambiando de verde a rojo en una calle absolutamente desierta. Esta es la fuerza suprema de un dios, ser obedecido incluso cuando no hay nadie que pueda obedecerle.

12.

La asamblea constituyente no podía tener éxito ni quería tenerlo, al nacer de la destrucción sistemática de los semáforos, o del metro, o de la calzada, es decir de todo lo común. La plurinacionalidad que estaba en el centro de propuesta fue leída como el establecimiento de una ciudad propia con sus propios semáforos.

13.

Ninguna revolución se asienta durablemente si no provee en la vida privada de los ciudadanos una continuidad rutinaria que la haga vivible. La impresión de que todo sigue igual es esencial para que los cambios profundos ocurran finalmente.

14.

Todo el que quiere gobernar París, es decir la polis, tiene que aceptar que bien vale una misa. Es decir que bien vale abjurar de tu fe anterior, de tu cosmovisión de origen y arrodillarte ante el mismo dios, que no es otro que la fragilidad de una luz en un poste que detiene a maquinas de cien caballos de fuerzas y camiones de varias toneladas para que una anciana o un niño atraviesan distraídos. Milagro que solo ocurre, claro, si el niño o el anciano aceptan quedarse detenidos mientras las maquinas atraviesan a toda velocidad las calles el tiempo que las luces hayan elegidos para ellos.

15.

Borrar los rayados, reparar los vidrios rotos y prohibir los grafitis fue en mano de los republicanos neoyorquinos una política perfectamente aplaudida justamente por quienes nunca habían votado por ellos antes. De alguna forma la derecha daba con el centro mismo de un sentido común de izquierda, la idea de que los muros no son de nadie, es decir, de todos, al igual que los vidrios de las ventanas, los carros del metro, las estatuas y los semáforos. Llamaron esta política “tolerancia cero” cuando, al revés, el que nadie se apropie de los muros, el que nadie se adueñe de los semáforos, es el grado cero de cualquier tolerancia.

16.

El grafiti es una manera de decir “estoy aquí, aquí existo” pero también “esto es mío, mío, mío, y nada más que mío.” Que el ímpetu colectivo del 18 de octubre haya terminado en renacer del individualismo más feroz es solo sorprendente desde lejos. El enemigo siempre fue lo común, considerado como negación de una singularidad tan singular que no se podía siquiera expresar en palabras, canciones, o colores sino en la pura coreografía del cuerpo, en la pura lucha de estos contra el humo, en el puro retorcimiento de los huesos bajo la piel.

17.

El semáforo permite la interacción de distintas formas de transportarte: autos, patinetas, bicicletas. En ese sentido es el símbolo perfecto de la tolerancia democrática, o lo que debería ser esta, no la renuncia de los rápidos, o la de los lentos, de los motorizados y los peatones, sino la mutua renuncia de todos a seguir de largo su camino para detenerse a ver pasar a los demás.

18.

El poder tiende naturalmente a concentrarse y la impotencia a desconcentrarse. Este es el desafío constante que enfrenta la democracia representativa: intentar concentrar en pocas personas la impotencia, y desconcentrar en más gente el poder. Pero como el semáforo no puede dejar de ser odiado por preferir a los autos o, al revés, odiarlos por dejarles demasiado tiempo a los transeúntes. Es por eso por lo que debe ser revestido de algún aura mística que defienda su condición de arbitrio del tráfico.

19.

El semáforo no se mueve para que todo el resto se mueva y siga moviendo. Lo mismo el parlamento, el poder judicial, o la presidencia, puede cambiar de color todas las veces necesarias, pero no puede moverse de la esquina en que fue construido, y menos apagarse, bajo el riesgo de atascos monumentales.

20.

En la asamblea constituyente chilena del 2021, los turnos de palabras, la organización de los colectivos, el orden de las sesiones y el trabajo de comisiones, se intentó innovar, en casi todos los casos se volvieron a las formas e incluso en el vocabulario de los parlamentos de la democracia representativa. Agregarle colores al semáforo solo aumenta los accidentes.

21.

Las nuevas tecnologías parecen disponernos a utilizarlas para conseguir ese cambio urgente de forma y de fondo en la democracia representativa: una democracia más directa pide el pueblo, o lo estudiantes que hacen de pueblo. Los adultos, enojados por los impuestos a sus autos o los inmigrantes, piden más autoridad. Algo hay que cambiar, eso es seguro, ¿pero qué? Todo, ¿pero qué parte de todo? Eso no. Eso tampoco, quizás sí, quizás no, nada al final.

IV. LA POLÍTICA EN CONTRA DE LOS DERECHOS HUMANOS: A PROPÓSITO DEL CONTEXTO POLÍTICO Y PROCESO CONSTITUYENTE ACTUAL

Por Constanza Valdés Contreras

Nuestro país ha vivido durante los últimos 3 años intensos procesos sociales y políticos que han develado las grietas de la legitimidad del sistema político actual, en particular del modelo heredado por la dictadura y que ha continuado, de una u otra forma, durante el periodo de la llamada transición a la democracia. Diversos teóricos plantean que la transición continúa presente mientras persistan estructuras y lógicas jurídicas y políticas de la dictadura. Al respecto, es una tesis que suscribimos considerando que en gran parte continúan vigentes las mismas bases de la institucionalidad que se establecieron en dicha época. Esto se conecta de igual manera con las problemáticas que hemos enfrentando en el avance de la justicia transicional relacionada con los crímenes y violaciones de derechos humanos cometidos por parte del aparato de la dictadura cívico-militar.

En cierta parte, los procesos constituyentes han sido reflejo de esta constante tensión entre la fricción y agotamiento del modelo actual, la necesidad de su sustitución y las demandas de las personas y organizaciones sociales. Las propuestas constitucionales han evidenciado eso en la naturaleza misma de estas, por un lado, la del 2022 que busca alejarse progresivamente de la constitución del 80, y la del 2023, profundizando aún más el modelo y retrocediendo incluso en ciertas materias (lo que para muchos/as era impensado). Una de las tensiones presentes ha sido en materia de derechos humanos, en particular lo que tiene que ver con los derechos económicos, sociales, culturales, ambientales y aquellos de naturaleza civil y política. Si bien esto se hizo muy presente en dichos procesos, en la política actual y contingente la disputa se hace constantemente presente.

Leyes como la Naín Retamal, de usurpaciones, la renovación constante del estado de excepción constitucional en la Araucanía y las discusiones sobre migración y expulsiones, han sido algunos de los ejemplos donde tanto el progresismo y el conservadurismo encuentran puntos de acuerdo en materias regresivas de derechos humanos. Esto se ha visto de forma más latente en la discusión actual sobre seguridad pública, donde el populismo penal se ha tomado la agenda como si fuera una solución efectiva. De esta forma, hemos visto como se han ido prefiriendo medidas a corto plazo, que no son efectivas pero que intentan camuflarlas como tal, a costa de principios básicos en derechos humanos.

Lo anterior se explica, en primer lugar, por un debilitamiento de la cultura de los

derechos humanos en la sociedad, en segundo lugar por el creciente descontento social y la legitimidad del sistema político y en tercer, por el auge de los movimientos políticos populistas y de extrema derecha. En este sentido, cada vez se transforma más, lamentablemente, en sentido común transgredir derechos humanos en pos de un supuesto bien común u objetivo que sea necesario en la sociedad en un momento político, social e histórico determinado. Tomemos el ejemplo de la situación actual sobre seguridad pública, en la cual no han sido pocas las personas del espectro político y autoridades que han exigido que se decrete estados de excepción en ciertas zonas.

Si bien, pudiera pensarse que lo anterior pudiera ser propio de ciertas coyunturas y que sus efectos son limitados a dicho periodo de tiempo, el gran riesgo que se corre es la relativización de los derechos humanos y las consecuentes violaciones que pudieran cometerse. De igual forma, el creciente aumento de las facultades de las fuerzas policiales, sin existir controles efectivos para evitar las arbitrariedades, son elementos nocivos para una democracia y el goce y ejercicio de los derechos y libertades. Es decir, lo que está en gran parte en juego es la democracia misma. Que la propuesta constitucional actual tenga tintes autoritarios, que en gran parte es una propuesta del partido republicano, muestra una visión peligrosa que tienen ciertos sectores políticos.

Con lo anterior queremos señalar que hoy en día los derechos humanos y su institucionalidad se encuentran en una crisis grave que se ha ido agudizando con los últimos años. El rechazo del presupuesto, por parte del Congreso, del Instituto Nacional de Derechos Humanos, de la Subsecretaría de Derechos Humanos, del Museo de Memoria y Derechos Humanos y de los sitios de memoria son ejemplos de esto. Lo mismo, por parte de la ciudadanía, se pudo observar hace un tiempo la movilización en Calama ante la situación de violencia y en la cual hubo carteles haciendo alusión a la necesidad de alguien como Nayib Bukele, Presidente de El Salvador conocido por sus medidas que transgreden los derechos humanos de las personas privadas de libertad.

Ante esto, el fortalecimiento de la cultura de los derechos humanos es fundamental no solo desde las organizaciones de la sociedad civil, quiénes han sido históricamente quienes han llevado adelante esta lucha, sino que también por parte de los distintos órganos del Estado, trazando líneas que no deben ni pueden cruzarse bajo ninguna condición ni circunstancia. La conmemoración de los 50 años de la dictadura cívico-militar fue una oportunidad para avanzar en esto, pero lamentablemente, quedo en evidencia como aún el negacionismo y la justificación de las violaciones a los derechos humanos continúa muy vigente.

Por lo mismo, cualquier constitución que busque reducir aún más el panorama de los derechos humanos y su institucionalidad, inevitablemente constituye un riesgo para la democracia y la situación política del país. Lo que se necesita en este momento es propender a su fortalecimiento, incorporando la perspectiva de derechos humanos en los distintos órganos y organismos del Estado con el objetivo de entregar una bajada concreta respecto a la importancia de dicho enfoque. Podríamos incluso decir, dotar del sentido común de los derechos hu-

manos en la actividad estatal.

Creemos que la actual crisis que enfrenta el país en materia de derechos humanos también es una crisis democrática, y que la única forma de salir de aquella es a través del fortalecimiento de los derechos humanos, incluyendo su institucionalidad. Ya hemos visto como tanto los sectores progresistas y conservadores han coincidido en ciertos retrocesos claves en materia de derechos humanos. Necesitamos urgente erradicar esta situación, avanzando hacia el pleno respeto y protección de los derechos humanos en todos los sectores de la sociedad, antes que sea muy tarde. Países como El Salvador, Estados Unidos, Argentina, Brasil, entre otros, han sido ejemplos de esto y como dichas democracias se han ido debilitando fuertemente por parte de gobiernos con tintes profundamente autoritarios. El sentido común jamás será violar derechos humanos y debilitar la democracia.

U. HIPOCRESÍA Y ARROGANCIA

Carlos Pérez Soto
Profesor de Física, abuelo

El plebiscito de diciembre de 2023 repite, con ropajes derechistas, exactamente el mismo espectáculo que el plebiscito de septiembre de 2022 mostraba con ropajes populistas. La derecha busca aprobar ahora, con “moderación” y “seriedad técnica” prácticamente lo mismo que la autodenominada izquierda buscó aprobar antes sin poder evitar la estridencia y el folklore de su arrogancia. Porque, vayamos al hueso del asunto: hay cuestiones sustantivas y apariencias para el electorado. Ni la constitución actual, firmada por Ricardo Lagos, ni la rechazada en 2022, ni el proyecto que se plebiscitará ahora, en 2023, tocan en lo más mínimo los pilares y fundamentos del modelo neoliberal que se inaugura de manera solo destructiva durante la dictadura y que se desarrolla, en cambio, de manera triunfal e inexorable, en los treinta años siguientes. Esos treinta años infames contra los que se gritaba “no son 30 pesos, son 30 años”.

Ni los tratados internacionales que protegen la desnacionalización de nuestros recursos básicos, ni la autonomía del Banco Central, ni los privilegios que ofrece la elusión tributaria, ni el crédito barato que obtienen las grandes empresas a partir de las AFP, ni los sistemas de concesiones, licitaciones y bonos a través de los cuales se desvía la mayor parte de los recursos públicos hacia negocios privados. Esos negocios que siempre reclaman “readecuaciones” de los fondos que han ganado en las licitaciones públicas. Esos negocitos privados que le han robado el alma a las universidades y hospitales públicos, que se han convertido en centros de negocios para los profesores universitarios y los médicos. Tampoco tocan, ninguna de las tres, la autonomía administrativa de las FFAA, que permite que la corrupción galopante entre los altos mandos no sea realmente fiscalizable. No tocan la ley antiterrorista, que pasa a llevar tratados internacionales firmados y refrendados por Chile. Ninguno de los tres textos ofrece la menor oportunidad para financiar realmente, a partir de nuestras propias riquezas naturales, los derechos que establecen de manera retórica.

Cuando examinamos los orígenes de estos tres textos, que es algo de lo que nadie parece acordarse, encontramos la realidad brutal del permanente acuerdo politiquero, del oscuro consenso de los arreglines entre la llamada izquierda y la sinceridad de derecha. La constitución de 2005 buscó cerrar la transición por arriba, sin hacer el más mínimo intento de cambiar profundamente la Constitución de 1980, como hasta el mismo Eduardo Frei Montalba había prometido. Y lo que logró fue estirar la dictadura neoliberal hasta que los chilenos perdieron la paciencia en 2019.

Pero el proceso constitucional que surgió fue, nuevamente, el arreglo por arriba,

el acuerdo de los mismos, que beneficia a los mismos, desbaratado de manera increíble por ellos mismos. Y bueno, qué decir del acuerdo que nos pone de nuevo ante este proceso constitucional que se autoproclama democrático: bordes que no permiten tocar lo esencial, texto redactado por una comisión elegida de manera politiquera, respetando las cuotas de ellos mismos, comisión garante de que los bordes no se tocan, convención que no se llama constituyente y que, ipso supuesto!, ni siquiera se imagina como asamblea, reglamentos formulados dentro de los bordes. O, en fin, como ya lo dijo el amarillo Parra: “la izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas”.

La Constitución propuesta en 2021 solo ofrecía derechos nominales, sin asegurar ningún modo efectivo para poder llevarlos a la realidad. Frases grandilocuentes [como olvidar los derechos de los “seres sintientes”], grandes declaraciones, arrebatos democráticos. Pero el Senado se mantenía igual [con otro nombre], pero los derechos reproductivos se mantenían igual [sin avanzar al derecho integral sobre el propio cuerpo], pero los derechos de las mujeres solo crecían de manera nominal [paridad política para la clase política], pero los pueblos originarios seguían sin el reconocimiento de su autonomía y del derecho efectivo a su territorio.

¿Debería extrañarnos que más del 60% de las mujeres haya rechazado una Constitución que se decía feminista? ¿Debería extrañarnos que más del 70% de los mapuche haya rechazado una Constitución que supuestamente los reconocía? Y qué decir de los más pobres de este país, permanentemente olvidados, que salen a votar obligados algo que les resulta perfectamente indiferente, y no encuentran nada mejor que mostrar su voto de repudio a los consensos y a la sostenida farándula de unos y de otros.

Primero la farándula exitista, luminosamente adornada con la arrogancia infinita de los y las que solo buscan “cambiarlo todo” para no cambiar nada. De los que prometen un programa de gobierno “de izquierda” y gobiernan férreamente con el mismo programa de derecha de todos los gobiernos anteriores. Después, el desengaño, las explicaciones visiblemente estúpidas, las furtivas lágrimas que muestran simplemente que no han entendido nada. Que muestran que ni siquiera notan que hacen política a espaldas del 60% de la población. Que ni siquiera notan como han roto el vínculo tradicional que existía entre la intelectualidad de izquierda y los sectores más pobres de Chile. El vínculo que permitía que Nemesio Antúnez conversara con Violeta Parra y Santos Chávez, el que permitía que un hijo de ferroviario llegara a ser senador comunista y Premio Nobel. El desengaño idiota que solo es una sorpresa para quienes han hecho política desde la arrogancia intelectualista. Desde un feminismo radical puramente universitario, desde un ecologismo solo practicable por los sectores medios acomodados, desde un indigenismo universitario que solo vive a costa de las políticas de discriminación positiva y cuoteo.

Ya lo han dicho viejos maestros, primero fue el tiempo de la tragedia o, más bien, de la tragicomedia, ahora es el tiempo de la comedia o, más bien, del sainete de las apariencias y del chiste fácil, en que los mismos de antes y de siempre

discuten por una palabrita [“del que” o “de quien”], se apoyan en recursos propagandísticos simplones, apelan a la delincuencia tanto a favor como en contra, a la de los otros, que ven con lentes de aumento, a la propia, que pasan por virtud cívica.

Todos los acuerdos desde los que han surgido tanto la Constitución actual [2005], como la rechazada [septiembre de 2022], como la que ahora se propone [diciembre de 2023], han consistido en consensos exclusivos y cerrados entre los partidos con representación parlamentaria, ninguno de los cuales ha estado dispuesto a llevar a plebiscito todas y cada una de las normas constitucionales, una a una, sobre las que no logran ponerse de acuerdo. Consensos que nos han ofrecido un paquete cerrado, con límites infranqueables, que no tocan nada esencial, y sobre el cual tenemos que decir simplemente sí o no. Consensos logrados en el seno del poder parlamentario, que es una de las instituciones con más baja aprobación del país, según todas las encuestas, las de los otros, y las de ellos mismos.

Pero, entonces, si ellos saben que no se juega nada sustantivo ¿por qué se han esforzado tanto para apalearse, a la manera de la farándula, como si hubiese algo importante en medio? La razón es trivial, visible, todo el mundo la sabe, pero a todo el mundo, incluso a ellos, les produce rubor “sincerarlo”: porque todos están pensando en las próximas elecciones.

Nadie creyó realmente, en la derecha política, que la propuesta de 2022 contenía alguna clase de peligro esencial. De lo que se trataba era de aprovechar el paso, el espectáculo, para darle palos al gobierno de Boric. Y lo consiguieron de manera resonante, de un modo que ni ellos mismos esperaban. Y su excelencia aprendió la lección, y ahora se esfuerza en lecciones de humildad diciendo que fue un error que hubiese criticado “tan duramente” a Piñera, y los políticos de Bachelet volvieron en pleno, radiantes, seguros de tener la sartén por el mango.

Nadie cree ahora que en esta propuesta de 2023 haya algo muy distinto, en lo sustantivo, respecto del proyecto anterior [salvo la grandilocuencia sin respaldo]. De lo que se trata ahora es de darle palos a Kast, porque, como dicen algunos antiguos ex amigos, “hay que formar un frente para parar al fascismo”. Incluso la inefable Evelyn Matthei, rival dentro de la propia derecha, salió en un principio a rechazar. Eso, por supuesto, hasta que todo el mundo salió a decirle que el apaleo dentro de la derecha podría abrirle las puertas a la igualmente inefable Michele Bachelet, a la que no le vendría mal, a pesar de sus años, repetir la experiencia de Lula, que tiene más años que ella. Y, bueno, ahí está, promoviendo el rechazo, enarbolando la bandera del género, a pesar de que las disposiciones constitucionales sobre los derechos reproductivos quedaron prácticamente iguales, dejando todo lo concreto para un paso legislativo posterior.

Si las proposiciones constitucionales, esta y la anterior, son una muestra triste de la arrogancia infinita, antes de la llamada izquierda, ahora de la derecha, las campañas a favor o en contra, tanto en este proceso como en el anterior, no son sino una muestra, ahora tristísima, de la hipocresía galopante con que el consenso político que gobierna este país ha llevado todo el proceso. Un proceso que

no tiene sino un significado, más triste aún, si eso es posible: la administración y domesticación de la ira de los pobres.

Pues bien, no pueden sembrar y sembrar vientos indefinidamente. Ya vendrá el tiempo en que tendrán que cosechar tempestades.

Santiago de Chile, en la primavera sombría de 2023.-

UI. DE LA REVUELTA POPULAR A LA RE-UELTA DE LAS ÉLITES

Nora Merlín

El experimento neoliberal impuesto por el golpe de estado de Pinochet en 1973, hizo de Chile uno de los países más desiguales de la región. Pasaron años de adormecimiento social hasta que, intempestivamente, en octubre de 2019, Chile despertó.

Lo que comenzó como un descontento por la subida de precios de servicios y productos básicos, terminó en multitudinarias manifestaciones en todo el país y, como afirmaban los chilenos, no eran los treinta pesos, sino los treinta años de aguantar un modelo elitista e injusto para las grandes mayorías. La imagen de unos jóvenes saltando sin pagar la entrada al metro de Santiago, devino en una de las más emblemáticas del inicio del estallido social que pasó a la historia como el despertar chileno. Aconteció “en una hermosa plaza liberada”, la alegre recuperación del alma y del cuerpo, perfilándose una victoria del emergente campo popular iluminado por el espíritu de Salvador Allende.

Meses de protestas masivas con la violenta represión de los carabineros y cientos de ojos perdidos en las movilizaciones desembocaron, en octubre de 2020, en el deseo de cambiar la Constitución, expresado a través de un referendo popular que tuvo el 78% de aprobación. Una nueva ley suprema reemplazaría la vigente promulgada en 1980, durante la dictadura de Augusto Pinochet. El órgano elegido para redactarla fue una Convención Constitucional con paridad de género, la primera en el mundo con esa característica virtuosa.

El texto propuesto por la Convención Constitucional fue rechazado el 4 de septiembre de 2022, a través de un plebiscito que tuvo una participación del 62 % de los electores. Sin embargo, el gobierno de Gabriel Boric aclaró de que el resultado del plebiscito no significaba el fin del proceso constituyente.

Tras la derrota de septiembre, se instaló una mesa negociadora en el Congreso Nacional con la representación de todas las fuerzas políticas. La extrema derecha ganó la mayoría de los asientos en el Consejo Constitucional, obteniendo 23 de los 50 escaños para redactar la nueva Constitución. Desde el Partido Republicano ya han asegurado que su intención es que la nueva Constitución sea “bastante similar” a la actual, heredada de la dictadura. Bajo la dirección de la derecha es poco probable que la nueva ley máxima incluya derechos fundamentales y banderas igualitarias como la salud y la educación públicas, sometidas en la actualidad de Chile a las dinámicas del mercado.

¿Qué fue lo que sucedió entre el estallido social insurgente de octubre de 2019, popular y democrático, y lo que avizoramos hoy como un revés para una nueva

Constitución progresista?¿Cómo se ha apropiado la derecha del fruto de un movimiento popular e insurgente surgido de las bases? Nos interesa comprender el proceso de mutación de la Revuelta Popular a la re-vuelta de las élites, con el agravante actual de su inscripción democrática avalada por el voto y ya no como un efecto impuesto por la dictadura.

Desde nuestra perspectiva, sostenemos que la razón que un sistema cada vez más concentrado e injusto sea elegido por los sectores desfavorecidos, no puede explicarse únicamente por la dramática situación económica. Este fenómeno de fascinación social hacia las cadenas solo es posible con una subjetividad colonizada por los medios de comunicación concentrados, que operan junto a las redes sociales. Los mensajes comunicacionales funcionan como órdenes y la respuesta consiste en una obediencia inconsciente, una hipnosis generalizada que venimos planteando hace varios años.

La eficacia de los medios de comunicación concentrados tiene plena vigencia, no han perdido el poder de sugestionar; más bien lo contrarior, se potenciaron con la emergencia de las redes sociales y la virtualización de la vida producida durante la pandemia, que aceleró e impuso la revolución tecnológica de internet. En la actualidad, después de una pandemia y en medio de una crisis económica y una guerra, el clima político en Chile y en el resto del planeta no es el mismo que en 2019. La proliferación de los fascismos está ganando terreno a nivel global.

En el marco de democracias debilitadas que no alojaban a la mayoría social afectada por la creciente desigualdad y pérdida de derechos, aconteció la pandemia y la guerra entre Ucrania y Rusia, surgió un estado anímico de insatisfacción democrática, increencia en la política y depresión generalizada.

La ultraderecha emergente a nivel global supo capitalizar mucho mejor que el campo popular el desencanto, el malestar subjetivo y el escepticismo en la política, provocados por tres factores: 1) el modelo neoliberal, que ha multiplicado la desigualdad, la concentración y la precariedad; 2) la pandemia, la cuarentena y el encierro que trajeron angustia, enfermedad, duelos, pérdidas económicas y desorden en la vida cotidiana; 3) los gobiernos progresistas de la última oleada, que al incumplir el mandato electoral no estuvieron a la altura de alojar las demandas populares ni las angustias de la subjetividad.

Una modalidad de aparición de esta ultraderecha en varios países fueron las corrientes llamadas “libertarias” que jugaron un papel protagónico durante la pandemia. Sus ideas radicales están basadas en que la propiedad y los mercados libres son capaces de garantizar la libertad individual. Proponen la máxima limitación del Estado, son escépticos de la justicia social y exacerbaban el individualismo. Tienen amplias redes en la derecha y en el mundo empresarial, habiendo atraído especialmente a los jóvenes entre 18 y 25 años. El movimiento libertario en Chile ha multiplicado sus exponentes y encontró un fuerte nicho en Youtube, siendo de derecha la mayoría de los canales dedicados a noticias y política.

La derecha logró salir de su encierro de clase y consiguió que su ideario racista, sexista, antiderechos y defensor de lo privado en detrimento del Estado o lo público, sea elegido por amplias mayorías. Entendemos esta inédita emergencia de ampliación social de la derecha con los sectores más maltratados por el sistema, incluyendo la juventud, como un síntoma social, una respuesta al poder neoliberal-tanático que se ha anudado a la pandemia, la guerra y la virtualización de la vida.

Esta nueva derecha amplió su base electoral cautivando a un segmento de los desposeídos y excluidos del neoliberalismo que, por identificación a los ideales de la derecha, terminan votando contra sus propios intereses de clase, etnia y género.

Nos preguntamos cómo es que se produjo esta vicisitud, qué estrategias comunicacionales y mecanismos se utilizaron para lograr que, de manera inédita, la derecha consiga arraigarse en el terreno popular y dispute presencia en los sectores sociales que estaban fuera de su alcance.

LA IDENTIFICACIÓN

La tramitación de la exclusión por la vía de la identificación explica en parte la ampliación cuantitativa de la derecha y el voto de los humildes por aquellos dirigentes o modelos que los privarán de derechos y los esclavizarán. De este modo, la derecha dejó de ser exclusivamente una clase social para convertirse en un grupo identitario.

La identificación, mecanismo privilegiado con el que operan los medios de comunicación y las redes sociales, consiguió imponerse a la política.

En efecto, el incremento de la precariedad en las sociedades democráticas creó nuevas “resoluciones”: las clases y sectores desfavorecidos pretendieron una pertenencia que alcanzaron de forma imaginaria por la vía identificatoria. La identificación “resolvió” en parte la demanda implícita de pertenencia de los sectores discriminados o segregados por el sistema, mecanismo que explica que un gay o un negro fue capaz de votar a Bolsonaro o un inmigrante a Trump, que vastos sectores desfavorecidos posibilitaran el triunfo de Milei en la Argentina, y que probablemente logre imponerse en Chile la Constitución que ratificará privilegios para la élite en lugar de derechos basados en la igualdad para todos.

La identificación constituye una respuesta, un intento reconstitutivo de tramitar el rechazo y la exclusión neoliberal de las minorías segregadas, explotadas u oprimidas. Se trata de un empuje hacia la inclusión, la integración y la pertenencia como un movimiento opuesto a la exclusión, al descarte en serie causado por el sistema tanático y desintegrador.

Los sectores sociales rechazados por el neoliberalismo, para adquirir alguna consistencia y pertenencia, aunque sea meramente imaginaria, retornan bajo el modo del grupo identitario y desde ahí logran ser nombrados y reconocidos.

La derecha agita una homogeneidad identitaria de valores (consumo, indivi-

dualismo, etc.) y cohesionada por el odio como cemento orgánico, vela la heterogeneidad y antagonismo de clase y etnia.

Dado que la lógica identificatoria y totalizante que tiende a la homogeneidad coincide con la establecida por Freud para la psicología de las masas, concluimos que los grupos identitarios homogeneizantes no son políticos sino narcisistas e imaginarios, y que no limitan ni conmueven el orden de la desigualdad neoliberal.

Gran parte de los individuos neoliberales empobrecidos y excluidos por el sistema, angustiados y decepcionados de la política, han intentado la pertenencia social por la vía identificatoria, o sea portando valores de la derecha, eligiendo a sus representantes y reproduciendo esa forma de vida. Esto es, amando las propias cadenas.

Las fuertes identificaciones ocultan tanto la división de antagonismos que constituye lo social, como la fractura inaugural del sujeto en los seres hablantes.

El mecanismo de identificación, la pertenencia a un grupo identitario, imaginario y basado en la psicología de las masas, no solo no resuelve el orden injusto de la desigualdad neoliberal estructural, sino que, por el contrario, lo reproduce circularmente. Se repite, junto a los estereotipos más siniestros de la masa, el odio al diferente y el rechazo al otro.

La cultura de la identidad niega la dimensión antagonista y conflictual de lo social, trayendo como su efecto más corrosivo la despolitización y el odio al semejante.

Es momento de aceptar no solo el fracaso del proceso constituyente chileno sino también la derrota de la cultura. Luego de la crisis global de la pandemia del coronavirus, que aceleró la imposición de la revolución cibernética y trajo como uno de sus saldos la virtualización extrema de la vida, los valores y la ideología neoliberal han ganado la batalla.

Sin embargo, la miseria sistémica y la actual angustia social generalizada constituyen el punto en el que se devela el fracaso de toda identidad, y con ello la posibilidad de un nuevo despertar.

III. LA BATALLA CULTURAL POR EL SUJETO EN LA CONSTITUCIÓN CHILENA

Jairo Enrique Gallo Acosta y María Alejandra Tapia Millán.

LA DEMOCRACIA QUE NUNCA TERMINÓ DE SER: PINOCHET NUNCA SE FUE

El retorno a la democracia en Chile fue como un inacabamiento de la dictadura, o una prolongación de ella por otros medios “democráticos”, en Chile siguió operando la constitución de la dictadura que en el año 2023 todavía sigue vigente y que es parte del problema actual. Es como si la sombra de la dictadura nunca se hubiera disipado en los años de gobiernos democráticos después de la dictadura. La Concertación que gobernó a Chile durante más de dos décadas nunca pudo quitarse la sombra de Pinochet, tanto que al finalizar su periodo como comandante en jefe en la democracia se convirtió en senador vitalicio. Así que lo que la dictadura que acabó con un proyecto socialista democrático encarnado por Allende, lo que nunca se pudo tramitar en esa dictadura y tampoco en los sucesivos gobiernos después de esa dictadura es eso que quedó inconcluso, o que no se pudo desarrollar, como algo que nunca pudo ser e insiste no por ser sino por nunca ser, y desde ahí es muy difícil construir un presente y un futuro.

La memoria no es lineal, no se va disipando con el tiempo. Puede actualizarse con –y para – los conflictos del presente. Han pasado 50 años del Golpe, y Chile parece estar más lejos que hace 20 de un pacto para el futuro (2013: 68% “Nunca hay razón para dar un golpe”. 2023: 42% “El golpe destruyó la democracia”). Posiblemente sea un síntoma de la falta de esa puntuación, que la memoria pueda revitalizarse hoy, pero pasada por el cedazo de los conflictos actuales y a través de las herramientas actuales (que están lejos de ser meros instrumentos): la ferocidad de las redes sociales. El presente ha despertado a viejos monstruos y a algunos recién paridos, el pinochetismo ha cobrado una nueva vitalidad bajo la batalla de unas lógicas actuales: las desmesuras de una parte del progresismo –que nunca se sabe si quieren hacer testimonio de sí o comenzar un proyecto posible– y el ethos importado de una nueva marca transnacional: el trumpismo (Michleson, 2023, párrafo 10).

Así ese “monstruo” nunca se fue, siempre ha estado en latencia, medio dormido pero ahí, y en los últimos tiempos se ha despertado, y de las peores formas, o retornando ya no en forma de dictadura militar, sino en políticas de ultraderecha “democráticas”, que además de querer mantener un conservadurismo social y un liberalismo económico, quieren seguir manteniendo vivo el fantasma no sólo de Pinochet, sino en lo que su figura encarna, “conservar” un ideal de un

orden colonial y que se sigue reactualizando, y la manera como se encontró para reactualizar dicho ideal fue la constitución política de Chile, no sólo defender la vieja constitución de la dictadura sino hacer una más radical, más conservadora, más cercana a ese ideal.

NEGACIONISMO COMO DEFENSA ANTE EL MALESTAR

El 11 de septiembre de 2023 se conmemoraron los 50 años del golpe militar al gobierno elegido democráticamente de Salvador Allende. Pero esta conmemoración se vio opacada por el triunfo del partido republicano en las elecciones constituyentes de mayo de 2023. Lo curioso de este candidato es que defiende lo realizado por la dictadura de Pinochet, reivindicando su legado, y haciendo suyas unas consignas que van en contra del aborto, el matrimonio igualitario y la adopción homoparental, así como el llamativo tema de la inmigración, aquel objeto externo que viene a desarmonizar la sociedad chilena pero la de cualquier país, en este caso son los inmigrantes haitianos y venezolanos, y en menor medida los colombianos.

En la época de la política no política. Es muy fácil hacer política desde una negación de la misma política. Ante el fracaso de las políticas progresistas en Latinoamérica (lo que alguna vez fue el estado de bienestar en los países de Europa). El partido Republicano –aquí la palabra “republicano” se convierte en un significativo que enlaza otros significantes: conservador, tradicional, liberalismo económico, seguridad, etc.- viene ganando cada vez más terreno, así como en España, Argentina, Brasil –y su última conquista es la constitución de Chile-.

Para lograr sus objetivos estas políticas de derechas y ultraderecha necesitan negar la historia. En primera medida, o hacer un uso de la historia desde la negación de la misma, por ejemplo. El líder de los republicanos, José Antonio Kast, ha repetido en varias ocasiones su admiración por Pinochet, negando la violencia y los crímenes perpetrados por la dictadura. “Si Pinochet viviera votaría por mí”, o lo que es peor, tratando de afirmar que sin dictadura solo quedaba el caos. Lo que no ha terminado de saber Kast es que Pinochet vive, y está más vivo que nunca, incluso él lo hace vivir más allá de él mismo. Y está vivo porque la dictadura nunca se terminó de ir, lo que hubo fue un silencio cómplice con esa sombra dictatorial, lo cual se tapó con los ideales del capitalismo neoliberal: “el milagro chileno”. Que hizo de la clase media chilena una de las más fuertes en Latinoamérica y ejemplo en el mundo. Es así que el 11 de septiembre se convirtió en un campo de batalla cultural al mejor ejemplo gramsciano, batalla que al parecer ganó la dictadura, ya que el acallamiento mortífero se sigue imponiendo en la sociedad chilena, a pesar de los numerosos esfuerzos de movimientos, grupos, colectivos en mostrar los crímenes y delitos de la dictadura.

El 11 de septiembre con su barbarie, trajo un silencio. Silencio ominosamente distinto. La dictadura instaló un silencio mortuorio que le arrebató su lugar al silencio generatriz, al silencio de la espera y el pensar. Dejó sin espacio al silencio entre las notas que permite que la música nazca (APPR, 2023).

CUANDO EL MALESTAR NO SE ESCUCHA

En octubre de 2019 muchos decían: “Chile despertó” debido a las protestas que comenzaron en Santiago y se propagaron por todo el país. Estas protestas que se iniciaron con el alza del transporte y se ampliaron a los servicios públicos, la educación, las desigualdades sociales y otras demandas sociales que el gobierno de Piñera no supo escuchar, y reaccionó con toda la violencia militar.

La dignidad fue lo que se trató de recobrar en esas protestas, ante la indignación de años de persecuciones, torturas, desapariciones, que comenzaron con el golpe militar al presidente Allende en 1973, y 17 años de dictadura posterior, y casi tres décadas de políticas neoliberales, muchos y muchas estaban indignados por la situación en que se encontraban, estas insatisfacciones llevaron al “estallido social” de 2019. Estallido que para algunos investigadores se asocia a un malestar social que en los últimos años se iba acrecentando debido a las políticas neoliberales, de las cuales Chile era un abanderado no solo en Latinoamérica sino en el mundo.

El denominado “estallido social” es la expresión en la esfera pública de un malestar forjado durante años de modernización social. Esta expresión del malestar significó el despliegue de un conjunto de prácticas de protesta y contestación en el espacio público de tipo artístico y cultural, que juegan en el campo de la imaginación popular y no en la del cálculo tecnocrático (del valle, 2021).

Acá la modernización abarca un tiempo que en los países latinoamericanos han querido entrar en un lugar y tiempo ideal, y después de décadas de intentar alcanzar dicha modernidad nos encontramos que sólo unos pocos y pocos han logrado alcanzar sus beneficios. En Chile eso se exacerbó durante la dictadura, y la entrada de la democracia no pudo ampliar los beneficiarios, sino al contrario, aunque esto se niega con el acceso a los créditos de ciertas poblaciones, así que las franjas de precariedad, incertidumbre y desesperanza se fueron afianzando a más poblaciones, sobre todo los y las jóvenes, protagonistas de ese estallido social en el 2019.

Esas demandas sociales no escuchadas se articularon alrededor de las protestas y el estallido social, miles de personas se tomaron las calles manifestando su malestar frente a un modelo que se decía milagroso: “el milagro chileno”. Milagro que se convirtió en una terrible pesadilla a muchos y muchas en un país que negaba dicha pobreza, la desigualdad, la violencia e incluso las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura y después de ella.

NO-TODO ESTÁ PERDIDO: LA EMERGENCIA DEL SUJETO

El estallido social, aunque no haya desembocado en una nueva constitución que reemplazara a la de Pinochet no quiere decir haya fracasado. A pesar de la desilusión de la no aprobación de la constitución del 2022, y del triunfo de las derechas en la constituyente del 2023, hay que repensar, volver a construir, recrear. 17 años de dictadura, más décadas de sostener los ideales de la dictadura

han colonizado las subjetividades chilenas hasta el punto de aceptar dichas políticas. Pero la subjetividad no es algo fijo ni terminado, para el psicoanálisis dicha subjetividad se constituye por medio de identificaciones que se reconstituyen gracias a los ideales superyoicos que operan como mandatos para que esas identificaciones se fortalezcan. Es allí donde se da una batalla cultural a la manera gramsciana, cómo conquistar esas subjetividades, o como la llamaba la ex primera ministra del Reino Unido Margaret Thatcher: “La economía es el método, pero el objetivo es cambiar el corazón y el alma”.

Y el objetivo parece que se consiguió en muchos y muchas, y para eso se tuvo que despolitizar dichas subjetividades, creyendo que lo importante estaba en lo económico, si tenías acceso a créditos todo iba a andar bien, y como dice la canción “Las industrias” del grupo los Prisioneros: “Voy a llegar a la gran máquina, todo es oscuridad/ Si agacho un poco la cabeza, nadie me descubrirá”, muchos y muchas pensaban que iban a salir airosos de esa gran máquina que todo lo quiere subsumir, explotar, usufructuar, que son los ideales del capitalismo superyoico neoliberal. El problema es que todavía hay quienes creen que pueden salir airosos -siempre son los otros, o son los otros los culpables- así que salen a votar por una constitución que les devuelva esa seguridad que nunca han tenido, que les recuperé ese goce perdido, que les dé por fin ese goce que los hará felices, prósperos y exitosos.

Afortunadamente no todo puede ser capturado por esos ideales neoliberales, frente al desamparo y la devastación que trae consigo esos ideales convertidos en políticas de gobierno, las salidas no pueden ser las que ofrecen esas mismas políticas: individualismo, capacitaciones coaching, autoayudas, entre otras prácticas, sino unas políticas que puedan alojar al sujeto y sus malestares, que puedan sostener un no-todo, esta imposibilidad que constituye un lazo con el otro, de ahí que sea necesaria una constitución no que destruya más esos lazos, sino que los posibilite, y esa debe ser la apuesta de cualquier constitución en la época actual, no solo en Chile sino en cualquier parte del mundo, y para eso la escucha de ese sujeto y sus malestares puede ser el comienzo que no siga retornando lo peor de unas políticas que lo que quieren es destruir cualquier lazo de un sujeto con el otro, cualquier política comunitaria, cualquier apertura a la emergencia del sujeto que señala que siempre algo no funciona, que algo no puede ser totalizado, que algo puede ser no-todo.

Referencias

APPR. (julio 13 de 2023). *Reseña pre-encuentro: “Encuentro conmemorativo Chile y el Psicoanálisis: A 50 años del Golpe de Estado”*. [https://apprchile.cl/resena-pre-encuentro-encuentro-conmemorativo-chile-y-el-psicoanalisis-a-50-anos-del-golpe-de-estado/del-Valle-Orellana,Nicolás.\(2021\).La-expresión-del-malestar-en-Chile:cultura,esfera-pública-y-luchas-sociales.Revista-de-humanidades-de-Valparaíso,\(17\),63-89.Epub-01-de-agosto-de-2021.https://dx.doi.org/10.22370/rhv2021iss17pp63-89](https://apprchile.cl/resena-pre-encuentro-encuentro-conmemorativo-chile-y-el-psicoanalisis-a-50-anos-del-golpe-de-estado/del-Valle-Orellana,Nicolás.(2021).La-expresión-del-malestar-en-Chile:cultura,esfera-pública-y-luchas-sociales.Revista-de-humanidades-de-Valparaíso,(17),63-89.Epub-01-de-agosto-de-2021.https://dx.doi.org/10.22370/rhv2021iss17pp63-89)

Michelson, C. (8 de septiembre de 2023). *50 Años del golpe de estado de Chile. ¿Qué recordar?* *elpais.com* <https://elpais.com/chile/2023-09-09/que-recordar.html>

UIII. ¿UNA FISURA ABIERTA? REFLEXIONES SOBRE EL DEVENIR CONSTITUCIONAL EN CHILE

Rodrigo Aguilera Hunt

¿Cómo es posible que una ensoñación emancipadora impulsada por una revuelta popular en 2019, nos plantee cuatro años más tarde, un escenario en el que se está plebiscitando una constitución redactada con principios de ultraderecha conservadora? ¿Cómo es que las inercias ideológicas y los poderes fácticos absorben los elementos más dislocantes y rupturistas de la revuelta para volverlos a poner en funcionamiento en la lógica neoliberal? En términos aún más amplios podemos preguntarnos si el poder concentrado y hegemónico de las élites, la ideología como continuidad del sentido común y los circuitos autónomos del capital siempre reterritorializan y recolonizan la imaginación popular que subvierte y disloca el orden de cosas.

Como vemos, aunque los acontecimientos y los actos radicales suponen una ruptura, su porvenir dislocante no está garantizado. Para Žižek (2014), un Acto radical tiene tres elementos definitorios: a) crea sus propias causas en forma retroactiva, b) destituye e inventa a un sujeto que no es un agente metafísico y voluntario que lleva a cabo una intencionalidad previa al Acto, c) permite un nuevo horizonte de posibilidades al cambiar el orden simbólico, generando un nuevo régimen de veridicción que reanuda los lazos de lo real imposible con la realidad ideológica.

¿Será acaso la revuelta popular de octubre un punto de quiebre radical del orden simbólico en Chile? ¿Será la actual constitución la clausura del quiebre? La situación actual del proceso constituyente así lo sugiere. Hay bastantes emergentes de la política y la cultura de los años posteriores a la revuelta que tienden a mostrar el cierre de la fisura y la reificación de la política tradicional interrumpida por la violencia pura revolucionaria presente en el acto radical dislocante. Probablemente, el punto culmen del fracaso de la ruptura sea la celebración de una eventual nueva Constitución de la Repúblicaalzada como un triunfo de la democracia y de la unidad nacional, cuando no sería más que el nuevo orden restituido del pacto oligárquico en forma y contenido. ¿Será que el triunfo de la opción rechazo en el plebiscito ratificatorio de la Constitución redactada por mayorías pro-cambio y el posterior triunfo electoral de la derecha atestiguan que ningún orden simbólico ha sido re-estructurado? ¿Será que la facilidad con que los partidos políticos deslegitimados por la revuelta tomaron a su cargo el actual proceso constituyente es la constatación del cierre de la fisura? La adversidad político-institucional otorga al conservadurismo chileno el terreno llano para su triunfo, que podría consagrarse en una nueva Constitución, perfilada en

una legitimación a la medida de sus intereses. En virtud de ello ¿la fisura histórica abierta por la revuelta popular se anuló para siempre?

En términos conceptuales, ¿es posible afirmar un cierre definitivo de la fisura? Considerando la retroactividad temporal de los sentidos y la apertura o falla ontológica de los sujetos -sostenida por Lacan en sus seminarios de la década de los 60-, podemos decir que los procesos políticos están siempre potencialmente abiertos -con Laclau (2005) diríamos, en disputa-. Las contingencias y los nuevos acontecimientos, por caso los avatares de la escritura constitucional, abren los caminos para una relectura y escritura de la historia. Vale decir que, lo posible e imposible en el campo del sujeto político, varía retroactivamente en virtud del orden simbólico que se haga hegemónico en la actualidad. Ello implica que la revuelta opera en el tiempo lógico determinado por el juego significativo del habrá sido en virtud de lo que está siendo (Lacan, 1953).

Consideremos que la intervención política -propiamente dicha- es aquella que no solo es vistosa o multitudinaria sino que cambia el marco que determina el funcionamiento de las cosas. Lo propiamente político es “el momento en que la negociación no aborda sólo una demanda particular, sino que apunta a algo más, y comienza a funcionar como la condensación metafórica de la reestructuración global de todo el espacio social” (Žižek, 2002: 226). Esa es la dimensión de la fisura que precisamente abrió la revuelta y, no obstante, el actual escenario parece suturar. De modo que, si bien algo de este calibre se jugó y desplegó, tanto en la revuelta popular como en muchos de los debates y propuestas constitucionales de la primera propuesta constitucional, el punto es que -el día después de todo ello, dado su rechazo- se arriba a un impasse o retorno al punto anterior. Peor aún, la revuelta es signada retroactivamente como maligna por los medios hegemónicos y los políticos del *establishment*, es decir, es re-colonizada por la fantasía ideológica como aquel punto de amenaza de la supuesta armonía nacional previa. Por ello es que la revuelta popular de octubre del 2019, como síntoma social, es un índice histórico en permanente disputa, respecto de su inscripción política y su sentido respecto del porvenir.

La lectura conservadora del síntoma, para el discurso de la oligarquía chilena, es la positivación de un espectro, cual enemigo, cual chivo expiatorio, es una estrategia ideológica destinada a sostener la -ilusión de una armonía- supuestamente interrumpida por una amenaza extirpable -por caso, “la revuelta”-.

El discurso analítico revelaría que el síntoma tiene la dignidad de revelar una verdad social, por tanto, lejos de ser extirpado, ha de ser leído e incorporado como potencia generativa.

Al contrario de dicha lectura, para el discurso oligárquico, Chile es la copia feliz del Edén pero está pervertido y bajo amenaza por ciertos grupos: mujeres feministas, grupos LGTBQI+, marxistas, comunistas, anarquistas, delincuentes, mapuches, narcotraficantes, inmigrantes, ecologistas fanáticos, ateos, nihilistas, jóvenes extraviados, acéfalos destructivos, alienígenas sociales, anti-patriotas, etc. Diversos modos de nominación del síntoma. Como toda imaginación ideo-

lógico-protofascista, supone un paraíso perdido (una identidad nacional sin fisura: “Los verdaderos chilenos”) que ha de ser recuperada si se extermina o aísla aquello que la amenaza en su armonía. Hay un “nosotros” (buenos ciudadanos, honestos, esforzados, chilenos reales, deseantes de paz y progreso, etc.) y un “ellos” maligno (que vienen a robar el goce de nuestra tradición y sumo bien nacional).

En consecuencia, luego del triunfo de la opción rechazo en la ratificación del primer escrito constitucional escrito por las mayorías progresistas, se le otorga a la institucionalidad portaliana-guzmaniana presente en la Constitución de la República aún vigente de 1980, la reificación de los emblemas neoliberales y patrióticos, y les otorga transitoriamente a sus políticos la posibilidad de establecer que la revuelta popular es el enemigo a vencer definitivamente. La seguridad y la paz son los emblemas nacionales (significantes vacíos) a monumentalizar (exaltación pública de carabineros, fuerzas armadas y política parlamentaria mediante).

Ahora bien, precisamente porque la revuelta popular chilena destituyó la historia oficial de progreso armónico planteado en Chile durante la transición democrática (últimos 30 años de historia -“No son 30 pesos, son 30 años”-), es que siguen en disputa los procesos simbólicos e institucionales impensables dentro de una gramática de linealidades predictivas. Se ha tratado de la irrupción acontecimental de una fisura, propia de un movimiento popular que interrumpe la narrativa de la historia oficial-conservadora, introduciendo una disputa por los sentidos histórico-políticos que ligan retroactivamente a la memoria y al porvenir. Dicho de otro modo, la revuelta popular expuso en forma aguda la fractura irremisible de la lucha de clases, es decir, el antagonismo como núcleo real-simbólico de la sociedad no conciliada. En el momento de la fisura, la racionalidad y legitimidad de las instituciones devienen transitoriamente absurdas, pura mascarada y monumentalización ficcional. El orden instituido muestra que carece de cualquier fundamento que no sea el fundamento de la mítica violencia que la fantasía ideológica recubre como normalidad, realidad, estado de derecho, etc. Por esta razón, la revuelta ha convocado al núcleo fascista del neoliberalismo, a sus expresiones más extremas contra lo que amenaza el orden oligárquico-financiero de Chile. La agudización de las contradicciones ha hecho que, estratégicamente, la revuelta -como significativa- sea hoy un “aliado” del discurso fascista puesto que opera para este como síntoma social; positivación imaginaria de una fractura como imal supuesto a extirpar! y así restituir el orden. La ecuación simbólica entre delincuente y protestante acecha como fantasma neofascista en su creciente hegemonía. La lucha discursiva por el lugar y función de la revuelta da cuenta de los antagonismos que disputan el sentido común, y que intentan capitalizar su posicionamiento en la institucionalidad constitucional.

De modo que -está por escribirse- qué dislocaciones, fracturas y re-articulaciones puedan producirse en Chile dado el nuevo escenario en que la Constitución está en una suerte de impasse, que podría o bien terminar legitimando lo que

pretendía abolir o bien –si gana opción “en contra” el 17 de diciembre del 2023– dejaría la situación en un terreno de incertidumbres. El segundo escenario sin duda es el más generativo en aras de nuestra democracia, ya que habilita re-articular la lucha de posiciones.

Convengamos que a pesar de que el gobierno (poder ejecutivo) lo tiene al menos nominalmente la centro-izquierda y las bases populares continúan padeciendo el malestar propio de la violencia del orden (exclusión de modos de vida disidente y obscena inequidad en la infraestructura económica de Chile), la derecha actual comanda el discurso y dirige el ritmo: escribe el guión y marca sus hitos. No obstante, el altamente probable triunfo de la opción “en contra” puede ser el reingreso de la imaginación popular en el seno de los impasses institucionales.

En síntesis, esta segunda etapa de escritura constitucional ha sido una usurpación cupular o un simulacro democrático. El proceso comenzó con límites pre-escritos para lo posible (una suerte de encuadre de bases constitucionales) y arribó a una propuesta que fortalece la privatización, la anulación de derechos sociales, la reificación de los valores conservadores y la exaltación modelo individualista y empresarial de mercado, más que nunca antes. En otras palabras, para la gramática del poder y, en particular para la derecha política, esta es una contingencia idónea para intentar legitimar democráticamente al orden fantasmático neoliberal y la tradición portaliana de la República de Chile. La lógica de supuestos expertos técnicos comandando el “nuevo proceso”, sumado a los pactos que consagran la lógica del Estado unitario, la estructura de sus poderes, los emblemas nacionales, los derechos de propiedad, las AFP, los modelos segregacionistas en educación y salud, el machismo, el sexismo, el racismo, el clasismo, el extractivismo sin coto de los recursos naturales, entre otros, son axiomas sacralizados e incuestionables. Para este discurso, es el momento para volver a sacralizar lo que la revuelta profanó. Aún así, la historia está abierta y esta propuesta constitucional ha de ser nuevamente plebiscitada, pudiendo volver a una especie de “punto cero” de inciertas consecuencias, pero de esperanzas entreabiertas. Quizá estemos anticipando un “mal chiste”: la Constitución de Pinochet-Guzmán puede ser más democrática que la de actual redacción. Ante este mal chiste quizá sea necesario, parafraseando a Walter Benjamin, (re)organizar y politizar el pesimismo.

En definitiva, para un discurso subversivo-emancipatorio la revuelta popular opera como un síntoma, casualmente, para el discurso conservador también. La diferencia es la política y la ética con que se trabaja el síntoma social. Para la gramática del poder, se trata de extirpar el mal externo para retornar a la supuesta armonía fisurada (consagrada en su propuesta constitucional); para nuestra episteme, en cambio, se trata de politizar el malestar, leerlo, darle lugar a la fisura, hacerla hablar y aceptar la radicalidad de la verdad que porta como potencia disruptiva y creativa. Por ello, entre otros motivos, es que la voz “en contra” va adquiriendo fuerza histórica. Hay algo en lo institucional –por caso, un texto constitucional– que albergue, o no, parcialmente, a las demandas populares, nunca podrá cerrar las heridas reales y simbólicas de la historia, que no

censan de escribirse y de no escribirse, y precisamente por ello la constitución no es toda la lucha política, pero es parte de ella.

La lucha no está solo en el plano de los argumentos jurídicos o las razones ilustradas –a favor o en contra de determinada legalidad– sino en el campo del deseo. Se trata también de una repolitización del deseo, de una batalla en el campo onírico, de una urdimbre afectiva, donde las multitudes no deseen al facismo securitario, sino a la proliferación de las diversas formas de vida que implican la fascinante dimensión de la creatividad y el juego. Léase, atravesar la angustia y la culpa social, para orientarse a derribar al amo político y al fantasma psíquico de nuestro inconsciente conservador, ella es una escena que se juega en días importantes como el 17 de diciembre, pero también en el día a día de nuestras vidas.

Referencias bibliográficas

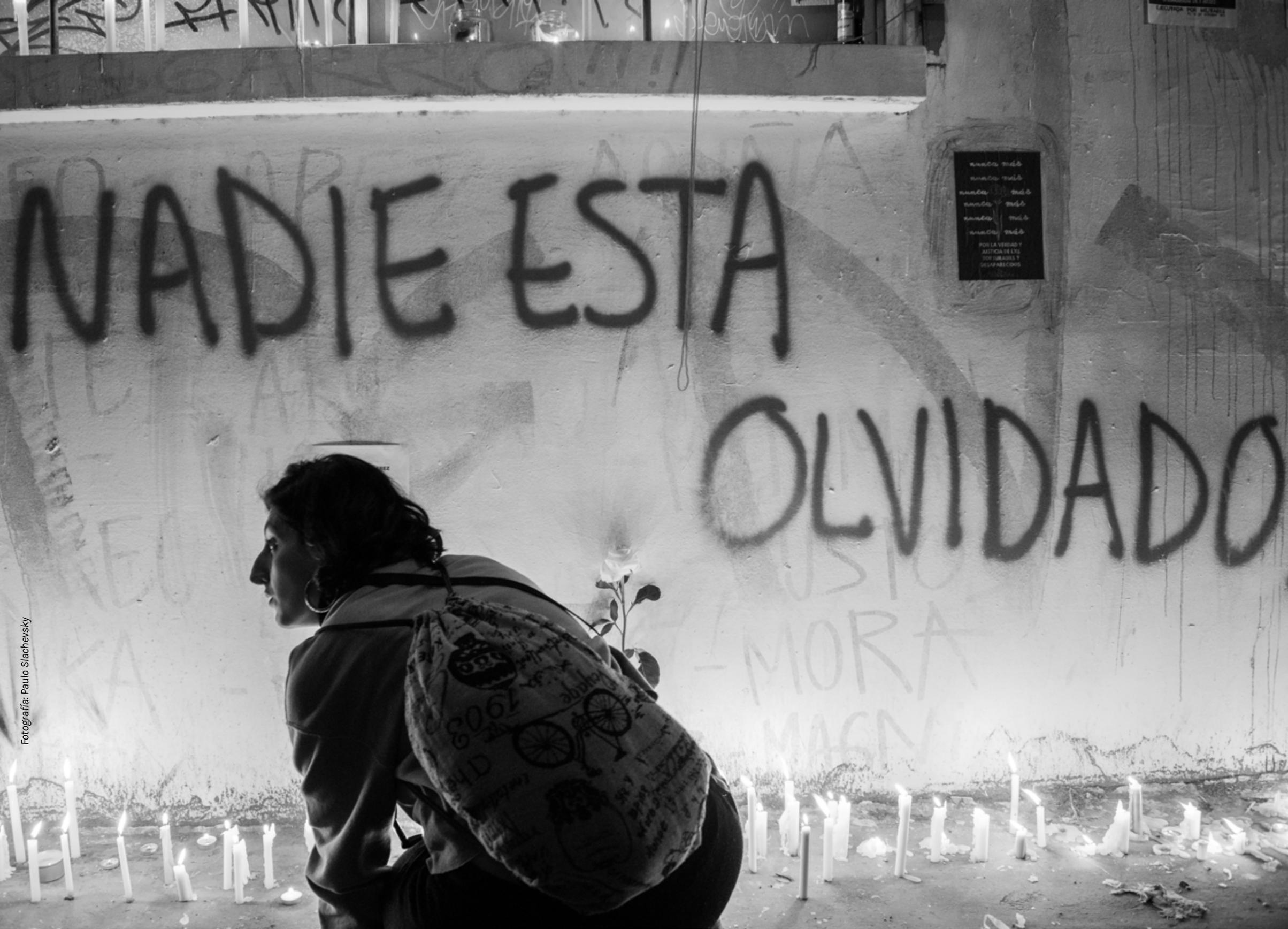
Lacan, J. (1953). *Función y campo de la palabra y el lenguaje*. Escritos 1. Siglo XXI Editores, 2008.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.

Žižek, S. (1989). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI, 2003.

Žižek, S. (2002). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Paidós.

Žižek, S. (2014). *Event*. Penguin Books.



Fotografía: Paulo Slachevsky

IX. CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA AL PROCESO CONSTITUYENTE

Pablo Rebolledo Escobar

Fracasamos, y la derrota es tal que mientras escribo, nos organizamos para poder votar “En contra” del segundo proyecto constitucional que se le presenta al pueblo de Chile, esta vez, liderado por el Partido Republicano, que en un festín revanchista, ha buscado consagrar el integrismo religioso, y la defensa de clase más dura que hemos presenciado en democracia. Hoy nuestra victoria será rechazar un texto que profundiza el neo-liberalismo, impensable a fines de 2019.

¿Cómo llegamos a esto?, aquí viene la crítica y autocrítica. Para su análisis, me gustaría dividir el proceso en cuatro: I.- Previo al Estallido, II.- En el estallido, III.- En la Convención, IV.- En el Chile del rechazo.

I.- PREVIO AL ESTALLIDO SOCIAL:

Previo al 18 de octubre de 2019 los movimientos progresistas habían perdido fuerza orgánica y social, hace menos de dos años, el expresidente Piñera, que había terminado su primer gobierno en muy malas condiciones, volvía a la presidencia con un 55% de los votos. Era diciembre de 2017 y el resultado desalentador; la participación en la segunda vuelta electoral había aumentado con respecto a la primera, y contrario a lo que se solía creer en el progresismo, los nuevos votantes optaron por Piñera, que se terminó convirtiendo en uno de los presidentes más votados de la transición a ese momento.

Esa era la situación en el momento previo al estallido social. Un mes antes de la revuelta, la convocatoria que hicieran las organizaciones históricas de la clase trabajadora, llamada “Nos cansamos, nos unimos”, que hacía un esfuerzo en unir a organizaciones que por años habían estado distanciadas, fue un rotundo fracaso. En Santiago no hubo más de mil participantes en esta manifestación.

Por lo mismo, lo sorprendente del 18 de octubre de 2019, no solamente para las élites que “no lo vieron venir”, sino que también para las organizaciones populares.

II.- EN EL ESTALLIDO

El estallido fue el momento de mayor disputa en torno a cómo encauzar lo que estaba ocurriendo. El mayor conflicto aquí fue el acuerdo del 15 de noviembre de 2019, que abrió el camino institucional a la posibilidad de contar con una nueva Constitución nacida en democracia.

Hoy, han surgido voces que plantean que el error fue constitucionalizar la revuelta, que era necesario aprovechar el momento para conseguir reformas so-

ciales concretas, sin embargo, eso era lo que proponía el gobierno de Piñera en ese entonces.

Creo que haber apuntado a la Constitución en 2019 fue correcto, porque era el centro del modelo, y permanentemente las demandas de los sectores movilizados veían como límite una Constitución con un origen ilegítimo.

Por otra parte, en Chile tenemos experiencias de revueltas sociales que terminan sin nada concreto, para qué decir el 2 y 3 de abril de 1957, estudiado profundamente por el historiador Pedro Milos en su tesis doctoral, con características muy similares al estallido de octubre de 2019, pero no concretó ningún triunfo material.

Yo tengo la convicción de que no fue un error apuntar a la Constitución, apuntar a lo más alto posible, cualquier otro intento parecía un retroceso, las condiciones estaban y el mejor momento para negociar era en noviembre de 2019. Hubo sectores que plantearon que el acuerdo del 15 de noviembre de 2019 era una traición, lo que a mi parecer, era un absurdo; la única manera de lograr una reforma constitucional era superar el alto quórum que la Constitución establecía, por lo tanto, era necesario llegar a un acuerdo con la derecha. No servía de nada tener una idea perfecta de asamblea constituyente popular, ya que si no se lograba el quórum requerido en la Cámara de Diputados y el Senado, no habría Constitución posible.

Ahora, en las reformas posteriores, a pesar de que se había logrado la posibilidad de tener una Convención Constitucional 100% electa (de ganar esa opción en el plebiscito convocado inicialmente para el 26 de abril de 2020), hubo, a mi juicio, errores.

El fracaso se puede explicar desde diferentes visiones, hay sectores que se lo atribuyen exclusivamente al diseño del proceso, yo disiento de aquello, pero sí creo que hay 3 aspectos de diseño que se pueden considerar como una irresponsabilidad táctica.

El diseño del sistema de escaños reservados: Si bien esto no fue inicialmente parte del acuerdo, posteriormente se legisló para que así fuera, cometiendo graves errores. El primero de ellos, que los escaños reservados fueron a costa de los distritos más populares de Chile, es decir, comunas como San Joaquín, Macul, Recoleta, Maipú, Puente Alto, El Bosque, Concepción, Penco, Coquimbo o Copiapó, por poner algunos ejemplos, perdieron un escaño de la distribución para lograr un escaño indígena. Es decir, estos escaños no fueron supra-numerarios, sino que fueron a costa de las comunas con mayor población indígena, que no fueron ni Las Condes, Vitacura, o lo Barnechea. Esta fue la primera distorsión de representación que, a mi parecer, afectó a los sectores populares. La segunda, fue que al diseñar los 17 escaños indígenas, se optó por sub-representar al pueblo más grande: el Pueblo Mapuche. A pesar de que este pueblo representa a un 84% de la población indígena, en la distribución de escaños, solamente 7 de los 17 representaban al pueblo Mapuche, es decir, poco más de un 40%, mientras que el 60% representó a otros pueblos que en su totalidad no representan más

del 15% de los pueblos indígenas en el país. El cálculo es duro, los 10 escaños indígenas no-Mapuche, lograron en su totalidad 12.341 votos, 6 de los electos no alcanzaron más de 1.000 votos, en 2 pueblos no se alcanzaron 100 votos. Entonces, que la inclusión de pueblos indígenas no mapuche se hiciera a costa de la representación de chilenos de distritos populares, y de personas mapuche que quedaron subrepresentadas, significó iniciar el proceso con una distorsión representativa.

Otro error de diseño tuvo que ver con la forma en que se buscó incluir a independientes, y con la idea errada de que grupos organizados de independientes (que en muchos casos terminaban siendo un partido político *de facto*) eran más representativos que las organizaciones existentes. Creo que en los hechos, esta idea fracasó, al igual que la Convención Constitucional. Además, el sistema se esmeró en que fueran independientes sin representatividad, aprobando un proyecto de ley que redujo el número de firmas para que los independientes pudieran postular a la Convención. Primero se exigía un 0,4% de los electores del distrito en la última elección parlamentaria, y se terminó exigiendo un 0,2%. Es decir, si en un distrito como el de Concepción, se requerían cerca de 1.500 firmas, se les pasó a exigir un poco más de 750. ¿Cómo se concilia la idea de que los independientes eran mayorías que estaban excluidas del sistema, pero a la vez que no son capaces de reunir una cantidad de adhesiones equivalentes al 0,4% de quienes votaron en la última elección parlamentaria a ese momento? Por otra parte, la idea de que existe una “Dictadura de los partidos” es más propia de las corrientes reaccionarias que de las progresistas, y eso consta en nuestra historia reciente, Pinochet en su libro de 1983 *Política, politiquería y demagogía* hablaba de la “dictadura de los partidos”, y que los ciudadanos quedaban fuera de las decisiones, mientras que organizaciones de la sociedad civil sí eran el “Alma nacional”; bajo ese mismo espíritu, la Constitución de Pinochet elevó a rango constitucional la idea de que los independientes y los militantes debían tener las mismas posibilidades. Al revisar las actas de la Comisión Ortúzar se observa cómo Jaime Guzmán era partidario de igualar a militantes e independientes, y esto con un claro objetivo político: evitar la politización de la sociedad.

Un tercer error de diseño, fue iniciar el proceso con voto voluntario, y terminarlo con voto obligatorio, parece una incoherencia del sistema, ya que probablemente la Convención Constitucional elegida con voto obligatorio hubiese sido diferente en su composición a la elegida con voto voluntario.

Estos errores, se acompañaron de un ideario que mantuvo el progresismo durante los años que precedieron al estallido social y la Convención Constitucional, y es la idea de que el gran problema de la Constitución de 1980 era su origen anti-democrático, poniendo el énfasis completamente en el mecanismo, pasando a segundo lugar el contenido. Muestra de ello, es que en 2013, un amplio movimiento -del que fui parte también- planteó la idea de marcar “AC” en el voto, lo que significaba marcar “Asamblea Constituyente”, es decir, el mecanismo, más que el contenido.

Si la demanda era el mecanismo, con un afán democratizador, el centro estaba

puesto en la legitimidad, y era perfectamente posible que derechas e izquierda estuvieran bajo la idea de este mecanismo, al menos en teoría, ya que en la práctica las derechas y los sectores conservadores de la antigua concertación, se opusieron por años a esta idea. Pero el poner tanto esfuerzo en el mecanismo, y argumentar por el mecanismo, nos hizo llegar a una situación en la que frente a una Convención Constituyente, ya resuelto el mecanismo, no había claridad de una idea desarrollada en torno a los contenidos. Cada grupo tenía agendas diferentes, y al haber paralizado a través de grupos de independientes, eran “partidos” sin una historia de discusión ideológica o doctrinaria, grupos de personas que se conocían hace poco y que probablemente respondieron a una coyuntura. Quiero aclarar que no todos los grupos de independientes fueron eso, muchos representaron a movimientos socio-territoriales que llevaban años de trabajo comunitario, ellos, en especial *Movimientos Sociales Constituyente*, desarrollaron un trabajo que a mi parecer fue muy positivo en la Convención Constitucional.

III.- EN LA CONVENCION:

Ya habiendo analizado los errores de diseño, me gustaría entrar a la Convención Constitucional misma. Haciendo antes dos alcances.

Primero, creo que el revanchismo que ha existido contra quienes fueron parte del proceso ha sido grotesco, la exclusión que han vivido, incluso legalmente, prohibiéndoles participar de cualquier manera en el segundo proceso constitucional, ha sido injustificado, también ha sido injustificado que se les responsabilice exclusivamente, más allá de los errores evidentes, conocidos por todos y magnificados por la prensa. Estoy seguro de que mucho más temprano que tarde el rol de muchos de ellos será relevado por la historia, sobre todo luego de observar cómo funcionó el Consejo Constitucional de 2023.

Pero, por otro lado, hay una tesis que ronda en el mundo que estuvo cerca de la Convención Constitucional con la que no puedo estar de acuerdo, y es la idea de que se perdió porque los medios y las élites difundieron noticias falsas. Si bien esto es real, y puede influir, las noticias falsas no surgen de la nada, para que hagan sentido en el mundo popular, debe existir un marco previo que les permita creerlas, y lo que se vio de la Convención Constitucional dio para que muchas personas creyeran en estas noticias falsas. Por otra parte, creer que una elección se define por noticias falsas, es quitarle al pueblo de Chile toda agencia política, sobre todo si consideramos que en otros momentos también han existido noticias falsas, ¿o no recuerdan las noticias falsas del plebiscito de entrada?, a pesar de ellas, se triunfó con un 78% de los votos por la opción “Apruebo”, para qué decir en las elecciones de los presidentes Boric, Bachelet, Lagos, y Allende, también estuvieron plagadas de noticias falsas, entonces justificarse en ellas, parece ser una forma de culpar al pueblo de la derrota, y además, tratarlo como un ente alienado.

Creo que otro de los errores de la Convención Constitucional fue su forma de sumar demandas particulares y creer que de esa manera se construía un bien común, sobre todo de grupos que, al ver los resultados del plebiscito de salida,

resultaron no ser tan representativos de las personas que decían representar.

A pesar de que es algo que está instalado en la opinión pública, tengo sinceras dudas de si la propuesta emanada de la Convención Constitucional era una propuesta de izquierda en el sentido clásico de la palabra. Sin duda era menos derechista que la Constitución de 1980, pero hay un error en creer que la izquierda se trata de sumar demandas de pequeños grupos organizados, como la creación de nuevas regiones, o la pluralidad de sistemas de justicia.

A pesar de no ser una propuesta de izquierda, llevó a la izquierda chilena a su mayor fracaso desde 1973, y la separó de los sectores populares que habían votado siempre en contra de la derecha (pienso en comunas como Lota, Curanilahue, Contulmo, etc.). Probablemente parte de esto tenía que ver con el ánimo de decir *dejemos el pasado atrás*, lo que sí tenía un carácter refundacional, y aunque el pasado sea duro, también es la historia del pueblo de Chile, por lo mismo, el 16 de junio de 1971 en la Plaza de la Constitución, mientras el presidente Salvador Allende daba su “informe al pueblo”, decía: “destacamos que un gobierno revolucionario no arrasa con el pasado, sino que aprovecha lo que en este pasado se ha construido y que pueda servir para el futuro”.

IV.- EN EL CHILE DEL RECHAZO.

La derrota del 4 de septiembre de 2022 nos anuló políticamente, a pesar de que muchos de los contenidos del proyecto de la Convención no fueran de izquierda, terminó anulando a la izquierda, generando la idea de que nuestras ideas y demandas eran contrarias al sentir popular; esto cambió la discusión pública, y demandas que eran mayoritarias hoy se asumen con dificultad. Sin duda, después del 4 de septiembre de 2022 las AFP, Isapres, y otros representantes del poder *de facto*, han respirado con alivio; nosotros hemos retrocedido, y es momento de pensar la responsabilidad que tenemos en aquello.

Hoy, en el Chile del rechazo, vivimos un segundo proceso constituyente, mucho más limitado, con muchos más “bordes” establecidos, con una elección con mayor distorsión de la representación, en que arrasó la ultraderecha. El fracaso es tal, que nuestra causa hoy es rechazar la propuesta, sin tener claridad de cuál habría sido nuestra propuesta en un escenario de triunfo.

Es momento de pensar el futuro, y para hacerlo, la autocrítica del proceso recién pasado, en donde se perdieron 40 puntos de apoyo entre un plebiscito y otro, es fundamental.

Pablo Rebolledo Escobar.
Sociólogo. Militante de Convergencia Social.

Santiago, 12 de diciembre de 2023.

H. ¿QUÉ IZQUIERDA PIERDE CUANDO PIERDE LA IZQUIERDA?

Jamadier Esteban Muñoz Uribe

Sea cual sea el resultado del plebiscito de salida el 17 de diciembre próximo, el triunfo de las fuerzas políticas que defienden el neoliberalismo como modelo de desarrollo, está asegurado; ya sea con el triunfo de la opción “en contra”, que mantiene la Constitución actual, o con el triunfo de la opción “a favor”, que inauguraría un nuevo escenario jurídico para el país, con un texto escrito enteramente en democracia: un texto de derecha.

En ese escenario, decir que la derrota de la izquierda es ineludible es casi una verdad de Pedro Grillo, aquel profeta de las cosas obvias “que llamaba puño a la mano cerrada”, pero vale la pena preguntarse qué izquierda pierde cuando pierde la izquierda.

Lo que intentaré hacer a continuación, es desarrollar brevemente una arista de la hipótesis central que me ha servido para leer el proceso chileno desde 2019 en adelante, que dice relación con la emergencia de un momento destituyente, sin la emergencia de un momento constituyente, debido a la caída del principio de representatividad, provocado por la imposibilidad estructural del capitalismo tardío en Chile para la conformación de movimientos de masas.

Esa línea creo que la he desarrollado ya suficientemente en artículos como *El pasaje al acto de Telémaco: las determinaciones neoliberales del estallido social en Chile* (Uribe y Johnson, 2020) o en *18 de Octubre: la revuelta de las rebeldías* (2022). Sin embargo, valdrá la pena aún darle una vuelta al carácter de la izquierda que ha sido derrotada en los plebiscitos de 2022 y 2023.

Al respecto habré de sostener que lo más trágico de esta derrota, es que las fuerzas políticas de izquierda han sido derrotadas peleando una batalla que no les es propia, al hacer suyas un conjunto de banderas -legítimas, por cierto- de movimientos sociales que, si bien no entran en contradicción con las reivindicaciones históricas de este sector, poco tienen que ver con ellas.

La izquierda cayó presa de sus imposturas y oportunismos, intentando capitalizar para sí la fuerza centrífuga del estallido, que partió como un pasaje al acto de los despojados en tanto despojados, de los precarizados en tanto precarizados, para dispersarse en la política de las identidades, propia del liberalismo, cuando las contradicciones de clase se opacan en la conciencia y los despojados se asumen en tanto mujeres, en tanto indígenas, en tanto veganos o en tanto ciclistas.

(Paréntesis necesario uno: no hago una caricatura poniendo al mismo nivel las demandas indígenas y las de los ciclistas, por poner un ejemplo. Estoy consta-

tando la realidad de las políticas identitarias, donde al ser cada identidad válida y suficiente en sí misma, se desdibuja la profundidad de cada conflicto y se pierde el horizonte de universalidad)

En ese sentido, creo que es posible hacer la diferencia: en 2022 la derrota de la izquierda, que se abrochará el próximo 17 de diciembre de 2023, fue en efecto una derrota de la izquierda, lo que no equivale a decir que el texto o las ideas que fueron derrotadas, fueron de izquierda.

Habría que establecer un criterio entonces para definir qué podría haberse considerado un texto de izquierda y propongo, sin mucha complejidad, que para ser considerado de izquierda, el texto debió recoger al menos las banderas históricas de la izquierda, que en Chile dicen relación con la nacionalización de los recursos naturales y la retracción de las políticas de acumulación por desposesión, que produjeron las privatizaciones de la dictadura.

Si se me acepta el criterio recién propuesto, se caerá fácilmente en razón que el texto rechazado en 2022 estaba lejos de la izquierda, cuando reconocía la salud y la educación privadas y no tocaba los recursos naturales. Ni el texto estuvo en la izquierda, ni el debate público estuvo en la izquierda. En lugar de eso y por poner otro ejemplo, una parte no despreciable de la controversia se la llevaron el rodeo y las carreras de perros galgos, donde la izquierda hizo suya la defensa de las vacas.

¿Pero a qué se debió este escenario, que a medida que pasa el tiempo resulta cada vez más extravagante?

La explicación la he explorado también con anterioridad y en términos generales tiene que ver, nuevamente, con el fin de las masas y la microsegmentación progresiva del tejido social, que en los 90 forzó en Chile el tránsito de partidos orgánicos de clases y grupos sociales, a partidos profesionales, que más que una vanguardia política de clase hizo de los partidos verdaderas agencias de publicidad, destinadas a leer la demanda y a partir de ahí ajustar su oferta.

(Paréntesis necesario dos: el juicio recién expuesto es válido solo para ese amplio mundo que queda fuera de la derecha, en tanto la vinculación orgánica de la burguesía y grupos afines con los partidos de derecha es más que evidente).

Pero hay que ser justos, y parte de esa justicia es importante para el desarrollo de esta nueva arista que les comparto. No todos los partidos se degeneraron de la misma forma hacia la política profesional.

Una cosa evidente en el periodo más álgido de movilizaciones en 2011, fue la presencia de orgánicas propias de los sectores movilizados, que fueron capaces de orientar a la opinión pública y al movimiento estudiantil: el Partido Comunista (Camila Vallejo), la Izquierda Autónoma (Francisco Figueroa y, posteriormente, el actual presidente Boric) y la Nueva Acción Universitaria (Giorgio Jackson), fueron orgánicas sustantivas a la hora de crear y fortalecer las movilizaciones.

Sin embargo, esa realidad fue distinta en 2019 y es que el ingreso de importantes y numerosos cuadros del Partido Comunista y del nuevo Frente Amplio al

parlamento, provocó un viraje en la prioridades de sus militancias, que se hizo sentir al menos desde 2017, cuando comenzaron las campañas.

Ni el Partido Comunista, ni el Frente Amplio, tuvieron la capacidad de organizar simultáneamente la lucha electoral y dar forma y orgánica a la movilización social, como en buena medida lo habían logrado hasta el momento en el movimiento estudiantil, pero también con su presencia en diferentes direcciones gremiales como la Central Unitaria de Trabajadores o el Colegio de Profesores.

La balanza se inclinó hacia la lucha electoral, lo que generó un vacío de poder en los sectores movilizados de la sociedad, que fue llenado por diferentes causas e identidades que cada uno interpretó más o menos a su manera y más o menos a su conveniencia. La fuerza de la movilización continuó in crescendo, pero sin dirección: la organización se hizo cada vez más espontánea, es decir, menos planificada; lo mismo pasó con las acciones de reivindicativas.

Esta fuerza de movilización, llegó a un punto tal que impuso agendas a partir de sus identidades y la izquierda que veía mermada su capacidad de dirección sobre las calles, intentó ser la voz institucional de estos movimientos, quedando, en el mejor de los casos, cómo vagón de cola de las movilizaciones, pero intentando asegurar un nicho electoral; lo que le dio para entrar con fuerza a la Convención, pero no para salir airoso de ella.

El problema que advino fue mayúsculo. Cuando la izquierda intentó volver a hablar de redistribución económica, la cuestión se trató como si fueran políticas de reconocimiento: se otorgó el derecho, pero se negó la financiación. Luego, se volvió a refugiar en la política de las identidades, las que lejos de entregar unidad a las grandes mayorías, necesarias para ganar la elección, lo que hicieron fue fragmentarla.

En ese escenario, fue fácil para la derecha apelar a factores de unidad y anotarse triunfos contundentes en las elecciones parlamentarias de 2021 y en el plebiscito de salida en 2022, consolidando una nueva correlación de fuerzas: la izquierda había abandonado la dirección de las movilizaciones y la energía de estas, sin vanguardias claras, se volvió a diluir en sus identidades.

De ahí, con sus capacidades al mínimo, el gobierno del presidente Boric decidió iniciar un nuevo proceso constitucional, cuyo resultado ineludible lo adelantamos ya en el primer párrafo de este texto.

Referencias

Uribe Muñoz, J. E. y Johnson, P. (2020). *El pasaje al acto de Telémaco: las determinaciones neoliberales del estallido social en Chile*. https://www.academia.edu/86412139/El_pasaje_al_acto_de_Tel%C3%A9maco_las_determinaciones_neoliberales_del_Estallido_Social_en_Chile

Uribe Muñoz, J. E. (2022). *18 de octubre: la revuelta de las rebeldías*, en N. Barria-Asenjo (ed.), *Insurrección Popular; Convención Constitucional y triunfo de Gabriel Boric. Aún creemos en los sueños*.

HI. CRISIS INCONCLUSA Y REVOLUCIÓN RESTAURACIÓN. DEL DOLOR A LA RESURRECCIÓN POR LA VÍA DE LA DISTINCIÓN

Roberto Lobos Villaseca

«...No aspiro a la elegancia de la exposición, sino sólo a escribir en mi estilo habitual,
lo que me ha resultado imposible durante los meses de sufrimiento...»

Karl Marx, Carta a Lasalle del 12 de noviembre de 1858.

DEFINICIONES PREVIAS

Este texto tiene por finalidad exponer de forma breve algunas ideas en torno a la actual “contingencia”. Nuestra forma de trabajo lejos de la producción ensayística especulativa propia del posmodernismo, y las postulaciones limitantes de lo que habitualmente se entiende por ciencia, trabaja con una metodología, y una arquitectónica conceptual y categorial que no solo pretende ser coherente, sino también hacerse cargo de una tradición de pensamiento. Esta forma de trabajar nos obliga constantemente a dialogar con el lector para especificar nuestras decisiones siempre surgidas desde nuestro *locus* enunciativo. La tradición de la que nos hacemos cargo es la del Marxismo, «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como pesadilla el cerebro de los vivos», decía Marx (1974, p. 408), y este posicionamiento no viene sin sus propias pesadillas.

Nuestro Marx, es a su vez un Marx dusseliano, es a partir de la lectura de Marx de Enrique Dussel desde donde intentamos realizar lo que hemos denominado un “Análisis analéctico de la realidad socio-comunitaria del sistema mundo moderno”, un intento de aplicación de las categorías filosófico-políticas desarrolladas por Enrique Dussel, en el ámbito de las ciencias sociales. Este posicionamiento constituye la “esencia” de nuestro pensar, en constante diálogo con otras referencias intelectuales, cuyos aportes coherentes con nuestro punto nuclear hacemos orbitar para la complementación de nuestro marco teórico, siempre y cuando coincidan con la realidad y sean pertinentes para su transformación.

Tres apreciaciones, la figura de Enrique Dussel no es para nosotros simplemente un filtro para leer a Marx, creemos con él que su metodología de trabajo es precisamente la del Marx del segundo siglo, por tanto consideramos que tanto su ética, como su política y su económica son complementarias a la obra de Marx. En este sentido, hay una articulación coherente, cuyo punto de unión es la categoría de exterioridad, en la que en cada uno de los campos parte la crítica filosófica de liberación, sea este la víctima, el dominado, el explotado, o el

oprimido. La segunda apreciación es que este “Análisis analéctico de la realidad socio-comunitaria del sistema-mundo”, no es más que el “Análisis dialéctico de la realidad social del capitalismo dependiente” de la teoría marxista de la dependencia sometido a la crítica descolonial y analéctica desde el propio Enrique Dussel. Por último, nuestro posicionamiento epistemológico se rige por la praxis, retomando a Ruy Mauro Marini (2008, p. 99), ni hacemos calzar las categorías a la realidad, ni falseamos la realidad para hacer calzar las categorías, la arquitectónica en este sentido se somete a una crítica constante, las categorías y conceptos están en función de la transformación social, también los autores aquí trabajados.

VIACRUCIS

Una vez hemos expuesto brevemente nuestras advertencias, vienen las excusas. Contamos con un espacio finito para decir algo sobre la contingencia, el proceso constituyente y la disputa política nacional. Por tanto, debemos también ser prácticos en la exposición, es por esto que creemos que vale la pena recordar que *el método de exposición debe distinguirse en lo formal, del método de investigación* (Marx, 2015, p. 16), como el título del libro lleva por nombre *El viacrucis constitucional chileno. De la revuelta popular a la venganza de las élites*, hemos decidido elegir como figuras solo dos de las 14 paradas de las “estaciones de la cruz” relacionadas con dos hipótesis que exponemos al lector.

La pertinencia de la “vía dolorosa” es sumamente clara, si tuviéramos que titular cada una de las paradas sería algo así: 1) El modelo es condenado a muerte, 2) La izquierda moderna carga con la cruz, 3) La izquierda moderna cae (Ruptura con el programa), 4) La izquierda moderna encuentra a su Santísima Concertación, 5) Los movimientos subsumidos ayudan a llevar la Cruz, 6) El avance de la nueva derecha ayuda a limpiar el rostro de la izquierda moderna, 7) La izquierda moderna vuelve a caer (Rechazo), 8) La consolación del feminismo institucional, 9) La izquierda moderna cae por tercera vez (La corrupción), 10) La izquierda moderna es despojada de sus vestiduras (de izquierda), con respecto a las cuatro paradas finales prefiero guardar silencio, pero le pido al lector que interprete por sí mismo. Parada 11) Jesús es clavado en la Cruz, 12) Jesús muere en la Cruz, 13) Jesús es bajado de la Cruz y puesto en los brazos de su Madre y por último 14) Jesús es sepultado.

A) EL MODELO ES CONDENADO A MUERTE

El neoliberalismo nace y muere en Chile. Esa era la aseveración de los más entusiastas tras el Estallido Social 2019. Por nuestra parte, la lectura era mucho más prudente. Identificábamos el Estallido como un “acontecimiento” de la exterioridad, *aquello que está más allá del mundo es el principio de transformación del mundo* (2022, p. 42). Advertíamos la complejidad de la realidad social, la cual debe pasar por un proceso de abstracción hasta la síntesis de múltiples determinaciones (Osorio, 2001, p. 21), complejidad expresada en distintos espesores de lo real. Indicamos el carácter inorgánico del Estallido y sus limitaciones para expresar el “acontecimiento” como un levantamiento popular consciente, pues-

to que *la causa sigue velada para la mayoría de los actores* (2022, p. 44). Analizamos el neoliberalismo en tanto totalidad y nos distanciábamos del marxismo ortodoxo partiendo desde otra lectura de la “oikomomike”, situando como punto de partida la reproducción de la vida.

Ubicamos “el derecho a vivir en paz” en el centro del análisis, afirmando que *ha sido la necesidad y el derecho a la vida digna el motor de la crisis*, (2022, p. 45), es decir, la imposibilidad de la reproducción de la vida como centro del problema. El momento analéctico quedaba expresado con la aparición política de los sujetos sin derechos, segregados, que hasta el día de hoy no han sido incorporados a la política; y quienes siendo parte de la totalidad se encuentran en una situación de vulnerabilidad en los límites de este mundo. Es decir, los oprimidos y los dominados, quienes debían articularse en un espacio nuevo. Describíamos la relación de la élite con los excluidos como una relación “necrófila” (Freire, 1974, p. 58), y por tanto “cosificada”, que comenzaba a cuestionarse.

Nuestra caracterización del proceso fue y sigue siendo la de “crisis de autoridad”. *El Estallido se expresó como una clara crisis de legitimidad y representatividad política que no sólo afectó al gobierno, sino que también al conjunto de las organizaciones políticas institucionales constituidas antes del 18-O* (2022, p. 46). Pero el problema es que los modelos no se derrumban, hay que derrumbarlos, y cuatro años después el neoliberalismo en Chile no solo sigue de pie, sino que busca profundizarse a través de una nueva carta constitucional.

Nadie previó que después del Estallido íbamos a terminar defendiendo la Constitución de Pinochet. Y hoy estamos frente a una elección que puede profundizar las causas que provocaron el Estallido de 2019. La derecha se ha unido estratégicamente, pero con dos líneas claramente delimitantes. Por un lado, una derecha tradicional que busca recomponer el control del aparato político, es decir cerrar el hiato abierto tras el Estallido Social. Y una ultra derecha que busca radicalizar las lógicas de acumulación y desigualdad del sistema neoliberal actual a través de una nueva carta magna.

B) LA IZQUIERDA MODERNA ENCUENTRA A SU SANTÍSIMA CONCERTACIÓN

De la crisis de autoridad a la revolución pasiva. El actual proceso político corresponde a un claro proceso de restauración, en donde la ex Concertación luego de fagocitar al frente amplio y parte del Partido Comunista de Chile, terminó asumiendo el rol restaurador de la institucionalidad neoliberal. Sin embargo, debido a sus propias crisis internas y su imposibilidad de llevar a cabo su agenda en las condiciones que la derecha le exige ha terminado como una simple “fotocopia”.

El sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel ha identificado claramente el problema. Parafraseando una frase de Jean-Marie Le Pen “la gente prefiere el original y no la fotocopia”, cuestiona la situación en la que las actuales socialdemocracias a nivel global en su afán de sostenerse en el poder ante la amenaza del fascismo, optan (como en Chile), por correrse hacia un aparente centro, que

en el fondo es un corrimiento hacia la derecha. Así tenemos a las socialdemocracias constituyéndose en falsas izquierdas, las cuales terminan llevando a cabo el programa de la derecha.

Creemos que lo que Grosfoguel plantea es a nivel programático o de praxis real y no en un nivel consciente de la totalidad militante del “progresismo socialdemócrata” chileno, no dudamos de las buenas intenciones de cientos de militantes de base de cada uno de los espacios del actual oficialismo que realmente apuestan a un cambio. Pero lo cierto es que, traicionado el programa, es la agenda de la derecha la que se ha impuesto, y al no resultar natural, el oficialismo dudativo ante las propias contradicciones que le genera su praxis a la interna, termina desarrollando la continuidad neoliberal como una “fotocopia”.

RESURRECCIÓN

Las posibilidades de una restauración vía “fotocopia” fracasaron; impulsar un cambio verdadero con miedo y cobardía es imposible. Sin dudas, es la derecha tradicional la que lleva adelante el programa más claro entre todas las fuerzas en pugna al interior del sistema político. Buscan controlar el aparato político parlamentario (Capítulo IV de la actual propuesta constitucional). La resurrección solo es posible por la vía de la distinción, gane quien gane el 17 de diciembre se necesita hacer las cosas de manera “distinta”. El fracaso del gobierno actual será el fracaso de la izquierda si no llevamos a cabo un “programa político de la distinción”. Retomando la clasificación de Enrique Dussel de su analéctica y de manera díscola llamamos “programa político de la distinción” al programa político de los oprimidos que hasta ahora están marginados de la política real (la de los ciudadanos).

Recuperar la ilusión es combatir el desprestigio de la política, solo funcional a los intereses del neoliberalismo, las posibilidades de Otra Política, con un programa distinto (más allá del marco de posibilidad de la actual praxis en la totalidad del sistema), se debe ir tejiendo desde abajo, recuperando la memoria popular, descolonizando los saberes ya aprendidos y despegarnos de las diferentes derechas. El gobierno ya probó hacer las cosas de forma “diferente”, al bloque social-popular de los oprimidos les toca hacer las cosas de manera “distinta”, de una forma radicalmente distinta.

Referencias

- Alzueta-Galar, I. (2023). *Hegemonía y crisis de autoridad en Chile: retazos políticos del modelo ante el estallido de octubre de 2019*. *Perfiles Latinoamericanos*, 31(62), <https://perfilesla.flacso.edu.mx/index.php/perfilesla/view/1583>.
- Bagú, S. (1988). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. Siglo XXI.
- Dussel, E. (1985). *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*. Siglo XXI.
- Dussel, E. (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario a los manuscritos del 61-63*. Siglo XXI.

Dussel, E. (1990). *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. Siglo XXI.

Dussel, E. (2012). *Hacia los orígenes de Occidente. Meditaciones semitas*. Kanankil.

Dussel, E. (2013). *Las metáforas teológicas de Marx*. Docencia.

Dussel, E. (2014). *16 Tesis de economía política. Interpretación filosófica*. Siglo XXI.

Freire, P. (1974). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.

García Linera, Á. (2023). *La comunidad ilusoria. Una reflexión sobre el Estado, lo público, lo común, la protesta ciudadana y la esperanza en tiempos de incertidumbre mundial*. Sudamericana.

Grosfoguel, R. *Las Derechas del siglo XXI*. Obtenido de Youtube: <https://www.youtube.com/live/L2mUGSadX18?=-USIXN9In8WLEoL93>

Lobos, R. (2022). *De la crisis de autoridad a la disputa por la vacancia popular*, en N. Barria-Asenjo (ed.), *Insurrección popular; convención constitucional y triunfo de Gabriel Boric* (pp. 42-51). *Aún creemos en los sueños*.

Lobos, R. (2022). *Reforma, revolución, transformación. Solo luchando avanza el pueblo*, en H. Ouviaña (ed.), *La revolución es magnífica. Encuentros con Rosa Luxemburgo* (pp. 283-290). Fundación Rosa Luxemburgo.

Lobos, R. *Hacia un Marx del segundo siglo: Elementos para una crítica descolonial de la teoría marxista de la dependencia desde la obra de Enrique Dussel y Ramón Grosfoguel*. <https://uncu.academia.edu/RobertolgnacioLobosVillasecaLibros>

Lobos, R. *Razón y sinrazón de un marxismo de(s)colonial. Hacia una política marxista del segundo siglo*. <https://uncu.academia.edu/RobertolgnacioLobosVillasecaLibros>

Marini, R. M. (2008). *América Latina, dependencia y globalización*. CLACSO.

Marx, K. (1974). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas* (Vol. 1). Progreso.

Marx, K. (2015). *El Capital. El proceso de producción del capital* (Vol. 1). Siglo XXI.

Osorio, J. (2001). *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.

XII. LA RISA TOTALITARIA DE LA DEMOCRACIA

Willingthon Acuña Echagüe

En *A mountain of crumbs* (2010), Elena Gorokhova nos brinda —en su calidad de ex ciudadana de la Unión Soviética— una de las descripciones más reveladoras del cinismo: «Las reglas son simples: nos mienten, sabemos que mienten, ellos saben que sabemos que mienten, pero siguen mintiéndonos y nosotros seguimos fingiendo que les creemos» (pp. 173-174, mi traducción). ¿En qué medida y acerca de qué puntos el proceso constituyente chileno puede ser considerado a la luz de estas reglas? Todo comienza con el llamado «Acuerdo por la Paz Social y la nueva Constitución», del 15 de noviembre del 2019.

A 28 días del estallido social que abrió una grieta en la máscara o apariencia de paz en Chile, este acuerdo buscaba restablecer la paz (!) y el orden público. Sin mediar alguna consulta ciudadana, parlamentarios de casi todos los partidos políticos oficiales, salvo el PC y algunas franjas del FA, se dispusieron a firmar un acuerdo que pretendía representar a la soberanía popular que se expresaba en las calles. La crisis social más profunda desde el retorno a la democracia liberal, encontraba de pronto una salida formalmente democrática, acordada entre cuatro paredes por la misma clase política contra la cual se desarrolló la revuelta. La exsenadora Jacqueline Van Rysselberghe, una de las firmantes del acuerdo, resumía así esta salida democrática: «estar sentados acá es un esfuerzo de diálogo en un ambiente donde reinaba el miedo, la violencia y falta de paz».

No es un hecho fortuito que el Acuerdo por la Paz Social y la nueva Constitución haya sido el punto de partida del proceso constituyente. Juzgo que este acuerdo es una expresión paradigmática del «cinismo» de la democracia chilena. Esta democracia es cínica porque ella misma está dividida frente a la creencia en la democracia. Lo que en Chile llamamos democracia, con sus Partidos y ceremonias electorales, es una forma de representación en la que nadie se siente representado. Nadie cree en la democracia, pero todos actúan como si creyeran. El ausentismo en las urnas, la corrupción estatal, los partidos en decadencia, la impunidad político-empresarial, el financiamiento irregular de las campañas, etc., muestran claramente que ningún ciudadano puede dejar de burlarse y hasta reírse de aquello que percibe, reflexivamente o para-sí, como la creencia en la democracia.

Nuestra democracia no requiere una subjetividad militante o apasionada. La falta de legitimidad del sistema político se ve compensada por el cinismo. Y, en efecto, tras la aceptación del Acuerdo por la Paz Social y la nueva Constitución, la movilización social cedió espacio a la gobernabilidad democrática. Consideradas empíricamente, las protestas se acabaron. Llegamos así al plebiscito

nacional de Chile de 2020, previsto inicialmente para el 26 de abril de 2020 y concretado, por interposición del COVID-19, el 25 de octubre del mismo año. El plebiscito constaba de dos preguntas, cada una con dos alternativas. Por un lado: ¿quiere usted una nueva Constitución? Las alternativas eran: «apruebo» o «rechazo». Por otro: ¿qué tipo de órgano debiera redactar la nueva Constitución? Las alternativas eran: «convención mixta constitucional» (convención conformada en un 50 % por constituyentes elegidos directamente y 50 % por miembros del actual Congreso) o «convención constitucional» (asamblea conformada por 100 % de constituyentes elegidos). Los resultados fueron claros: el 78,27% de las preferencias fue para la opción Apruebo, mientras que el 21,73% fue para la opción Rechazo. Respecto del órgano electo para la redacción de la nueva Constitución, la Convención Constitucional obtuvo un 78,99% y la Convención Constitucional Mixta un 21,01%.

Hecho curioso: solo un 50,98% de los votantes inscritos acudieron a las urnas el 25 de octubre de 2020. ¿Qué pasó con el resto de los votantes? Más allá de relación entre la pandemia y la participación electoral, las personas que no votaron en el plebiscito de entrada son una referencia democrática del voto voluntario. Es el distanciamiento cínico hacia los valores e ideales de la democracia el que aparece en primer plano. El problema es que incluso si rechazan la ideología oficial de la democracia, y se dicen a sí mismos que el sistema político es inservible, el cinismo de los votantes los hace seguir validando ese sistema con sus actos. La impotente reflexión cínica y su irónica distancia hacia la realidad son parte esencial del orden de cosas existente. Vino después la elección de los convencionales constituyentes, el 07 de mayo de 2021. El 64% de los convencionales no pertenecían a partidos políticos, por lo que su triunfo electoral puso de manifiesto la crisis de representación política en la democracia actual. Ahora bien, 124 de los 155 constituyentes, un 80% del total, fueron elegidos con menos de un 10% de las preferencias, lo que corroboró que el principio de representación, si bien oficialmente desvalorizado, volvió a colarse por la ventana en la elección de los constituyentes. No voy a examinar aquí las ambiguas figuras de los independientes que renunciaron a sus militancias políticas poco antes de las elecciones, como para dar la apariencia de ser independientes. Esto solo me va a interesar como ilustración del cinismo de quienes participan en la realidad democrática de manera puramente instrumental, sin creer en ella.

El 04 de septiembre de 2022 fue el plebiscito para aprobar o rechazar la propuesta de una nueva Constitución. Con una participación electoral obligatoria, que alcanzó cerca del 85% del padrón, el texto constitucional fue ampliamente rechazado, con un 62% de los votos, a pesar de que —primeramente— más de un 80% de los chilenos se había manifestado a favor de cambiar la actual Constitución. Sin dejar fuera a las estrategias de desinformación, los espectáculos y hasta escándalos de los constituyentes, el rechazo es cualquier cosa menos algo que va de suyo. Las expectativas de transformación del país chocaron de frente con la realidad agobiante del rechazo.

La contradicción de este resultado con el estallido social y el plebiscito de en-

trada está a la vista. Tomaré nota de un elemento de esta contradicción: la oposición ideológica entre la conflictividad y la división (o el «revanchismo», para decirlo en el lenguaje de la derecha) de la campaña del «Apruebo» y la bella unidad nacional promovida por la campaña del «Rechazo». Habrá de recordarse que el lema de la campaña del rechazo fue: «Una que nos una», aludiendo a la naturaleza aparentemente antagónica y divisoria de la propuesta constitucional. Mientras la plétora de convencionales independientes y sus plurales demandas introdujeron una imagen de fractura en la realidad social orgánica, la narrativa del rechazo logró unificar un mensaje organizado en torno a la idea de rechazar el texto, de continuar con el proceso constituyente y producir, en lugar de la desunión, la unidad que el texto constitucional había descompuesto. Esta observación tiene al menos el mérito de pensar que si la campaña del rechazo se negó a la argumentación racional y manipuló abiertamente los datos con *fakenews*, esta distorsión de la información no afectó a un régimen previo de verdad. No hay absolutamente nada que desenmascarar en la conciencia cínica de esta campaña: ni mentira, ni error ni ideología. El cinismo es la paradoja de una falsa conciencia ilustrada, de un sujeto que añade conciencia a la ideología, y, por tanto, de un sujeto ideológico que no puede ser medido con la vara de la falsa conciencia. El cinismo de la democracia es tal, en efecto, que todos conocen cuál es la realidad más allá del velo de las apariencias, pero deciden vivir en el juego de las apariencias y hasta falsear la realidad para su propio beneficio.

El fracaso de la convención para mantener su hegemonía ideológica, la desintegración de una única narrativa más o menos aceptada por la mayoría y capaz de brindar estabilidad ideológica a la sociedad en medio de la agitación social del 2019, produjo la añoranza de una situación de seguridad en la que una única gran verdad (o mejor: una única gran mentira) ofreció un anclaje y una «cartografía cognitiva» básica de todas las cosas (Žižek, 2020).

Arribados al presente, los problemas sociales y las demandas históricas permanecen en su mismo sitio; no hay ojos que no pueden verlo. A la institucionalidad democrática le es indiferente si creemos o no creemos, y sigue funcionando allí donde las creencias en la democracia han sido desestimadas, descreídas. No hay mejor ejemplo de ello que el «Acuerdo por Chile» del 12 de diciembre de 2022, firmado, una vez más, por los partidos políticos que poseen representación parlamentaria. Éste tomó cuerpo en la designación de un comité de expertos como nuevos consejeros constitucionales, por un lado, y, por otro, en las «bases constitucionales» que operaron como límites que el nuevo texto constitucional debió incorporar y que un comité técnico de admisibilidad hizo respetar; por último, en la elección de un Consejo Constitucional, que tuvo la labor de discutir y aprobar la propuesta de texto de nueva Constitución. La ciudadanía eligió a sus representantes y el partido Republicano, que siempre rechazó y deslegitimó el proceso constituyente, se ubicó como la lista más votada obteniendo 23 consejeros constitucionales. De una manera general, asistimos aquí a un doble desplazamiento: desde los movimientos sociales y la participación ciudadana a los intereses directos de los partidos políticos representados en el

Congreso nacional, y desde una radical oposición republicana al proceso constituyente a un proceso constituyente con mayoría republicana.

El próximo 17 de diciembre será el plebiscito constitucional 2023 para votar «a favor» o «en contra» de la nueva propuesta de Constitución. Una propuesta que, en mi opinión, puede leerse a la luz de la continuidad de la dictadura de Pinochet y el actual régimen democrático (Pérez, 2000). Entendiendo que, más allá de la violencia militar, el contenido de la dictadura chilena no fue otro que el desarrollo del modelo neoliberal, el nuevo texto constitucional no hace más que prolongar dicho contenido. Los propios empresarios (e.g. Bernardo Larraín Matte, Ricardo Mewes, Sebastián Piñera, etc.) han salido a convencer a la ciudadanía que el «a favor» es la mejor opción.

En el fondo, por detrás de esta nueva propuesta constitucional, aquello que se palpa no es una realidad verdadera en la que sí podría creerse, sino la decepción y el desencanto, la falta de convicciones, la aceptación, a la vez lúcida y desvergonzada, de la realidad democrática tal como es.

Reconocemos aquí, en la naturaleza abiertamente cínica de la democracia, un componente esencial de los diagnósticos de Leszek Kołakowski (1978) sobre los regímenes post-estalinistas y de Theodor W. Adorno (1982) sobre el fascismo. En el primer caso, la doctrina oficial del Partido se convirtió cada vez más en un ritual que era seguido no por comunistas creyentes en la ideología comunista, sino por cínicos desilusionados que eran conscientes no sólo de los crímenes y los horrores, sino también de que el principal enemigo del socialismo era el Partido. En el segundo, lo que hacía a las multitudes fascistas tan despiadadas e inaccesibles era su descreencia en la mitología del fascismo. Las masas fascistas actuaban «como si» se identificaran con el líder, pero nadie estaba presente en su identificación, nadie se identificaba con la creencia.

Aprovechando la tradición del Día de Los Inocentes, el 28 de diciembre de 2022 José Antonio Kast, líder del Partido Republicano, ironizaba así sobre el proceso constituyente: «Agradezco a la bancada de Diputados del Partido Republicano que me haya designado como experto para participar en el nuevo Proceso Constituyente». Añadiendo: «Feliz día a todos los inocentes que creyeron que redactando una nueva Constitución se van a resolver los problemas urgentes que tiene Chile». Esta es la máxima expresión de la risa totalitaria de la democracia.

En un sentido, esta risa cínica es consustancial a la ideología política del conformismo: mientras reniega de toda proposición ideológica, acepta silenciosamente la realidad social. El desapego a la creencia en la democracia, el distanciamiento subjetivo del cínico, expresa un rechazo al verdadero compromiso político. Y esto, que la democracia pueda reírse de sí misma, que no se tome en serio a sí misma, que la inmoralidad sea elevada a principio ético, es lo que ha hecho del proceso constituyente algo crónicamente problemático.

Referencias

- Adorno, T. (1982). *Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda*, en A. Arato y E. Gebhardt (eds.), *The Frankfurt School Reader*. Continuum.
- Gorokhova, E. (2010). *A mountain of crumbs*. Windmill Books.
- Kołakowski, L. (1978). *Main Currents of Marxism. Its rise, growth, and dissolution. Volume I. The founders*. Oxford: universitypress.
- Pérez, C. (2015). «La democracia como dictadura». *Athenea digital*, 2015, Vol. 15, n.o 4, pp. 279-303.
- Žižek, S. (2020). *El sexo y el fracaso del absoluto*. Paidós: Barcelona.

XIII. DICTADURA DESDE ARRIBA 2.O, VÍA CRUCIS INSTITUCIONAL, DESLICES Y ESPERANZAS DE LA IZQUIERDA

Christian Soazo Ahumada

REVISIÓN HISTÓRICO-CONTEXTUAL DEL ÚLTIMO CICLO POLÍTICO CHILENO

Situándonos en el presente histórico-político y teniendo solo hace pocos años un acontecimiento de la envergadura como fue el estallido social de 2019, podemos observar desde el prisma de la política de la liberación (Dussel, 2022) lo que ha sido el devenir de Chile en los 50 años de imposición del modelo neoliberal. Asumiendo que este sistema se impuso violentamente con el golpe de estado del 73 (no así en gran parte del mundo impuesto por vía electoral), dio cuenta de tres fases de constitución, a saber, el origen e implementación en dictadura (1973-1990), su consolidación con la vuelta a la democracia (1990-2006) y su ocaso o decadencia (2006-2019) desde las masivas y politizadas movilizaciones populares, sociales, estudiantiles, llevadas a cabo desde el 2006, pasando por el 2011 hasta llegar al estallido social del 2019. Bajo este prisma, lo sucedido con el estallido social fue una instancia de destitución del orden neoliberal (como veremos en los apartados siguientes, como respuesta desde el orden político-reproductivo de lo viviente); institucionalidad implementada bajo el cuerpo legal de la constitución política del 80. De aquí la apertura del proceso constituyente que llevó al malogrado fracaso de la convención constitucional 2022.

Desde la serenidad y espasmo provocado por el paso de estos cuatro años, podemos apreciar los errores cometidos por los movimientos y partidos políticos de izquierda. El proceso político destituyente, cuya primera instancia involucró gran masividad de la población nacional y posteriormente la movilización (o politización) de los grupos sociales vinculados tradicionalmente con el pensamiento de izquierda (que en Chile siempre había estado en torno al 30 o 40%), llevó a cabo a partir del “noviembrismo” la posibilidad de superación del orden constitucional pinochetista basado en el campo político en un estado subsidiario y en el campo económico en un modelo ideológico neoliberal. Sin embargo, desde ese primer momento obraron a la par, sin que los grupos de izquierda pudiéramos dimensionar -por estar en “medio” de la ola destituyente- de todo el calibre de lo que estaba aquí puesto en juego, con todo el peso histórico, político y económico que tienen los grupos oligárquicos de contrainsurgencia. En efecto, su incidencia se materializó desde un primer momento en la imposibilidad de violar los tratados comerciales internacionales, el escollo de realizar una verdadera asamblea constituyente, en la que se destituyese realmente

todo el ordenamiento político-jurídico existente y en ejercicio, pactando solo una convención constitucional, donde el “poder constituyente” estuvo siempre supeditado -y por momentos francamente denigrado- al “poder constituido”, especialmente a la “sala de máquinas” de la política fáctica, de todos los lobbies de los grupos poderosos del país, como es el senado, y finalmente, se concretó mediante la “llave maestra”, esto es, el plebiscito obligatorio de salida, en el que la clase política (con Fuad Chain como guaripola) atisbó un horizonte de conservación y autorreproducción endogámica, comprendiendo los alcances que potencialmente tendría la implementación de un nuevo pacto social respaldado político-jurídicamente con un nuevo órgano constitucional, emergido desde abajo, desde los sectores vinculados a la destitución del modelo vigente (un nuevo consenso político de las víctimas del sistema como lo expone Dussel en la política de la liberación). Desde aquí se proyectó la ominosa convergencia entre grandes masas de votantes que no estaban politizadas por el proceso histórico comenzado desde el 73 y la campaña propagandística de desinformación impulsada, con un despliegue material obscuro, desde los grupos oligárquicos y desde el “partido del orden”, bajo la campaña del rechazo 2022.

No se logró calibrar a cabalidad la perseverancia y radicalidad de la historia política de la contrainsurgencia en este continente, en este caso, representada paradigmáticamente por el “caso chileno”. Visto desde un horizonte “macro” de comprensión con el paso del tiempo, la politización de los grupos populares fue un proceso creciente desde la década del 20 hasta el golpe de Estado del 73. Fue la expresión crítica, revolucionaria, insurgente, de un grupo politizado constituido a lo largo de la historia chilena. Aquí se habla de una izquierda que realmente busca transformar el sistema, interviniendo en los mercados, en “potencia” de las grandes mayorías precarizadas y subalternizadas, o sea, “los enemigos” para el sistema de la elite dominante. No se habla aquí por cierto de la socialdemocracia -cómplice de la contrainsurgencia y de la CIA en todo este ciclo neoliberal, posmoderno; como se ha documentado ampliamente- que solo es una “política” para la institucionalidad (“potestas”), es decir, para la administración formal (“los opositores”), conservando e incluso consolidando el orden económico neoliberal, como paradigmáticamente lo ha demostrado el caso chileno.

SOBRE LO POLÍTICO Y REPRODUCTIVO EN CONTEXTOS DE NEOFASCISMO

Uno de los elementos que es fundamental comprender, especialmente en la formación política de izquierda, es lo que significa e implica la noción de *poder* que está en juego en nuestra idea de la praxis política. Normalmente en occidente se ha comprendido el poder como dominación (desde Weber), como dominación legítima entre obedientes. Esta perspectiva ha sido fuertemente cuestionada desde la política de la liberación. Dussel plantea más bien la noción de *poder obedencial*, es decir, un poder delegado desde abajo, desde la soberanía popular (*potentia* política), a las instituciones político-jurídicas (orden de la *potestas* o institucionalidad formal) que median para el fin último, el cual debería ser teóricamente la afirmación orgánica y cualitativa de la vida, bajo el prisma del

bienestar y la dignidad humana de todos y todas las habitantes de una nación. Desde este marco conceptual crítico, una nueva categorización del poder permitirá una nueva comprensión y praxis política.

Justamente uno de los mayores déficit de la izquierda a nivel estratégico, programático, es una nueva vocación de poder, de gobernabilidad que vaya más allá del poder como dominación, y por tanto, una tendencia a la negatividad radical y anárquica frente a un tipo de poder así comprendido. Ver al poder como algo esencialmente negativo. Este debate siempre ha implicado los sinuosos márgenes entre el poder y la violencia. Hannah Arendt (2005) ya distingue entre violencia y poder. La violencia remite a una imposición técnico-instrumental alejada completamente de la masividad (esencia de lo político; la vocación de universalidad y de mayorías), donde su ejemplo paradigmático es la intimidación extrema impuesta por uno en contra de todos. Por el contrario, el poder concierne intrínsecamente a la masividad, cuya forma extrema es el levantamiento o insurgencia de todos contra uno. Igualmente autores como Han (2016; 2020) conciben a la violencia como una forma de división que excluye a la libertad del otro, siendo así la expresión palmaria de discordancia, discontinuidad y división sin retorno. Es el vacío de poder lo que provoca la violencia; la incapacidad de toda forma de mediación, pues en este terreno no se puede crear ninguna continuidad, al menos ninguna continuidad interior realmente existente. En cambio el poder congrega. No excluye a la libertad del otro, pues es la realización de la concordancia, en la que se habilita al uno a continuarse en el otro, produciendo así un continuum orgánico; una mediación sustantiva que mantiene unido todo.

Desde el mirador teórico expuesto, podemos examinar la importancia de diferenciar distintos tipos de concepción del poder, para así poder articular y constituir políticamente, formas alternativas de praxis política, arraigadas desde las bases comunitarias, pero completamente dialectizadas con todas las formas de comprensión del orden de poder existente (del sistema dominante), para tener el objetivo de regresar siempre en pos del beneficio comunitario, desde las grandes mayorías postergadas por este sistema económico-político. Es fundamental entonces distinguir entre un poder como “coerción”, basado en un modelo causalista, en el que el uso de la violencia se lleva a cabo por falta de mecanismos de intermediación, o sea, por la incidencia de una pasividad y ausencia de libertad en el otro, con altas dosis de coerción y una alta percepción de dominación, y un punto de vista del poder como “libertad-voluntad”, sustentado desde un modelo orgánico del poder, desde la libertad del otro y la intermediación total implicada en la continuidad interior entre el yo y el otro (encarnado por antonomasia en la comprensión de la humanidad como “división internacional del trabajo”). Este es un espacio de la actividad, no de la coerción sino del júbilo, no de la dominación, sino del consentimiento. En suma, es el giro radical ante una forma de comprensión y praxis política basada en el poder sobre la vida, en pos de una concebida como poder de la vida, desde una idea afirmativa de biopolítica.

SOBRE LA ARTICULACIÓN POLÍTICA ESTRATÉGICA DE IZQUIERDA

La consolidación del modelo neoliberal llevado a cabo en Chile desde 1990 hasta la fecha, ha contado con el dilemático protagonismo de la llamada izquierda socialdemócrata. Esta se ha caracterizado finalmente por la aceptación -con un performático *management* o administración del modelo- del sistema dado o vigente (fase I desde la política de la liberación). Es decir, ha consensuado desde la materialidad y el discurso de la dominación. Como comentamos en el apartado previo, no se trata tampoco de una romantización anarquista que desconozca o abstraiga de la existencia del sistema dominante, pero igualmente es muy distinto tratar de cambiarlo desde dentro, asumiendo en la factibilidad de las condiciones políticas reales impuestas por el orden imperante (sistema económico-político vigente), la posibilidad de generar nuevos consensos críticos para la construcción histórico-política de un nuevo orden social (por lo menos distinto al neoliberal).

Desde el enfoque puesto en la agencia de contrainsurgencia comentado en los apartados precedentes, el primer “pecado” político cometido por los sectores de izquierda fue intencionar un proceso convencional de orden maximalista, abordando un amplio espectro de la construcción ideológico y militante de izquierda, desde los grupos feministas, indigenistas, ecologistas, entre otros, que concibieron un texto y proceso convencional desde el plano metódico de lo abstracto, de lo estratégico concebido intelectualmente para grupos ideológicamente configurados. Aquí el “desliz” fue, a nuestro modo de ver, no asentar las condiciones de una visión política concreta -el ejercicio aquí de la dimensión más cardinal y compleja de “la política”, esto es, su dialectización con lo histórico concreto, lo realmente existente; una *realpolitik*, geopolíticamente situada, sabiendo la injerencia, el poder y medios de los poderes fácticos nacionales y transnacionales- acotada a unos pocos elementos realmente aglutinantes de la soberanía popular, históricamente constituidos, por ejemplo, salud, vivienda, educación, pensiones; es decir, los pilares reproductivos esenciales, estructurales u orgánicos de la constitución de todo sujeto viviente, de la comunidad de vida como comunidad política, en última instancia de toda construcción social, tengamos consciencia o no de aquello.

Con el triunfo del rechazo el 2022 y con el nuevo proceso constituyente 2023 liderado por los republicanos y por las orientaciones políticas de extrema derecha, se ha materializado lo que podríamos denominar, parafraseando aquí a Franz Hinkelammert (2020), una “dictadura desde arriba 2.0”. Efectivamente, la imposición forzada del modelo neoliberal, bajo la estrategia de globalización y la doctrina de seguridad nacional encarnadas en las dictaduras militares en todo el orbe, fue la “dictadura desde arriba” primaria, llevada a cabo desde el golpe de estado del 73 y la imposición del modelo neoliberal a escala global. Fue la respuesta a la politización creciente de las clases populares organizadas desde las primeras décadas del siglo XX en América Latina, que en el caso chileno, ejemplarmente muestran el ascenso del poder popular hasta el derrocamiento del gobierno de Allende. Ahora bien, los efectos de la estrategia de contrainsur-

gencia han llevado a la paradoja de una supuesta “venganza de la élite” que nos tiene en una encrucijada constitucional aporética; en un jaque del cual estamos completamente acorralados. Si los mismos republicanos decidieron no participar de la anterior campaña del apruebo/rechazo del 2022, para así validar su fidelidad a la constitución pinochetista del 80, ahora, en el proceso 2023, nos encontramos con tener que estar “en contra” de un proceso y texto constitucional mucho más extremo y aberrante desde el punto de vista del progresismo de izquierda, para así terminar validando en forma indirecta, la constitución neoliberal pinochetista del 80.

Una de las esperanzas para las articulaciones políticas de izquierda en el actual panorama mundial de neofascismo, debiendo ser así un punto de semejanza, de articulación en lo común, sería la politización directa, desde una democracia radical desde lo local hacia lo estatal, los grandes núcleos reproductivos de salud, trabajo, educación, vivienda, especialmente en un contexto cada vez mayor de neoliberalismo, necropolítica, fascistización de la política y debilitamiento de la democracia, mediante el contexto global de guerras geopolíticas y cognitivas. Esta nueva propuesta constitucional 2023 es un mero dispositivo más de tecnocracia, centrado en la fetichización de la potestas, es decir, de dejar todo a la ley, incluso en casos “abiertos” que pudieran ser problemáticos; desustancializando así a la constitución como principio jurídico y ontológico máximo de la república. Está hecha, en consecuencia, a la medida de la clase política, no desde y para la ciudadanía; es más bien para la “potestas endogámica” y no para la “potencia reproductiva” de las grandes mayorías precarizadas del país. Deja de ser un gran pacto social, un pacto reproductivo de las condiciones comunitarias de la vida en común; volver a politizar la división del trabajo, pues como se sugirió es donde se encarna el “continuum”, la unidad reproductiva de toda la comunidad político-social. Esta “dictadura desde arriba 2.0” claramente es un jaque dado por la “fronda aristocrática”, por la polis financiera, por los grupos oligárquicos del país. Sigue así una larga y triste historia en Chile, donde la clase política se cierra en forma endogámica, corrupta, fetichista, siempre negando la soberanía, la voluntad popular, la afirmación de la comunidad de vida, como ha sido materializado en la historia de Chile por el gobierno de Allende y sus 40 primeras medidas.

Referencias

- Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial.
- Dussel, E. (2022). *Política de la liberación. Crítica creadora. Vol III*. Trotta.
- Esposito, R. (2009). *Comunidad, Inmunidad y Biopolítica*. Herder editorial.
- ByungChul, H. (2016). *Sobre el poder*. Editorial Herder.
- ByungChul, H. (2020). *Hegel y el poder*. Editorial Herder.
- Hinkelammert, F. (1987). *Democracia y Totalitarismo*. DEI.

Hinkelammert, F. (2020). *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*. Segunda edición digital: <http://repositorio.uca.edu.sv/jspui/bitstream/11674/5172/1/IDEOLOGIAS%20DEL%20DESARROLLO-DIALECTICA%20DE%20LA%20HISTORIA.pdf>

Kohan, N. (2021). *Hegemonía y cultura en tiempos de contrainsurgencia “soft”*. Ocean Sur.

López y Rivas, G. (2020). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos. Manuales, mentalidades y uso de la Antropología*. Ediciones Plaza y Valdés.

Marini, R. M. (1978). “El estado de contrainsurgencia”. *Intervención en el debate sobre la “cuestión del fascismo en América Latina” en: Cuadernos políticos, Número 18, octubre-diciembre, pp. 21-29*. Ediciones Era.

Stonor Sauder, S. (2013). *La CIA y la guerra fría cultural*. Editorial Debate.



50

HIU.ECOGRAFÍAS

Enrique Winter

1. LA ORIGINAL

La primera vez que lo vi fue en una pantalla, el fondo negro y el marco redondo impusieron una imagen que me parece trillada ahora: una cápsula espacial con un cosmonauta girando. Como si la escafandra siguiera ahí, a sus dos años y medio mantiene la cabeza enorme y se ríe de la gravedad a punta de volteretas. Quienes nos pusimos graves prontamente fuimos sus padres, pero no ese día. Reconocimos una nariz «chuchú» y las manos enlazadas, ¿o se chupaba el dedo? Si no lo escribo, lo olvido. Se lo comentamos a la doctora, atropellándonos; ella compartía el entusiasmo y nosotros agradecemos la elocuencia venezolana. Salí a los brincos de la consulta y en el camino al Puro Café de los colombianos compré una lámpara de pie. Hablaba duro, cantaba el 18 de octubre del 2019. Es divertido divisar por las calles a un hombre que celebra con una lámpara de su tamaño. Más divertido era ser ese hombre, reproducido en un cosmonauta que, sin duda, se me parecía.

Por la noche, fuimos a escuchar al poeta peruano Mario Montalbetti en La Sebastiana. No creo que hayamos vuelto a ir juntos a una lectura o a un café. Alguien bromeó con saltar unos torniquetes y así nos enteramos que empezaba la revuelta chilena. En menos de veinticuatro horas, Valparaíso estaba tomado por las marraquetas que traían nuestro hijo y nuestras marchas. Los disparos de la policía y las bombas lacrimógenas que nos empujaban de la ciudad al mar las tornaron incompatibles con el embarazo y empecé a marchar solo. Por las noches, con toque de queda, corregía una novela en que mi abuela participaba de su propio alzamiento en Varsovia.

La pandemia coincidió con el parto que describí en el libro siguiente y a la vez acabó con mi abuela, que tenía impedidas las visitas en uno de los tantos asilos aislados. Suena a oxímoron ahora, al modularlo en voz alta. Creyendo que le hablo a él, se me acerca un garzón.

—¿Mande?

Hacia la pantalla bajo la vista, tipeo que desde entonces habíamos guardado las cenizas de mi abuela para el momento en que todos fuésemos cómplices de la ilegalidad de lanzarla al único mar en que fue feliz. Para mí el rito rimaba con el Apruebo a la propuesta de nueva Constitución que celebraríamos pronto, apenas regresáramos a Valparaíso luego de meses en Colonia, donde reparábamos a los suegros por haberse perdido el crecimiento de su nieto durante la pandemia. Cerraríamos un círculo.

Fue entonces que la madre de mi hijo decidió intempestivamente no hacerlo. El

avión se vino lleno salvo por los dos asientos a mi lado. El rechazo de una mujer a la residencia definitiva fue lo que rimó con el rechazo de un pueblo a las palabras que nos daban al fin la educación, la salud, las jubilaciones y el agua que sí tiene el pueblo de ella. También dejó de hablarme.

—No lo vi venir —decían los personeros del gobierno anterior.

El 4 de septiembre del 2022 seguí los resultados de las elecciones solo en casa y el 14 tiramos las cenizas de mi abuela con mis padres en un improvisado muelle de Algarrobo. Ahora no queda nadie más que ellos en Chile, y están divorciados y viejos, pensé cuando, por culpa de *El gran Lebowski*, mi mayor preocupación era el viento en contra de las cenizas. Ordené, reparé, arrendé y vendí de día y de noche. Hoy 13 de octubre no sé si es uno u otra y, sin haber dormido, lo escribo adentro de la escafandra del café Maison Kayser del aeropuerto de Ciudad de México, cuya escala —cósmica— redujo a la cuarta parte del precio de ida y vuelta, un pasaje solo de ida hacia la crianza alemana. A partir de cero, sin amigos ni idioma, sin techo ni trabajo; como mi abuela, como mi hijo. Como el país que abandoné anoche.

2. LA COPIA FELIZ DEL EDÉN

Más que una venganza, el plato que han recalentado las élites me parece una copia. Durante 2023, sus representantes escucharon el himno nacional que tanto rédito les dio en el proceso constitucional que rechazaron y han buscado, por la razón o la fuerza alzando la cabeza del avestruz debajo de la tierra, el nuevo Edén que estuviera disponible. Encontraron el ideal para sus objetivos, pues este año demostró innecesaria la máscara de la decencia a la que nos tenían acostumbrados. Incluso conviene quitársela. Su ala democrática aplaude sin vergüenza el negacionismo del presidente electo de Argentina o las violaciones más flagrantes al derecho humanitario que hayan tenido lugar desde la creación de Naciones Unidas. Solo los voluntarios de paz que ha asesinado la milicia israelí suman cientos, por no entrar en los más de cinco mil niños que también han perdido sus vidas en los bombardeos indiscriminados a las escuelas y los hospitales. Ya no es impresentable la prensa chilena solamente, cuyos dueños en vez de dar noticias aún imponen su agenda a diario. La prensa aquí en Alemania, otrora un ejemplo de periodismo informativo, evita hablar de ataques o cifras, y suele cerrar sus despachos repitiendo que Hamás es reconocida como una organización terrorista por parte de Estados Unidos y la Unión Europea. En resumen, hay chipe libre para decir o hacer cualquier cosa que salve el modelo neoliberal. ¿Por qué la derecha chilena no habría de aprovechar la instancia para quitarles los derechos reproductivos a las mujeres y a todos hasta la posibilidad legal de la educación, salud, jubilaciones y aguas públicas por las que marchamos hace cuatro años?

Las elecciones recientes las han ganado quienes más han mentido, incluso en los países con libertad de medios, en los cuales también constato el declive de las capacidades lectoescritoras, caldo ideal para apelar solo a las emociones de la imagen y las redes sociales, únicas fuentes informativas de la mayoría de

los jóvenes. En sintonía con esto, se publican nuevos estudios que demuestran cómo nuestro cerebro está diseñado para pensar lo menos posible. Si ya asociamos un color de piel con el miedo, por ejemplo, habría que gastar mucha azúcar para reflexionar en contrario. Así las cosas, el discurso de la rabia, que ahora es la estrategia electoral del comando a favor del proyecto constitucional de extrema derecha, le resulta idóneo a la mente, que así se preparaba mejor para cazar animales que para construir una sociedad. Mientras lo primero nos vendría dado por naturaleza, lo segundo necesitamos aprenderlo. Y aprender, en Chile, es un privilegio que pretenden sellar en este proyecto.

La globalización suaviza las diferencias culturales para los privilegiados, cuya cotidianidad cada vez se parece más a lo ancho del mundo, pero agrava las diferencias educativas y económicas con el resto, cada vez más visibles, así como fuente comprobada de la inseguridad ciudadana. Allí donde hay escasez, las personas colaboran; allí donde se sienten seguros, continúan con sus planes individuales. Ante los excedentes de unos gracias a la precariedad de los demás, habría que agrandar la mesa en vez del muro, quizás a la manera en que se hace una ecografía. De la «técnica empleada en medicina que permite la exploración del interior del cuerpo mediante ultrasonidos» podríamos copiar su perspectiva y así ver dentro de la sociedad lo que nos trajo hasta aquí, como a todo el mundo en el año de la pérdida de la esperanza, solo que al resto sin la anomalía chilena de la pérdida previa y en dictadura de los derechos sociales. Nos servirá desde el 17 de diciembre, en que en Chile y el extranjero ganaremos En Contra, ganando así también nuestro derecho a empezar de nuevo.

HU. CONTRA EL AFECTO

Rodrigo Karmy Bolton

La revuelta popular de Octubre de 2019 fue un momento telepático. No en el sentido de que alguien “hipnotizó” a las masas y las podía conducir a su haber, sino justamente en el sentido que los pueblos –no las masas- irrumpieron en la historia desactivando a los hipnotizadores de los 30 años de transición.

“Telepatía” propiamente sensible con la que podemos definir la puesta en juego de una experiencia común que fue a contrapelo del capitalismo neoliberal y sus formas de “hipnosis”, para destituirlos. Justamente, la revuelta popular de Octubre asumió una forma “destituyente” en cuanto dejó sin efecto al pacto oligárquico de 1980-2005 sobre el cual descansaba el pinochetismo que la democracia jamás tuvo el coraje de erradicar.

¿Cómo se explica una revuelta? No se explica, se experimenta: explicar significa concatenar causas y efectos como si fuera una cadena mecánica, cuando precisamente la revuelta corta cualquier cadena –cualquier continuum- que pudiera desplegarse. La revuelta implica la “suspensión del tiempo histórico” (Jesi) y en ese sentido un salto cualitativo que no puede reducirse a alguna “explicación”.

Por cierto, si la revuelta es un salto destituyente que pone en suspenso las formas sociales vigentes (el pacto oligárquico de 1980-2005) es porque esta fue una asonada contra la modernización neoliberal y el modo en que ella capturó a las instituciones del Estado. Por eso, su voz clamaba contra el abuso institucionalizado (el “violador eres tú”), politizando la docilización cotidiana de los cuerpos ofrecida por los dispositivos neoliberales: “no era depresión, era capitalismo” y “evade” eran pequeñas formas de guerrilla desplegada bajo mil tácticas frente al actuar de la policía.

Pero la revuelta de Octubre no fue la expresión de una simple “anomia” como abjuró la episteme transicional –y conservadora- cristalizada en el sociologismo cuyo discurso demandaba orden. Más bien, la revuelta asumió una forma telepática con las instituciones del pasado restituyéndolas al calor de la destitución de la episteme transicional y sus instituciones formales: cabildos, asambleas, ollas comunes entre otras, como pequeños residuos de otras épocas (incluso de la época colonial) que irrumpían como un nuevo presente.

Sin embargo, cuando dichas instituciones “residuos” se enfrentaron a los dispositivos jurídico-políticos (el Acuerdo del 15 N y el terrorismo policial aplicado sistemáticamente contra las protestas) junto a su anudamiento con los dispositivos biomédicos (pandemia y el control sanitario), la revuelta no pudo apuntalarse desde sus propias instituciones, no pudo proyectar el “afecto” sobrenatural más allá de los dos dispositivos que, siendo diferentes, jugaron uni-

tariamente contra él: el primero, veía el afecto como fuente de “terrorismo”, el segundo, lo medía como fuente de “contagio”.

Contagio social o viral, el afecto fue lo que los dispositivos jurídicos y biomédicos tuvieron que conjurar. Con ello, se fue restituyendo el lugar del “saber”, primero con el saber jurídico y luego el saber médico, que había sido precisamente lo que la revuelta había destituido en Octubre. La restitución del “saber” “desafectó” a los pueblos y, progresivamente, estos volvieron a su estatuto de “masas”.

La oligarquía urdió un golpe civil y parlamentario (un lawfare) contra la revuelta primero, y contra la Convención Constitucional después para impedir, a toda costa, que el “afecto” volviera a danzar por las calles. Si hoy tiene lugar una Restauración Conservadora en la que anuncia la axiomatización del fantasma portaliano es precisamente porque los “afectos” pudieron ser diluidos.

La telepatía sucumbió a la hipnosis: un nuevo mago entra a conducir a las masas. Sin embargo, todo sigue abierto. La oligarquía aún no logra suturar lo que la revuelta dejó expuesto. Es ella la que destituyó a la institucionalidad política impidiendo que esta pueda instaurar un nuevo pacto oligárquico.

En otros términos, la potencia destituyente de la revuelta sigue vigente a modo de estela del acontecimiento de octubre de 2019. Y es ella, la que ha impedido que dicha institucionalidad vuelva a suturar los espacios y lógicas sobre las cuales se asienta el fantasma portaliano; único articulador –pero articulador anti-republicano- de la nunca bien ponderada República de Chile.

Diciembre 2023.

XVI. APUNTES BAJO EL OSCURO INVIERNO DE LA DEMOCRACIA

Francisco Alejandro Vergara Muñoz

En la antesala del cierre del ciclo institucional constituyente abierto luego de los sucesos de octubre de 2019, en términos concretos los sectores subalternos se encuentran ante un cierre que implica un momento aporético: los horizontes son el rechazo del borrador Republicano o la tácita legitimación de la Constitución de Pinochet/Lagos. Así, se torna tal vez propicio realizar una lectura de coyuntura con parsimonia y realidad, alejados de cualquier voluntarismo, que nos permita, de alguna forma, sacar algo en limpio en un momento que, quiérase o no, es de indudable derrota; después de todo el Búho de Minerva siempre ha alzado su vuelo al atardecer.

En tanto durante todo este período lo que estuvo en juego no era otra cosa que la estructura jurídica fundamental sobre la que se erige el Estado, no podemos sino comenzar nuestro análisis delimitando aquello que se comprenderá como Estado, solo de esta manera podremos luego comprender los diversos avatares y vicisitudes del período desde los que se podrán derivar las respectivas conclusiones posibles. Para esto seguiremos la matriz conceptual de García Linera (2008), que nos indica que en términos analíticos podemos distinguir tres componentes estructurales en la organización del Estado, que son los que regulan su funcionamiento, estabilidad y capacidad representativa, a saber: el Estado en tanto almacén de fuerzas sociales, el Estado en tanto sistema de instituciones, y el Estado como sistema de creencias movilizadoras.

En segundo lugar y antes de poder trabajar con los niveles de análisis que nos permite esta matriz teórica, debemos colocar énfasis en que bajo estas directrices el Estado nunca será un dato, sino que encarnará siempre una constante relación en movimiento; y es que se debe evitar caer en cualquier imagen fetichizada, al decir del viejo Marx (2015), incluso las formas en aparente quietud (en tanto cristalización institucional), son siempre una síntesis enajenada que no hace sino transfigurar los conflictos internos de la sociedad.

Por último, nuevamente siguiendo a García Linera (2008), se puede concluir que cuando los tres componentes estructurales de la organización del Estado muestran vitalidad y regularidad en su funcionamiento, se puede hablar entonces de una correspondencia óptima entre régimen estatal y sociedad, por el contrario, cuando alguno de estos elementos se estanca, pierde su potencia o se quiebra, entonces estamos ante lo que se puede definir como una “crisis del Estado”, la que se expresa en el divorcio entre el mundo político y sus instituciones, así como el distanciamiento de estos con el flujo de acciones de las organizaciones civiles.

Desde ya, y haciendo como la Reina de Corazones de Alicia, podemos establecer nuestra sentencia para, luego de esta, recién pasar a analizar las razones y evidencias tras de ella: las condiciones materiales que hacen estallar octubre sin duda remiten a lo que podemos conceptualizar como una crisis del Estado, entonces, el asunto es lograr precisar exactamente cuál es su extensión y profundidad.

Para dar cuenta del primer punto, el Estado como entramado jerárquico de fuerzas sociales, debemos remitirnos a las radicales y transversales reformas neoliberales que se instauraron desde la dictadura. Como lo explica Garretón (2012), la dictadura constituye un momento de ruptura y refundación; fue un proyecto que “abarcó todas las esferas de la vida social” (p. 74) y que tuvo como culminación la Constitución de 1980. A grandes rasgos y siguiendo la lectura que realiza Solimano (2018), el patrón de crecimiento que se instaura desde la dictadura se sustenta en la reprimarización, la desindustrialización y la tercerización de la economía, al tiempo que adquieren primacía la promoción activa del sector exportador, así como el sector financiero y el de servicios.

Lo que nos importa destacar acá, en tanto lo que estamos analizando es el entramado de fuerzas sociales, es lograr comprender que lo expuesto arriba no es sino la expresión de una nueva alianza dominante, que surgió de la confluencia de sectores de las fuerzas armadas y el sector más internacionalizado del empresariado local, agrupados en los principales grupos económicos financieros (Ruiz, 2019). No solo se constituyó una nueva alianza dominante, sino que la misma logró descapitalizar a gran parte del sector productivo bajo el patrón rentista que se adoptó. Esto se ve acentuado toda vez que en el proceso de privatizaciones desenfrenadas ocurridas en el período, se generan nuevos nichos de acumulación; como lo pone el mismo Ruiz, se genera “un capitalismo que ampara los procesos de acumulación en fondos de pensiones y el subsidio estatal, y que tiene a disposición un volumen de capital inédito en la historia chilena” (p. 301).

Por otra parte, al mismo tiempo que se consolidaba este nuevo escenario, la dictadura se encargaba de destruir y desarticular el campo popular histórico del país, de esta guisa el sindicalismo es aplastado en cuerpo y espíritu, ya que las mismas transformaciones ocurridas en la economía generan que el sector obrero deje de tener la centralidad que históricamente había tenido. Cabe también mencionar que la consolidación de la nueva alianza de dominación eliminó los remanentes de la derecha nacionalista que había en el país, la que estaba ligada principalmente con los sectores productivos ligados al momento nacional-popular.

Entre esta desarticulación del campo popular y la consolidación de la nueva alianza de dominación, surge también en el nuevo escenario “una franja social enorme y heterogénea” (Ruiz y Caviedes, 2022, p. 21), la que es el producto de los procesos de modernización neoliberales. Estas franjas, ligadas a los sectores medios, albergan “nuevas formas de diferenciación social internas, con múltiples fracciones de reciente integración” (p. 21). Las mismas son “sometidas

a una alta rotación laboral” (p. 21) y exhiben un bajo grado de constitución de clase y una reproducción social altamente individuada, principalmente debido a su falta de acceso a formas asociativas viejas o nuevas.

Ahora, prosiguiendo el análisis y abordando la cuestión del Estado en tanto sistema de instituciones, el punto de partida inexorable es lo que ya se constató arriba: el momento culminante de la refundación neoliberal fue la Constitución de 1980, que fue seguida por una transición pactada cuyo resultado no fue otra cosa que el ensimismamiento de la política. En un escenario donde las fuerzas sociales dominantes convierten la materialidad del Estado en el mecanismo por el cual constituyeron y constituyen su nicho de acumulación, el consenso que se logró sobre el modelo económico permitió sustraer cualquier definición acerca de este de la arena política, al tiempo que, en palabras de Ruiz (2019), “el fortalecimiento del sistema político se concibe a través de su autonomización de aquellas fuerzas sociales de naturaleza distinta de la empresarial, lo que sustrae a los partidos de la promoción de la agrupación de otros intereses sociales” (p. 315), es esto lo que da pie al debilitamiento de la capacidad representativa de una política que, en último término, lo único que realiza es administrar los consensos impuestos.

Es precisamente este debilitamiento del principio de representatividad de la política, comprendido al calor de las transformaciones en el entramado de fuerzas sociales, lo que refrenda la sugerente lectura que realiza Uribe Muñoz (2022), cuando concluye que lo que ocurrió luego de octubre de 2019 no fue sino más que la expresión sintomal de esta situación. En definitiva, podemos retomar y explicar entonces la conclusión que pusimos al inicio: hay una crisis del Estado que queda manifiesta en la separación del mundo político (en tanto forma de procesar lo común), sus instituciones y la sociedad en general. Al respecto, Ruiz y Caviedes (2022) son claros al ver que la concentración del poder que ha acaecido en Chile “elude cualquier pacto social y empuja una crisis de representación política” (p. 60), y es que la estructura social a la que ha dado paso el neoliberalismo es una donde hay una concentración absurda de la riqueza, que se contrapone a una sociedad que está homogeneizada en sus condiciones de vida y posibilidades económicas.

En una lectura que da cuenta tanto del nivel del Estado como armazón de las fuerzas sociales como del Estado en tanto sistema de instituciones, Ruiz (2013) sentencia:

En las últimas décadas, pasa al primer plano un grupo tecnocrático ligado a la nueva estructura del poder económico que desplaza a los antiguos sectores medios burocráticos y redefine el carácter de los principales partidos políticos. El Estado tiende a satisfacer las demandas de sectores incorporados a la organización formal del proceso económico. Sus demandas están delimitadas y son parte de la «lógica de funcionamiento del Estado». En cambio los demás grupos tienden a ejercer presión social, chocan con el Estado y quedan excluidos (p. 99). A propósito de esta condición de sectores que se ven sometidos a una exclusión

sistémica es de donde podemos pasar ahora a analizar el tercer componente del Estado, en tanto sistema de creencias movilizadoras o ideas-fuerza, que son las que le dan sus contornos a la realidad.

La posibilidad de la gobernabilidad neoliberal, más allá del aplastamiento efectivo del cuerpo del campo popular, se construyó en torno a la idea de la meritocracia y la promesa de la movilidad social a través de la educación. Es este horizonte en el que se articula el dominado neoliberal, en cuyas orientaciones de sentido predomina el esfuerzo individual por sobre cualquier acción colectiva, al tiempo que resaltan las representaciones de éxito y los estilos de vida que ostenta la élite como aspiración. Son estas ideas-fuerza las que permiten explicar el que era puesto por los medios de comunicación de masas como el arquetipo de la ciudadanía de los 90: un aparente apoliticismo bastante transversal y una fiesta del consumo a través del crédito.

Justamente, fue desde la defraudación de esta promesa meritocrática y de movilidad social donde el modelo neoliberal tuvo sus primeras impugnaciones, tanto en el 2006 como el 2011. Fueron explosiones sintomáticas del desanclaje del sistema político, que no pudo sino llegar tarde, y de una sociedad desde la que aparecían destellos de configuraciones que buscaban disputar los límites de la realidad. No obstante, y esto será central después: tendieron a ser movimientos reactivos hacia el orden; su potencia, al menos en cómo fue apreciado por la masa general, descansaba sobre la disputa de recodos de la realidad que eran considerados como injustos, pero no llevaban el germen de una construcción societal diametralmente diferente. Estos movimientos dieron paso a una apertura relativa del sistema político, pero que en ningún momento concluyó por confluir hacia la construcción de algo así como una orgánica que pudiese aglutinar e interpelar con la suficiente claridad a lo que Ruiz (2020) denomina como “nuevo pueblo”.

Haciendo ahora un salto temporal a octubre de 2019, es este carácter meramente reactivo el que puede enmarcar en un curso de sentido el cómo en el plano de disputa por las ideas-fuerza la energía destituyente no fue capaz de transmutar hacia un proyecto que tuviese un horizonte utópico: la dignidad se convirtió en el significante maestro; dignidad que aparecía como reactiva ante el abuso que recibe el pueblo, no obstante, sin la expresión material y política de aquello que constituyó históricamente a la izquierda (digamos, previa a la dictadura), era sencillamente inevitable que terminase por disgregarse en las formas que efectivamente tiene la estructura social hoy: malestares que afectan a sectores particularizados que no tienen tradición asociativa, al tiempo que ensimismamientos identitarios que, siendo el reverso inexorable de la lógica política neoliberal, no pueden pensarse más allá de sí mismos.

Cabe hacer una nueva precisión que nos otorga García Linera (2008), que nos permitirá comprender mejor la situación actual. En toda configuración estatal, hay tanto componentes de corta duración, como de larga duración, a estos últimos el autor los denomina como “estructuras de invariancia estatal”. En el país, la estructura fundamental en el nivel analítico del Estado como sistema de

ideas movilizadoras es lo que Karmy (2022) denomina como “fantasma portaliano”, que además de ser una forma de saber y de producción del poder, es una forma de subjetivación que “produce una forma del yo como cuerpo nacional exento de fisuras y grietas internas” (p. 27), entonces, podríamos comprender el devenir posterior al fracaso del plebiscito de 2022 como una expresión de la persistencia de esta invariancia estatal del tiempo largo.

Esto va en total consonancia tanto con las conclusiones a las que llega el mismo Karmy (2022) como Ruiz y Caviedes (2022): la revuelta de octubre y el proceso que se inicia a partir de allí, en el mejor de los casos, abrió un nuevo período y suspendió parcialmente el funcionamiento del componente ideológico del Estado, más en ningún caso esto es transitivo a que se haya podido constituir un horizonte de disputa concreto, sobre todo cuando el campo popular de las fuerzas sociales subalternas no tiene una articulación política autónoma y las viejas estructuras partidarias de la izquierda quedaron atrapadas en la armazón institucional neoliberal, distanciadas de la sociedad.

Cabe decir y concluyendo ya la revisión de nuestra sentencia inicial, que García Linera (2008) distingue cinco momentos en una crisis del Estado: el momento del desvelamiento de esta; un empate catastrófico, producto de la consolidación de la crisis; una renovación radical de las élites políticas; una restitución conflictiva; y, finalmente, un punto de bifurcación desde el que puede surgir un Estado de carácter diferente.

Ateniéndonos a los hechos y al presente de nuestra democracia, cabría concluir, con todo el peso (de la noche) que esto conlleve, que la crisis del Estado existente en Chile meramente está en su primera fase. El pensar entonces cómo ir más allá en la consecución de escapar de los límites de la realidad, es una tarea ineludible que ha de quedarle al campo popular en su autonomía, de lo contrario, la política no podrá volver a ser la esfera primordial del procesamiento legítimo de los conflictos, y seguirá degradada a una gobernabilidad que no hace más que remitir a la reproducción del oscuro invierno de la democracia.

Referencias

- García Linera, A. (2008). *La potencia plebeya*. Prometeo Libros.
- Garretón, M. A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado*. Editorial Arcis y CLACSO.
- Karmy Bolton, R. (2022). *El fantasma portaliano*. Ediciones UFRU.
- Marx, K. (2015). *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Introducción, en H. Tarcus (ed.), *Antología*. Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Ruiz Encina, C. (2013). *De nuevo la sociedad*. LOM.
- Ruiz Encina, C. (2019). *La política en el neoliberalismo*. LOM.
- Ruiz Encina, C. (2020). *Octubre Chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Taurus.
- Ruiz Encina, C. y Boccardo Bosoni, G. (2011). *Panorama actual de la estructura social chilena: (en la perspectiva de las transformaciones de la historia inmediata)*. CIES.
- Ruiz Encina, C. y Caviedes, S. (2022). *El poder constituyente de la revuelta chilena*. CLACSO.

Uribe Muñoz, J. E. (2022). 18 de octubre: la revuelta de las rebeldías, en N. Barria-Asenjo (ed.), *Insurrección Popular; Convención Constitucional y triunfo de Gabriel Boric. Aún creemos en los sueños*.

Solimano, A. (2018). *Estrategias de desarrollo económico en Chile: crecimiento, pobreza estructural y desigualdad de ingresos y riqueza*, en D. Calderón y F. Gajardo (comps.), *Chile del siglo XXI: propuestas desde la economía*. Ediciones Böll y Estudios Nueva Economía.

XVII. ¿UN MOVIMIENTO DE IZQUIERDA ANTICAPITALISTA?

Marco Enríquez-Ominami

El estallido social, o la revuelta social, fue objeto de múltiples interpretaciones en los días posteriores. Creo que, al igual que en el 2006 con la revolución pingüina o la marcha estudiantil del 2011, una de ellas no fue atendida: una parte de la élite política, sostuvo que era un movimiento de izquierda anticapitalista; creo que era mucho más. Era un movimiento de consumidores endeudados, enfurecidos por el abuso, que, de hecho, no tenían una reflexión sobre el capitalismo, sino una comprensión, germinada desde la vivencia, sobre los abusos del capitalismo, y que, a su vez, pedían más derechos sociales, pero con mercado.

A propósito de esto, creo que tanto la interpretación del 2006, como la del 2011, como la del 2019, fueron interpretaciones insuficientes desde la izquierda, que creyó que esta era una gran revuelta popular contra el capitalismo. Por eso es que firman un Acuerdo por la Paz con el Presidente Piñera (de derecha), que a todas luces fue insuficiente y no produjo paz. Recordemos, por ejemplo, lo vivido por Fabiola Campillai, ocurrido LUEGO del Acuerdo por la Paz; convirtiéndose su caso en uno de los grandes símbolos de la violencia, pues dejaron ciega a una persona que no estaba vinculada en ninguna medida a la violencia. Por otra parte, en términos generales, las protestas sociales siguieron luego del Acuerdo; prosiguen, de hecho, hasta la pandemia, que fue la coyuntura que enfría el movimiento social.

La insuficiencia y pobreza del Acuerdo era tal, que durante el verano siguiente al estallido social, se le agregaron “pequeñas” (¡enormes, en realidad!) reformas o consideraciones: la paridad de género, la representación indígena, y el rol de los independientes.

A pesar de que el proceso constitucional había logrado ser convocada a través de un plebiscito, que ocurrió posterior al Acuerdo por la Paz, y que fue con voto voluntario y donde el país elocuentemente pidió una nueva Constitución sin rol de los congresistas, este proceso termina fracasando. Y es que una vez que el voto fue obligatorio para la siguiente instancia electoral, y después de un panfletario, frívolo e irresponsable, y, a su vez, sustantivo proceso constituyente, el país rechazó de manera impresionante el texto: más del 60% de las mujeres, en la primera constituyente paritaria, votó contra ese mismo texto y proceso; más del 50% de los jóvenes; 15 de las 16 regiones; todas las comunas con alta población indígena; y todas las comunas con alta contaminación, votaron en contra de la primera constitución que ofrecía una dimensión distinta o rol a la naturaleza, entre muchas otras aristas donde se proponían cambios radicales.

Ese fracaso con voto obligatorio del 4 de septiembre de 2022, es además la expresión de un enorme error de interpretación de la clase política, pero esta vez también del movimiento social, puesto que esa enorme mayoría que obtuvieron la Lista del Pueblo, la izquierda y la centro izquierda, nunca fueron capaces de superar las pancartas del estallido social que decían que avanzaban sin los políticos. Y a propósito de esto, siempre he creído que el divorcio entre los dirigentes sociales y los líderes políticos solamente beneficia en último término a los conversadores.

Así pues, como si fuera poco, en una nueva interpretación insuficiente de la clase política, encabezada por el presidente y la derecha, convocan a un segundo proceso constituyente que nadie pidió, pero, esta vez, a imagen y semejanza del Senado, con el sistema electoral del Senado, con el mismo número de participantes del Senado, con expertos ratificados por el Senado, con los bordes del texto hechos por el Senado; sin poder modificar un ápice, sustantivamente el capítulo 15 del poder de la Constitución de 1980.

Precisamente por esto es que en las próximas semanas va a ganar la opción “en contra” de este texto. No es que a Chile haya que ponerle un psicólogo en cada semáforo para entender cómo es que rechaza todos los procesos constituyentes, sino que la clase política ha hecho interpretaciones insuficientes. Siendo claros, la mía también es una interpretación, pero no entender que el cemento sobre el cual marchó la gente el 2019, son el odio hacia las AFP (o la insatisfacción hacia el sistema de pensiones), y que ese cemento sobre el cual se realizaron las marchas, era efectivamente de hombres y mujeres libres deliberantes, que no tenían una reflexión anticapitalista, sino sobre los abusos del capitalismo, es sencillamente un error.

Así, creo que estamos en un mundo del sinsentido, enfrentando un proceso algo patético que ha costado más de 250.000 millones de pesos; cosa que cualquiera diría que no es un buen argumento, porque la democracia requiere de todos los recursos posibles. Pero aun así, con todo esto, uno podría hacerse la pregunta ¿y qué pasó en cuatro años?

Y contestando a lo anterior es que se puede constatar que en lo económico, en lo social, en lo político, en lo institucional, en lo cultural, retrocedimos ¡y mucho! Por tanto, hoy día, en el mundo del sinsentido, habrá que construir un camino después de la opción “en contra”; con un gobierno como pato cojo, que apenas podrá proponerle al país controlar la seguridad y crear empleo, al tiempo que no podrá hacer ninguna de las reformas que prometió, y, de hecho, ninguna reforma que cualquier gobierno mínimamente progresista se propone: en educación, en salud, en pensiones, tributaria, reforma políticas, inada!, no habrá nada. Por tanto, habrá que construir con esas coordenadas y, a su vez, con una derecha fuertemente castigada con el resultado del plebiscito del 17 de diciembre.

XVIII. TERCER TIEMPO

Bruno Sommer Catalán
Periodista, fundador El Ciudadano.

La vía constituyente chilena para darse Nueva Constitución sigue inconclusa, en los albores de la primera centuria del nuevo milenio.

Tras la institucionalización del proceso de las personas reuniendo en asamblea para tomar decisiones del futuro para la comunidad, dos propuestas de texto fueron rechazadas por la ciudadanía y no lograron hinchar sus velas.

Tanto izquierda como derecha fracasaron. La primera fue boicoteada en guerra política e informativa sobre el texto con mentiras, y el mismo gobierno recién conquistado, fue acorralado haciéndolo algo errático su debut, perdiendo el pueblo de Chile la posibilidad de consagrar un texto valioso sobre todo por su origen en la movilización que estalló en revuelta general de insatisfacción con el modelo en curso en Octubre del 2019.

Ahora que la derecha perdió con su propuesta retrograda “taimados”, desde la institucionalidad y la “tele política”, se abre una negociación, quieren cerrar un proceso que en su origen no les pertenece y es mérito de la ciudadanía movilizadora que hizo suyo el asambleísmo, las plazas, calles, la protesta social y la organización política para hacer frente a la máquina.

El asambleísmo en Chile recobró su vigor en la llamada “revolución pingüina” (2006), momento en que los jóvenes estudiantes tomaron consciencia de que la clave de la transformación social, era una educación de calidad y gratuita para el pueblo.

Había que emparejar la cancha de un Chile con desigualdades extremas donde unos pocos hacían un gran negocio a espaldas del pueblo. Poco a poco la realidad iba quedando al descubierto, pese a los voladores de luces de matinales, y otros shock programados de la mediática.

Para el 2006, los conflictos medioambientales que se sucedían de norte a sur producto del modelo neoliberal desregulado en favor del capital, lleno de vacíos, también motivaron la aparición de más ejercicio de asambleísmo entre vecinos de las comunidades dispuestos a denunciar e intentar frenar la máquina extractiva y contaminante.

Sería el asambleísmo como forma de organización política lo que descolocaría a los partidos tradicionales e impulsaría, sin saberlo, la creación de nuevos referentes que dejando el movimiento pasarían, en parte, ha convertirse en nuevos partidos políticos para conquistar espacios de poder hasta llegar fortuitamente a la Presidencia del país.

Chile se fue politizando como no lo había hecho hace décadas después de un régimen de terror que proscribió al Partido Comunista. Derrotar y enterrar la Constitución del dictador con la firma de Lagos incluida, se convirtió en una convicción de lucha unitaria para los sectores politizados y ciudadanos que terminaron permeando la agenda política del país.

Nada de ello hubiese sido posible sin medios de comunicación firmes y fieles al propósito, como tampoco hubiese sido posible, sin centenares de artistas que en su poesía, en sus obras de teatro, en sus canciones y murales, llenaron de contenido la necesidad y urgencia de una Asamblea Constituyente que cambiara las reglas de juego del modelo explotador de la naturaleza, de la vida del trabajador y trabajadora chilena.

A la Asamblea electa, nunca quisieron llamarla por su nombre: Asamblea Constituyente y se le dieron otros nombres para el fin de redactar la Propuesta de Nueva Constitución. Antes de ello, los amos del *status quo*, cómodos en sus sitials, enemigos de un cambio de rumbo, no esperaban el hastío reventaría llevando fuego por todo el país.

Ya nadie controlaba la marcha, era una revuelta popular de Octubre del 2019 que espontánea y llena de rabia, asustó a tal punto a la clase gobernante de la oligarquía, que retirarían capitales del país, y los partidos de izquierda mediarían para darle una salida institucional al descontento. Es en este momento y como reacción comienza la vía institucional del proceso constituyente, proceso que había arrancado ya mucho antes en su vía popular, producto de la convicción de personas de carne y hueso resueltas a darlo todo por la conquista de una Asamblea Constituyente para Chile que sienta bases científicas y profundamente humanas para el bien de los pueblos en su tiempo venidero.

Pero hagamos un Alto.

Hoy la institucionalidad quiere dar por cerrado el proceso... quiero hacer memoria. Corría un 7,8 y 9 de septiembre del año 2007 en el puerto de Valparaíso, momento en que un hecho de profunda mística, compromiso y convicción, reafirmaría nuestro sentido revolucionario y transformador del *status quo*.

Desde todos los puntos cardinales del país, nos daríamos cita a punta de autofinanciamiento en la Ex Cárcel, estudiantes, trabajadores del cobre, pescadores artesanales, pueblos originarios, artistas y medios de comunicación para encender un fuego sagrado, en asamblea y mesas de trabajo, deliberar lo que queríamos para nuestros territorios y éste país bajo nombre de Chile.

A ese encuentro asistieron dirigentes históricos de la lucha social como Cristian Cuevas por los trabajadores del cobre, Cosme Caracciolo por los pescadores artesanales, Héctor Kol luchador incansable contra la devastación de las Salmoneras, compañeros defensores de la *ñuke mapu* y enemigos de la depredación de las forestales como Alfredo Seguel y dirigentes estudiantiles para ese entonces como Gabriel Boric, hoy Presidente de Chile, y su "escudero-mentor" Matías Meza-Lopehandía, junto a la querida y recordada dirigente estudiantil María Jesús Sanhueza.

Fueron 3 días de intensas jornadas y compañerismo, para volver a casa todos con una misión: llevar a deliberación de los pueblos en los territorios, la necesidad o no de una Asamblea Constituyente que hiciera camino para un Chile soberano frente a una institucionalidad carcomida que no daba respuesta a las profundas demandas sociales.

El fuego sagrado prendido en Valparaíso bajo un cielo estrellado, poco a poco se extendería como un manto libertario de punta a punta en nuestro país llevando la luz de la batalla constituyente de hombres y mujeres que antes que nosotros habían visto en este propósito la madre de las batallas, aquella que hoy nos quieren hacer renunciar por "secretaria" poniendo el proceso constituyente como un tema que no fuese prioritario para terminar con las injusticias bases de modelo.

La problemática que encierra el ejercicio constituyente de redactar una Nueva Constitución, es qué sectores de la sociedad son los que escriben la propuesta en su origen. Cuando son grupos reducidos de personas y poco diversos los redactores, se corre el riesgo de que el resultado sea un texto que no satisface las expectativas de la gran mayoría, satisfaciéndose defensa de intereses individuales por sobre el colectivo.

Para ir concluyendo este texto, quiero expresar memoria a todas ellas y ellos que lucharon antes que nosotr@s, en memoria de Gustavo Ruz, por los pueblos de Chile que se organizaron antes y lo sabrán hacer una vez más para hacer frente a la injusticia. Han de reorganizarse para retomar el camino constituyente desde el barrio, la escuela y la asamblea, el Cabildo Comunal, entendiendo que la transformación social es un proceso y que la votación en contra de la propuesta retrograda de los capataces del modelo es solo un nuevo comienzo.

Adelante aquellos alcaldes y municipios conscientes para dar batalla al centralismo desde el territorio, adelante gobernadores regionales para hacer carne la descentralización uniéndose a los pueblos en la preparación del Tercer momento Constituyente para la construcción colectiva de un texto base más sencillo y unitario de nuestros más grandes anhelos como país.

Y es que entendemos un proceso como un conjunto de actividades, acciones planificadas que implican la participación de un número de personas y de recursos materiales coordinados para conseguir un objetivo previamente identificado, y mientras el objetivo no esté cumplido, el proceso sigue abierto al menos para los constituyentes que no son otros que los pueblos en Asamblea.

La democracia representativa en crisis, tuvo tres momentos clave en que la participación ciudadana mediante Cabildos e iniciativas populares de norma se hizo viva, para quien quiera consultarlos pude verlo aquí como obra de una Unidad Social que empujó y empujará tantas veces como sea necesario a la institucionalidad para despertarla de los trances en que la hace caer el capital. <https://www.elciudadano.com/portada/los-cabildos-constituyentes-y-las-propuestas-ciudadanas-para-la-nueva-constitucion/02/10/>

*Hasta que nuestros profundos anhelos
como sociedad organizada y movilizad@ en acción sean Ley.*

IX. LA TAREA PENDIENTE

Emir Sader

América Latina se ha convertido en el epicentro de los mayores enfrentamientos del mundo contemporáneo.

Primero, en la última década del siglo pasado, como la región donde más proliferaron los gobiernos neoliberales, con el Chile de Pinochet como punto de partida, con una dictadura que confundió liberalismo con democracia se equivocaron desde el comienzo. Fue necesaria una dictadura brutal para introducir el neoliberalismo en América Latina y Chile fue siempre un laboratorio de experiencias políticas en América Latina. Allá lejos, al comienzo del movimiento social a fines del siglo XIX. Después con la escuela de Santa María de Iquique. Luego, el lanzamiento de la primera candidatura presidencial de un líder obrero se dio en el Chile de 1920. Incluso por la derecha, el gobierno de la Democracia Cristiana, que era alternativa a la izquierda, se dio en Chile. Luego vino el gobierno de Allende. Entonces, así como los fenómenos en Europa se dan en Francia, en América Latina se dan en Chile. Chile puede ser la tumba del neoliberalismo, incluso no solo, porque felizmente tenemos un conjunto de gobiernos antineoliberales. Aquí nació el neoliberalismo, justamente por ello fue aquí donde nació el antineoliberalismo.

El paso de neoliberalismo al antineoliberalismo no es directo, se mantuvo una convivencia entre democracia y un modelo que heredaba elementos neoliberales. Entonces fue importante que ocurriera el movimiento de 2019, la explosión social, para que se planteara tanto el fin definitivo del neoliberalismo, como el término de elementos de la Constitución pinochetista. Que se planteara la Asamblea Constituyente es una gran conquista.

Personalmente, tengo una larga trayectoria de vínculo con Chile. Llegué en el 70, viví la Unidad Popular, viví el golpe. Volví varias veces en la clandestinidad a Chile, viví también en la época de la represión acá. Después estuve en el referéndum. Un referéndum que Pinochet convocó para ganar y lo perdió. Entonces, fue doloroso ver un largo proceso de transición en que Chile no reafirmaba un nuevo orden, porque el tema central contemporáneo es el neoliberalismo. Era un dolor ver que Chile restauraba la democracia pero no implementaba un modelo nuevo, no atendía a las demandas de la población. Entonces, es un gusto saber que hoy se plantea esa idea o misión de pasar del antineoliberalismo al posneoliberalismo. Ese es el gran tema hoy día. No solo resistir sino construir un nuevo Estado, una nueva economía. Desmercantilizar la sociedad, porque el neoliberalismo transforma derechos en mercancías. La precarización de la tercera edad, a diferencia de la respuesta que entregan los neoliberales, no es un tema económico, es un tema humano. Mientras no entendamos que esa es la

gran misión, el giro en cómo abordamos los problemas, no va a ser posible darle vuelta definitivamente a toda esa época trágica que empezó el 73.

Nuestro continente es el epicentro más grande de lucha política contemporánea. Prácticamente todos los países latinoamericanos, de una manera u otra, salvo Cuba, se han vuelto neoliberales. Los grandes líderes políticos del siglo XXI son latinoamericanos, nacieron acá en la lucha de resistencia al neoliberalismo. Hugo Chávez, Lula, Néstor y Cristina Kirchner, Pepe Mujica, Evo Morales, Rafael Correa, Xiomara Castro en Honduras, López Obrador en México. Con la victoria de Lula, vamos a tener un bloque de países progresistas como nunca ha existido en el continente. Eso nos plantea una responsabilidad grande, aprovechar esa fuerza no solo para coordinarnos políticamente, también económicamente. La propuesta que trae Lula de una moneda común es muy importante. Desdolarizar el comercio latinoamericano, crear un banco central único sudamericano y Brasil propone usar sus reservas como apoyo. El ciclo anterior de integración fue política, pero hay que integrar también económicamente

Es la posibilidad de un nuevo ciclo. América Latina no tiene fuerza para cambiar el neoliberalismo en el mundo, infelizmente, pero plantea una alternativa. La misma fuerza que tiene Lula, con prestigio internacional, expresa eso. Donde se están implementando políticas de combate a la miseria, la pobreza, la exclusión social, las desigualdades, es aquí y puede ser modelo también para otros continentes.

El neoliberalismo penetró y financiarizó la sociedad y el mismo Estado. Es decir, las instancias de la República dejaron de tener la funciones que deben tener. Los golpes que tuvimos en el continente fueron con la complacencia activa del Poder Judicial, combinado con los medios de comunicación privados. Se montan un complot en Bolivia, procesos contra Cristina Kirchner, entonces el Poder Judicial tiene que ser democratizado. Bolivia dio un paso inicial, que es elegir los miembros del judiciary. No puede haber una instancia de la República que no sea controlada por la población. No puede haber una instancia que tenga mandatos de por vida. También, los parlamentos no son representativos de la población y el Ejecutivo dejó de cumplir sus funciones. Prácticamente plantearon el Estado mínimo, que es la centralidad del mercado.

La tercera década de este siglo, que comenzó con el predominio de gobiernos anti neoliberales, está experimentando una mezcla de gobiernos de izquierda y de derecha. Lo que queda de década estará marcado por la disputa entre gobiernos neoliberales y anti neoliberales, el punto culminante de todo lo vivido en este siglo.

No sé si tendremos la fuerza de las explosiones populares que ocurrieron en 2019 para que se plantee algo fundacional en América Latina. Perdimos la posibilidad de hacerlo en la salida de las dictaduras, pero está planteado como tarea vigente aún.

XX. LA NEGACIÓN DEL PUEBLO

Juan Pablo Sanhueza Tortella

Para poder explicar los qué y los por qué de nuestra situación histórica y política, siempre es importante recurrir a lo inmediato, al espacio-tiempo que ocupamos y las vivencias que nos atraviesan (y constituyen). Así, desde la experiencia política y militante de habitar Chile en un contexto de revuelta popular y sucesivas irrupciones destituyentes a la vez que el intento de dar una salida constituyente desde la institucionalidad, es innegable que las recetas preconcebidas y las soluciones importadas han sido estériles o a lo sumo han quedado cortas para explicarnos, entendernos y proyectarnos hacia el futuro como comunidad política.

Chile es, por estos tiempos, la excusa perfecta para pensarnos: un acontecimiento de ruptura radical contra-hegemónica como fue la revuelta popular del 18 de octubre de 2019; la institucionalización liberal del poder constituyente consiguiente con una Convención constitucional cuya composición armonizaba con el ánimo del momento en tanto tuvo como novedad la irrupción de la fuerza política denominada *lista del pueblo*, inorgánica pero diversa, impugnadora y extra-parlamentaria; un rechazo histórico y contundente a la Constitución propuesta por dicho organismo, así como la posterior respuesta reaccionaria con un Consejo constituyente delimitado en su actuar por un borrador de Constitución Política preconcebido por pretendidos expertos designados por los partidos políticos con representación parlamentaria y un Consejo con mayoría republicana a tono con la recapitulación conservadora de gran parte del espectro político (progresistas inclusive).

Así las cosas, a la intensidad de la agenda electoral de Chile, debemos responder con un pensarnos descansado para el que las respuestas inmediatas, rápidas y efectistas que la mayoría de las veces se ponen sobre la mesa a la hora de mirarnos en este ciclo corto de pulsiones emancipadoras y conservadoras, es insuficiente.

Es en relación con ello que, en el relato hegemónico y los discursos oficiales comenzó a asomar un término que no por viejo deja de ser novedoso en su mérito: el populismo.

Posiblemente el populismo sea una de las tesis más polémicas dentro de la discusión teórica que comprende el gran abanico de posiciones a izquierda y derecha del tablero político. El trato peyorativo que ha recibido el populismo se origina tanto en el discurso del establishment (transversal al eje izquierda-derecha) como en lo que podemos denominar las izquierdas en el amplio sentido del término. En el primer caso, se hace patente el rechazo visceral de un sector

minoritario (y poderoso) de la población a la incorporación de sectores populares en la toma de decisiones. Contrario al acuerdo entre frondas que desearían, el populismo sugiere una frontera nueva que desdibuja la cómoda repartición del tablero que ellos han usado a conveniencia y les exige dotar de contenido aquel envase vacío donde guardan sus inamovibles identidades. Es decir, el temor de las élites a la hora de arremeter contra el populismo, en términos morales, demuestra también su incapacidad para abordar teóricamente el verdadero fenómeno que se halla en la razón populista y que no es otra que la articulación de lo insatisfecho para la construcción de un pueblo. En el segundo caso, estamos ante un desencuentro que ocurre en el interior del debate sobre la hegemonía y la democracia y se ha expresado mediante las tensiones que han identificado Luciana Cadahia y Valeria Coronel en el caso de la disputa socialismo-populismo, donde hay una coincidencia en la concepción de la hegemonía entendida como aquella forma de organización capaz de construir una voluntad colectiva alternativa al bloque dominante y, la principal divergencia, respecto de la delimitación del origen de las relaciones de subordinación y los tipos de antagonismos a los que dan lugar, cuyo antecedente se encuentra en los vívidos debates entre José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, en la primera mitad del siglo XX, a propósito del intento de Haya de la Torre de convertir el movimiento popular en la forma partido y el rechazo del Amauta a esta propuesta. Es fundamental en ese sentido rescatar la centralidad que Mariátegui otorgaba al discurso como estrategia política, más allá de la declamación, como una cuestión ideológica y moral:

“A Haya no le importa el lenguaje; a mi sí; y no por preocupación literaria sino ideológica y moral. Si al menos en el lenguaje político no nos distinguimos del pasado, temo fundamentalmente que, a la postre, por las mismas razones de adaptación y mimetismo, concluyamos por no diferenciarnos sino en los individuos, en las personalidades”.

Sin duda, esta vuelta necesaria nos permite limpiar la mesa a la hora de entender desde dónde se enuncia (o denuncia) el populismo, ya que no es lo mismo y no debemos tratarlo como lo mismo, por cuanto en la primera acepción que comentamos la bifurcación es radical en el entendido de que un posible consenso de caminar común con aquella posición vinculada al establishment no es posible ni deseable. A contrario sensu, en la segunda dimensión, creo que tenemos el desafío de abrir las posibilidades de abordar una perspectiva que eventualmente permita el diálogo entre el campo de significación socialista con el populismo. No obstante, el denominador común es la negación del pueblo: unos como fuerza deliberante y capaz, y los otros como potencia de irrupción plebeya estatal. Ambas denotan la inutilidad de las categorías dadas para captar las lógicas de la articulación y el pensamiento popular. A decir de Rodolfo Kusch, *existe una trampa lógica que opera en el pensamiento popular mediante un anti-discurso, a través del cual aquél logra constituirse existencialmente en su pura emocionalidad, lo que por su parte se concreta ya sea en valores, ya sea en un puro querer o en un puro pensar desde el corazón.*

Nos propone entonces, el filósofo trasandino, que el pensamiento popular no

es localizable bajo la estructura de pensamiento europeizada u occidentalizada inclusive, sino que debe atenderse a la faz emocional del mismo que se sostiene sobre la subsistencia, fundando siempre al existir mismo y afianzando sus valores. A diferencia de la lógica hegemónica que nos invita a sostener un ánimo racional y de trascendencia.

Así las cosas, el populismo venía a ser ese invitado incómodo, un puesto que no estaba servido en la mesa, o así al menos nos lo daban a entender las horas de televisión y las hojas de periódicos que tenían claro que ese era el enemigo pero no quienes lo sostenían, ni qué lo definía realmente. Al decir de Ernesto Laclau: *En lugar de contraponer la “vaguedad” a una lógica política madura dominada por un alto grado de determinación institucional precisa, deberíamos comenzar por hacernos una serie de preguntas más básicas: “la vaguedad de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social?*

Siguiendo, entonces, la necesidad de pensarnos, este es el primer elemento que puede explicarnos: un momento de vaguedad e indeterminación de la realidad social nos acontece en Chile al punto de que todas y cada una de las interpretaciones de manual que se han propuesto definir los pasos y/o etapas del acontecimiento chileno han chocado con la porfiada realidad que nos invita más a pensar este momento como una suerte de articulación de demandas diferentes que de manera eventual y contingentemente se entrelazan en una cadena de equivalencias en virtud de alguna investidura radical, ya sea una Nueva Constitución, ya sea un “que se vayan todos”. Es desde esa perspectiva que el vaporeado populismo nos otorga herramientas útiles para no intentar dar salidas apresuradas ni conclusiones de manual a un contexto político e histórico en curso. Sino para pensar el acontecimiento como una suerte de noción de lo común, como un tipo de encuentro de iguales luego de un largo sueño neoliberal.

Si bien he entendido al populismo como una ontología de lo político, por cuanto su antiesencialismo nos permite construir un sujeto contingente y no anclado en determinismos anacrónicos o importados a la fuerza en momentos de indeterminación de la realidad social. La dificultad, no obstante, se encuentra al querer involucrarnos de manera profunda en el postulado inicialmente señalado, que dice relación con una necesidad no abordada hasta ahora: la ontología.

Así, el populismo toca techo. Aquí me acojo a la crítica que ha hecho el mismo Damián Selci, el Pueblo “hace de cuenta” que está desde el principio. Se comporta como fundamento, como causa. Pero sólo se comporta, digamos “aparentemente”. Es decir, habida cuenta de ese fundamento como causa, el pueblo está vestido (en la acepción lacaniana del término) de una pretendida inocencia al desentenderse del proceso de construcción del mismo como sujeto político, impidiendo aquello que -ese pueblo construido pero autopercebido como esencia- intervenga en su propia situación y en definitiva reduce su acción a una suerte de fórmula algebraica óptica y no a la potencialidad propia que podría liberar al pensarse en términos ontológicos. Desde otra perspectiva, diríamos que el pueblo se auto-percibe como inocente, ¿De qué? De todos los males que le aquejan, de todas

las demandas insatisfechas y, en definitiva, reduce su acción posible al mero acto de demandar toda vez que, aunque convengamos que el pueblo propiamente tal es una construcción contingente, ello no obsta a que dicho pueblo construido se entienda esencia, se perciba como que siempre estuvo allí, se entienda como un cuerpo anterior a la formulación de las mismas demandas que, una vez insatisfechas, generarían las condiciones de su propia existencia como pueblo en sí. Para embarcarnos, entonces, en un nuevo pacto social, no basta con acordar las formas ni estrategias de construcción del Pueblo sino que es necesario acudir a un estadio anterior, al ontológico en tanto lugar desde el cual nos concebimos y concebimos el mundo. Siguiendo a Kusch, necesitamos resolver *cuál es el sujeto a filosofar*, es decir, debemos decidir un modo de habitar nuestro suelo, y hallar allí la forma de pensamiento para entender nuestra realidad, en definitiva un pensamiento situado que reconozca la realidad propia de nuestro pueblo como un lugar irreductible para cualquier comienzo posible de pacto o diálogo nacional. A saber, lejos de querer superar ese estado de inocencia y esencia auto-percibidas del pueblo, una respuesta estaría en indagar de manera filosófica nuestro lugar en el mundo, la historia y su devenir; en perspectiva de futuro y no en un acto nostálgico hacia el pasado. No buscaremos lo que pudo ser y no fue, sino que nos encontraremos en lo que somos para seguir siendo.

Todo lo contrario que se ha hecho en el proceso constituyente-destituyente chileno que no por ser sui generis en las formas lo ha sido en el fondo. Los debates que se han tomado este ciclo versan sobre adoptar o importar tal o cual modelo político del mandato democrático europeo (en un eje parlamento-ejecutivo) antes que mirarnos a cara descubierta a la luz de nuestra propia historia y desde nuestra situación particular. ¿De qué manera vamos a poder incidir en nuestra propia situación acudiendo a salvatajes ajenos? No será en los postulados de la democracia liberal europea, ni en las máximas de un pretendido racionalismo ilustrado, donde logremos hallar el camino y hallarnos en esa búsqueda de origen. Al respecto, será necesario referirnos a la transformación de la subjetividad ética en la política señalada por Enrique Dussel por cuanto:

“(…) una transformación profunda o revolucionaria instantánea, producida por la toma del poder desde las instituciones objetivas, es frecuentemente un espejismo superficial. Cambiar la subjetividad colectiva de un pueblo lleva decenios, siglos. Se puede efectuar una aparente revolución institucional, pero queda intacta la subjetividad cultural y ética de un pueblo. Se trata de profundizar el diagnóstico. ¿No habrán fracasado algunas revoluciones latinoamericanas porque pusieron la atención sólo en la transformación institucional, política o económica, y olvidaron la transformación subjetiva ética, deformada por un diagnóstico burgués de la realidad que los hundió en el consumismo, todo lo cual se acrecentó al contar con un estándar de vida que les permitió soñar con un tipo de vida destructivo de la naturaleza y que define la felicidad por el mayor número de mercancías que puedan adquirirse en el mercado? Al final, gobiernos de izquierda educaron burgueses egoístas y no miembros críticos y creadores de nueva cultura y actitudes ecológicas ante la vida, la naturaleza y la comunidad. ¡La ética era necesaria en la constitución de una nueva subjetividad social!”

Si bien, en este texto Dussel aborda la necesidad de una nueva ética para la nueva subjetividad social, me parece que ilumina sobre el tema en comento, por cuanto es efectivo que no sólo burgueses egoístas ha cultivado la falta de *situacionismo* en nuestras perspectivas de análisis histórico y construcción política, sino que también lo ha hecho respecto de las colectividades que mancilladas de su potencia creadora y crítica no han sabido sacudirse del resabio neoliberal, colonial y atávico de su propia construcción en cuanto tal.

Ahora bien, a esa necesidad situacional debemos agregar un último condimento: la perspectiva transmoderna. Para retomar este pacto de futuro, es fundamental no dar por sentados lugares comunes que han devenido sustancia desde lo que la modernidad excluyó y negó. Desde nuestra concepción como colectividad política hasta la negación y exclusión de prácticas que denominaríamos con toda seguridad como democráticas, radicalmente democráticas. Tal es el caso de la forma circular que torna el centro de la cosmovisión del pueblo Mapuche. Cuestión que se expresa en la toma de decisiones, en la vida cíclica de sus procesos e inclusive en la forma de habitar el territorio. Respecto a la toma de decisiones, como ejercicio profundamente democrático, huelga repetir que en esta parte del mundo hemos invisibilizado y apartado de la posibilidad democrática institucional siquiera al potencial que tiene la reunión o *trawün*, donde todas y cada una de las personas participantes en este real consejo de diálogo y definiciones cotidianas y políticas, es escuchada y considerada en tanto miembro pleno de la comunidad. En su reemplazo hemos decidido adoptar la forma parlamentaria cartesiana propia del modelo neoliberal que excluye de suyo el papel de las emociones en cualquier relación humana y nos pone en un plano de búsqueda de una pretendida verdad gracias al consenso que emanaría de la discusión eterna. Cuestión distinta a la que supone el *trawün* donde no sólo tiene lugar el disenso sino que no hay una verdad revelada a priori, en cambio, si hay emociones y arrojos humanos en torno a las materias que les convocan. Entonces ¿Por qué no organizarnos en la forma de *trawün* para, desde la práctica misma, intervenir en nuestra propia situación histórica, geográfica, social? Si hace 5 siglos aproximadamente (1673) el maestro de campo de los tercios, Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, en sus memorias tituladas “Cautiverio feliz”, en un contexto polarizado y antagónico en las relaciones hispano-mapuche, como lo fue la Guerra de Arauco, relató el alto grado de cultura de los mapuche, la humanidad con que trataban a sus enemigos y las virtudes de un pueblo que basaba la resolución de sus conflictos en el encuentro, el parlamentar, el diálogo en igualdad de condiciones y posiciones. Al mismo tiempo que sugería al rey de España no perseverar en una Guerra inútil y nociva para el entender entre pueblos. A modo irónico, diría: si no queremos valorar, abrazar e incorporar la cosmovisión organizativa y radicalmente democrática de los mapuche en su justo mérito y en virtud de su propio sostén, al menos hagámoslo a través de un cautivo de guerra del pueblo Mapuche que supo valorar, encandilarse y sorprenderse con el alto grado organizativo y sentimental que logró demostrar este pueblo a la luz de un contexto complejo y antagónico.

Retomando entonces, la cuestión de las demandas insatisfechas como el origen de la construcción de pueblo, a la vez que dicho pueblo no las entiende como tal por cuanto se auto-percibe esencia y no construcción contingente. A dicha cadena de demandas insatisfechas, puestas en equivalencia según la posibilidad de invertir a una parte por el todo, como ha propuesto Ernesto Laclau, le incorporamos (o le anticipamos para estos efectos) la creación situacional y la perspectiva transmoderna, quizás allí hay una posibilidad para seguir pensándonos en vez de que nos sigan pensando.

Por otra parte, la cadena equivalencial de demandas insatisfechas que nos propone la perspectiva populista de Laclau, además de ser una estrategia para la construcción del pueblo en tanto ontología de lo político, también se presenta como la posibilidad de concatenar el locus transmoderno que nos convoca a raíz del pensarnos. Es decir, la cadena equivalencial no sólo sería una operación de demandas contingentes insatisfechas sino que puede subvertir una suerte de grafo de lo transmoderno a la hora de abordar el lugar que ocupa la lucha de esas demandas insatisfechas en un lugar y tiempo determinado.

Lo anterior nos permitiría dar un carácter contrahegemónico a la cadena de equivalencias (y de diferencias) en tanto la insatisfacción podría no ser exclusivamente una referencia a demandas insatisfechas sino que a la falta de referencias situadas de enunciación, posición y visión de lo que nos acontece. En esa mirada, la filosofía de la liberación vendría a ser el motor que catalice o ponga en valor la cadena ya mencionada y las relaciones de equivalencia y diferencia se den desde ese vínculo transmoderno y no desde demandas que se articulan en un paradigma moderno y/o sus derivados directos, como lo sería la posmodernidad, por ejemplo.

Por lo pronto, el populismo se presenta como una estrategia de construcción del pueblo más no nos permite acudir en la búsqueda ontológica del cómo llegamos hasta aquí, sino simplemente nos da una ayuda para comprendernos en el aquí y ahora, quizás el cómo seguimos caminando juntos, inclusive.

Allí la filosofía de la liberación y su entramado histórico nos entrega herramientas invaluable gracias a su posición por asumirse parte de una línea filosófica reivindicativa de quienes habitamos este lugar en el mundo y no cerrar un todo imposible. La revuelta popular y su rechazo elitista no es sino la expresión contemporánea de la pugna entre la modernidad de enunciación liberal por no decir europea, y, la forma, modos, costumbres y pulsiones de nuestro propio devenir como comunidad que no logra ser localizada ni abarcada por una concepción de la vida y el mundo que nos es ajena y extraña. Desde la pertinente crítica elaborada a la modernidad por Felipe Guamán Pomá de Ayala hasta las revueltas chilena y latinoamericanas hay un hilo conductor que no debemos invisibilizar sino todo lo contrario.

Juan Pablo Sanhueza Tortella, Estudió Derecho en la Universidad Finis Terrae; cuenta con estudios de posgrado en Ecología Política en la Universidad de Santiago de Chile y un diplomado en Filosofía de la Liberación en la Universidad de San Isidro, Argentina. Se ha dedicado al estudio del populismo, en virtud del cual publicó el capítulo “La vía chilena al populismo” para el libro “La revuelta chilena”, Pehuén editores, 2020; condujo el programa El Momento Populista (transmitido en El Ciudadano y La Voz De Los Que Sobran), ha sido docente de los cursos “análisis contrahegemónico del populismo” y “La razón populista de Laclau” en la Universidad Abierta de Recoleta.

La referencia al republicanismo es en atención al Partido Republicano, fundado por el ex-candidato presidencial José Antonio Kast y cuyos postulados son identificados con la derecha radical (al menos en lo que refiere a la política parlamentaria). Valga la aclaración en torno al republicanismo, término que considero necesario rescatar de su versión conservadora y anti-popular, para proponer un Republicanismo popular.

CADAHIA, Luciana. El círculo mágico del Estado. Populismo, feminismo y antagonismo. Ed. Lengua de Trapo, 2019.

Un desarrollo de las principales tensiones entre el populismo y el socialismo latinoamericano de corte Gramsciano se encuentran en De Ípola y Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes” y, en Ernesto Laclau, “Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo”. Madrid, Siglo XXI, 1978.

José Carlos Mariátegui, “Textos básicos. Selección, prólogo y notas introductorias de Aníbal Quijano”. México, FCE, 1995

KUSCH, Rodolfo. La negación en el pensamiento popular. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta, 2008.

SELCI, Damián. Teoría de la militancia, organización y poder popular, editorial Las Cuarenta y El río sin orillas, 2018.

DUSSEL, Enrique. Hacia una nueva cartilla ético política. Publicación de la Secretaría de Educación, Formación y capacitación Política. Comité Ejecutivo Estatal, MORENA Ciudad de México. P. 83. 2020.

El Trawün es la reunión del pueblo mapuche, que no sólo tiene por finalidad resolver cuestiones puntuales sino que dice relación con la cultura de reunión, diálogo y encuentro-acuerpamiento del mapuche. Sugiero visitar la siguiente narrativa en torno al trawün <https://www.mapuexpress.org/2016/02/29/trawun-palabras-que-bailan-como-el-humo-y-fluyen-como-el-agua/>.

El texto “Cautiverio Feliz” ha llegado a mis manos y entendimiento gracias a la necesaria y contingente adaptación hecha por el periodista y escritor Mapuche Pedro Cayuqueo. En, CAYUQUEO, Pedro. Cautiverio Feliz. Memorias del Maestro de campo de los tercios Francisco Núñez de Pineda y Bascañán. Adaptación y comentarios de Pedro Cayuqueo. Catalonia, 2022.

XXI. LOS CABILDOS POPULARES SON EL FUTURO

Daniel Jadue

Vivimos tiempos de una deslegitimación profunda y ascendente de la política, encuestas más o encuestas menos, no podemos permitirnos volver costumbre la práctica de confundir el ejercicio político con la interpretación de encuestas o el titular de moda. Si algo nos dejó la revuelta popular es una amplia y vasta arquitectura organizativa popular, que no es novedosa pero sí es fundamental si queremos pensar la forma de continuar conviviendo en esta comunidad política llamada Chile más allá de lo que nuestra algidez contingente nos permite mirar.

Me refiero a los cabildos, en tanto estructuras democráticas y deliberativas territoriales con capacidad de mandar y conducir los distintos debates, con una perspectiva invaluable en lo que a legitimidad democrática e impacto cultural refiere.

Lejos de ser una forma política fruto del 18 de octubre de 2019, los cabildos han sido protagonistas en los momentos de mayor profundidad democrática en nuestra historia y así mismo, han sido objeto de intervención, captura e imitación por parte de quienes ven en el poder popular un peligro inminente a sus privilegios adquiridos por estirpe o la fuerza.

No podemos pensar la experiencia de cabildos que proliferaron por todo nuestro país gracias a la revuelta popular, sin referirnos por ejemplo, al hecho de que antes de la Constitución de 1833 en Chile había cerca de 50 “pueblos” (o comunidades vivientes) que tenían una forma y lógica de autogobierno mediante una asamblea libre, que era el Cabildo Abierto. Durante siglos la institución que alojaba la soberanía popular de las comunidades era el Cabildo (o Ayuntamiento, o Municipio), en oposición a la soberanía de origen divino de los reyes. Ello explica que en Chile, entre 1810 y 1829, se votaba por pueblos, de manera colectiva y soberana. Esto también nos permite comprender de mejor manera por qué la Constitución de 1828 fue la expresión más democrática y popular de la que se tuvo registro en nuestra historia, y por qué también fue resistida por la oligarquía que usó la fuerza allí donde no lograron convencer democráticamente, para abolir la Constitución de los cabildos para imponer, golpe de Estado mediante, la disolución de los Cabildos y las Asambleas Provinciales, eliminando de paso el voto por el pueblo, para establecer, a cambio, el voto por individuo.

Luego de esa experiencia, nuestra historia constitucional fue la de consolidación de esa perspectiva política oligárquica y el pueblo era sólo un sujeto externo, extra-institucional, que concurría con su voto más no con su voz, a legitimar las voces preconcebidas de quienes pretenden conocer a priori los destinos de nuestra patria.

Esta situación tuvo un giro -digamos un intento de giro- en el segundo Gobierno de Michelle Bachelet, donde mediante la adopción de la forma de cabildos populares, se buscó dar un reimpulso constituyente y deliberativo rescatando la idea que nos condujo hace más de un siglo. Dicho intento contó con una interesante pero insuficiente participación, logró sistematizar y ordenar los acuerdos básicos de aquella parte de la sociedad que decidió participar, lo que terminó con una propuesta de nueva Constitución enviada al Congreso Nacional los últimos días de su gobierno, lo que fue desechado sin más por Sebastián Piñera una vez asumió la presidencia del país.

El Gobierno de Sebastián Piñera, en noviembre de 2019, acorralado ante la grave crisis social y política que azotaba la nación, planteó la posibilidad de iniciar un proceso de diálogo con la ciudadanía para subirse al carro de los cabildos que venían desarrollándose en las comunas desde los primeros días del estallido social. Pretendiendo que los alcaldes jugásemos un rol relevante en tanto las autoridades con mayor sintonía con el sentir ciudadano de la época (cuestión que no sólo se visibilizó a propósito del estallido, sino que tuvo su expresión concreta en la pandemia y la articulación de las municipalidades como proveedores de vacunas y administradores de las necesidades inmediatas de la ciudadanía). Lamentablemente, el buen intento de poner en relevancia la forma cabildo, en el Gobierno de Piñera, no respondía a un genuino interés de empoderar a las bases y hacer política de abajo hacia arriba para sistematizar el desconcentro y darle curso a la demanda mayoritaria de protagonismo popular, sino que era más bien una táctica para desmovilizar a la ciudadanía y meterla, una vez más, en un proceso de catarsis que permitirá escuchar al pueblo de manera no-vinculante sino meramente consultiva.

Tampoco podemos olvidar que la amplia mayoría de los partidos de derecha que sustentaron la administración Piñera, se restaron de participar en el proceso por considerar innecesario el cambio constitucional, y que a pesar de haber sido un proceso participativo que recogía las propuestas, necesidades y anhelos genuinos de una mayoría transversal, guardaron los resultados en un cajón bajo el discurso de una pretendida conformidad ciudadana con el modelo que sostenía la Constitución de Pinochet, y que, a lo sumo podría desear algunas correcciones menores para hacer de este oasis en el que vivía el mandatario y sus cercanos, algo aún mejor de lo que ya era.

Claramente, ese discurso chocó con la cruda realidad, y los manifestantes se demoraron solo una semana en transformar el oasis del Presidente en un espejismo. Surgieron demandas de todos los sectores sin excepción y el modelo se resquebrajó, desde mi perspectiva, sin posibilidad de resistir más medidas parches.

Junto con el modelo se resquebrajaron los discursos de académicos y de políticos de derecha y algunos supuestamente de izquierda que habían estado treinta años hablando del modelo chileno y sus virtudes internacionalmente reconocidas.

Por lo mismo es importante que, a diferencia del Gobierno que trató de subirse por atrás a un movimiento que consideró como el enemigo interno, el actual Ejecutivo abandone el centralismo (que no es lo mismo que asumir la centralidad) y retorne al espíritu que le dio origen, sustento y contundencia para que genere un proceso de participación vinculante y que apueste por transformar Chile con un sentido de protagonismo popular. Sin duda, esta opción es sumamente riesgosa no solo para el actual régimen, sino también para quienes pretendan legitimar esta estrategia llamando a un diálogo que no parece ser real, solo con el afán de construir una nueva salida «desde arriba», lo que claramente generará más desconfianza, más frustración y seguramente un nuevo estallido social en algún tiempo más.

Quizás es culpa de mi trayectoria y experiencia política, pero tengo el convencimiento que es sólo desde este tipo de instancias nucleares como los Cabildos, Asambleas Abiertas territoriales y la deliberación colectiva en tanto proceso y no solo resultado, desde donde puede aflorar el nuevo Chile, donde la soberanía popular no sea un concepto de mera teoría sino una práctica asentada en cada territorio.



